




HISTORIAS Cuentos DEL MUNDO RURAL

HISTORIAS CUENTOS DEL MUNDO RURAL



Antología

Fundación de Comunicaciones,
Capacitación y Cultura del Agro
Ministerio de Agricultura

Santiago de Chile, 1997



Edición, Diseño y Diagramación:
FUNDACIÓN DE COMUNICACIONES,
CAPACITACIÓN Y CULTURA DEL AGRO (FUCOA)
MINISTERIO DE AGRICULTURA.

La OFICINA REGIONAL DE LA FAO PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE
colaboró en la impresión de la presente publicación, en un esfuerzo por apoyar las
actividades que desarrolla el Ministerio de Agricultura.

ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA AGRICULTURA Y LA ALIMENTACION.
OFICINA REGIONAL DE LA FAO PARA AMERICA LATINA.

FEBRERO 1997

Derechos reservados
Inscripción N° 98.996
del Registro de Propiedad Intelectual

© 1997 - FUCOA
Santiago de Chile-1997
ISBN: 956-7215-08-1
HECHO EN CHILE



La presente antología reúne los trabajos premiados y menciones honrosas otorgadas por los Jurados de las dos categorías en que se desarrolló el 4º Concurso de Historias y Cuentos del Mundo Rural «Roberto Parra», convocado en 1996 por la Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro (FUCOA).

La categoría «A», de Historias, para habitantes del mundo rural, contó con un Jurado que integraron estudiosos de la cultura campesina: Rafael Baraona, Maximiliano Salinas y Fidel Sepúlveda.

La categoría «B», de Cuentos con temática rural, tuvo por Jurado a los escritores Mariano Aguirre, Poli Délano y Raúl Zurita.

Categoría «A»
Historias

Primer Premio

Y NACIÓ UNA HERMANITA...

Uberlinda del Carmen Espinoza
Región de la Araucanía



INTRODUCCIÓN

La historia de Rosalía y José Antonio es un hecho real. Los nombres fueron cambiados para proteger a los inocentes.

Todo comenzó cuando José Antonio, proveniente de la ciudad de Cañete, encuentra trabajo como capataz de una faena forestal en Los Huapes, localidad inmersa en la Cordillera de Nahuelbuta, a 15 kilómetros de Capitán Pastene, Novena Región de la Araucanía.

Por esos lados habitaba Rosalía, quien, al conocer a José Antonio, se enamoró perdidamente de él, el que también correspondió a dicho amor. Se casaron, y en aquellos hermosos parajes, de bosques nativos, cerca del lago y exótica vegetación, ocurre la historia, la hermosa historia campesina que más adelante relato.

Hoy por hoy, los protagonistas de esta historia ya no habitan aquellos parajes. Una de las razones fundamentales fue la lejanía a algún centro de civilización, y la otra, que ha afectado a casi todas las familias del sector... que se han visto en la obligación de vender sus tierras, por el asedio que las grandes empresas forestales tenían sobre el pequeño campesino.

Así ocurrieron los hechos... en el mes de noviembre del año 1992, cuando la primavera está en su mayor apogeo y la naturaleza se hace cómplice absoluta de ella...

CAPÍTULO I

¡Uf!.. se queja Rosalía, cada día que pasa me siento más inútil para acarrear el agua hasta la casa, con esta tremenda barriga que me ha crecido; ¡Mamita..! pero déjeme a mí ayudarla. Qué me vas a ayudar tú, si apenas sales de la tierra pa' arriba. ¿Cuándo voy a ser útil, digo yo..? Juanito camina junto a su madre, y continúa preguntándose... ¿Mamita, no te soy útil cuando voy a a buscar los chanchos, cuando le doy comida a los pollos, cuando cuido los corderos, y..? ya, hijito, no continúes preguntando, no me dejaste decirte que eres el hijo más alentadito de este mundo, tu papito y yo estamos orgullosos de usted... Juanito suspiró profundamente.

Rosalía y Juanito continúan subiendo aquella quebrada. Ella con casi ocho meses y medio de embarazo, tenía que cargar dos bidones del vital elemento hasta su hogar.

Le comenta a su hijo mientras seca el sudor de su frente, «parece que cuando te esperaba a ti no me sentía tan mal, ni tan inútil, ahora se me hinchan hasta los pies», ¡Mamita, exclama Juanito, ¿no te acuerdas que mi abuelita dice que ahora parece que vas a tener mujercita..? «dice que ahora estás ancha como vaca» ¿Cómo



es eso, hijo? Juanito se apura en contestar, pero si así dice mi abuelita Chelita..! juntitos se echan a reír.

¡Al fin! llegamos a la casa, se queja Rosalía... dejando caer los tuestos con agua... mientras se sienta en un tronquito a la entrada del lugar, piensa «será que dejé pasar mucho tiempo, antes de tener mi segundo, hijo cinco años y tantito... no pasan en vano. Volvió a la realidad y le gritó a Juanito, que se había subido al ciruelo... ¡En vez de ponerte a comer fruta verde, anda a buscar los chanchos, antes que se haga más tarde!

El niño de un salto estuvo abajo, le silbó a los perros, pero su madre le advirtió: no llesves a la «Negra», esa perra siempre muerde a los chanchitos más chicos, ¡ya sé! contestó Juanito, con un poco de descontento, pues era su perra regalona, pero obediente como siempre, se fue falda abajo a cumplir su mandato. Rosalía tomó un vaso de agua, echó una mirada al sol, estaba justo en el lugar que indicaba la hora de salida de su marido del trabajo. Recorrió con la mirada el patio, como buscando algo qué hacer... reparó... en que la leña, no tenía picada para preparar la comida de la noche, por lo que se dispuso a buscar el hacha... su marido traería a comer a su hermano que anda paseando desde Cañete.

CAPÍTULO II

Cuando Juanito regresó con los chanchos, los encerró como todos los días, buscó a su madre, y la encontró recostada en la cama, ¿qué te pasó, mamita? preguntó preocupado Juanito. Sabes, hijito, cuando estaba cortando la leña me comenzó a doler muy fuerte la colita. ¿Sigo yo? se apuró en decir Juanito. No, hijo... con lo que alcancé a picar, tengo demás para cocinarle a tu padre. El rostro de Rosalía se contrajo del dolor... había sentido una primera y fuerte contracción.. Rosalía continuó hablando a su hijo... Ojalá tu papá no se me vaya pa' Pastene a tomar cerveza con tu tío Sergio, que es como tonto pa' tomar. La otra vez que vino, me hicieron la misma... Rosalía suspiró profundo... hijito, lávese los pies, y me entra la ropita, ¡ande, apúrese!

Rosalía sintió otra contracción, comenzó a temblar, no quería sentir miedo, pero el sólo pensar que los vecinos más cerca que tenía estaban a cuatro kilómetros de distancia la hacía sentir miedo. En estos momentos sentía tanta soledad, todos sus vecinos más cerca que tenía habían vendido a las forestales, cosa que a ella personalmente le dolía, pues había nacido, y se había criado, mirando aquellos hermosos parajes, bosques nativos que ahora ni siquiera pertenecían a aquellos vecinos que la vieron crecer, ellos que ahora le serían tan útiles, hasta sus padres habían tenido que marcharse, de a poco habían ido vendiendo aquello, sólo el pequeño predio, que ellos habitaban, se estaba salvando, pero pronto también sería vendido, ¡Que tristeza, Señor!, exclamó Rosalía.

Como pudo se incorporó de la cama, tenía que pelar las papas, para la comida, pero, al agacharse para sacarlas del canasto, sintió que un líquido calentito



corría por sus piernas, ¡Dios! exclamó, eran las membranas que se le habían roto. La mujer vio que no le quedaba otra alternativa. Tendría que tener a su hijo en la casa. Su hijo parecía que sería su única compañía...

CAPÍTULO III

Rosalía alcanzó la toalla, se aseó como mejor pudo, luego, se recostó en su cama... pensó, «cuando tuve a Juanito fue tan distinto, me cuidó mi mamita, José Antonio ni se movió del lado mío en el hospital», algunas lágrimas brotaron de sus ojos, pero Juanito la hizo volver a la realidad.

¡Mamita, aquí está la ropa!, al ver a su madre, aún tirada en cama, se acercó, ¿oyé mamá, por qué lloras?... Hijo mío, le respondió la mujer, hoy vas a demostrar qué tan grande eres, secó sus lágrimas, y comenzó a explicarle a su hijo lo que ocurriría de un momento a otro, «hijo, va a nacer... tu hermanito o hermanita, ahora, aquí», Juanito abrió tremendos ojos, ¿mamita, yo te puedo ayudar, igual que cuando nació el ternero de la vaca de mi abuelito José...? «Verdad que tú estabas con tu abuelito, ese día».

Entonces, mi doctorcito, empiece por hacer fuego, ponga a hervir agua en la olla grande. Luego se trae todas las toallas, que están en la caja. No te olvides de nada. Tuvo que encogerse en la cama. Una contracción vino a perturbar la poca calma que le estaba quedando.

Ya, mamita, el agua está casi hirviendo, ¿en qué más te ayudo? Hijo, «Mi huachito», busque el bolso rojo que me regaló mi comadre Juanita, ahí tengo la ropita de la guagüita, de paso me trae las tijeras y el alcohol, ¿dónde está eso, mamita?... Mmm... Parece que están ahí, en la cajita donde guardo las aspirinas... ¡Sí, aquí están! gritó el niño... ¡Hijo, apúrate, apúrate...! Rosalía sintió que el momento ya venía, las contracciones eran muy seguidas, los pujos... ¡José Antonio, José Antonio! gritó con locura. Rosalía estaba a punto de dar a luz.

¡Hijo, por favor, colócate entre mis piernas, y recibe a tu hermanito, con las toallas, agárralo firme con tus manitos... Rosalía elevó los ojos al cielo, apretó con fuerza las sábanas con sus manos, se las llevó a la boca para no asustar a su hijo con sus gritos... desde el fondo de su corazón, dijo. ¡Dios mío, acompáñame!... pujó fuerte, muy fuerte, ¡mamá, mamá, mamita, ahí viene, ahí viene, lo veo, lo veo! Fuera de sí, estaba Juanito. La madre hizo el último esfuerzo, ¡mamá, ya lo tengo..!

¡Mamá, es hermanita, es niña, es la Rosita! Juanito estaba fuera de sí... Rosalía con mucha valentía cortó el cordón umbilical, luego ayudó a su hijo a limpiar a la niña... ¡la Rosita! como gritaba a cada rato el niño... arroparon muy bien a la bebé, Juanito no se cansaba de besarla. Justo a las dos de la madrugada nació mi segundo tesoro, agregó Rosalía... un tanto cansada y preocupada, el ombligueto de la niña sangraba demasiado... temblando todavía, terminó de limpiarse, y al mismo tiempo rezaba, para agradecer el momento vivido, y para pedirle a Dios no tener rencor por su marido, que la había dejado sola sabiendo que le quedaban pocos días para que



la hospitalizaran. El doctor y la matrona les habían advertido lo peligroso que era quedarse en el campo hasta esas alturas del embarazo ella estaba demasiado gorda... pero, qué estoy pensando... reaccionó... Miró a su lado... Juanito había sido vencido por el cansancio y el sueño... dormía pegadito a su hermanita...

La mujer se echó a llorar, era una mezcla de sentimientos, que ni ella entendía..

Contemplando a sus hijos, a las cuatro de la madrugada la venció el sueño... algo inquieta y aún excitada.

CAPÍTULO IV

En la madrugada, cuando ya aclaraba, se abrió la puerta de la humilde casita... era José Antonio todavía mareado por el efecto de la cerveza, caminó hacia la cama, como para hablarle a su mujer, sabía que había cometido un error, pero, no se imaginaba de qué magnitud.

Chalía... (así la nombraba él, de cariño)... ya sé que metí la pata, comenzó a decir, se agachó para besarla... y en un instante reparó en la guagua, que dormía al lado de su mujer... abrió bien los ojos, pensó en la guagua, que dormía al lado de su mujer, abrió bien los ojos, pensó «debe ser el efecto de la cerveza», Rosalía lo miró, no sabía si... pescar la tranca de la puerta y darle por la cabeza, o abrazarlo, para echarse a llorar en sus brazos, para descansar de la puntada que le oprimía el corazón... ¿Y esa guagua... oye Chalía? Preguntó José Antonio.. ya seguro de lo que veían sus ojos... ¡Es tu hija!... A él le recorrió un frío enorme por su espalda. No pudo cruzar palabra alguna, no entendía mucho, pero ni siquiera se atrevió a pedir alguna explicación.

Titubeando, tomó a la guagua en sus brazos, ¡Chalía el pañal, está manchado con sangre..! Rosalía, con pocas fuerzas, se incorpora en la cama, y le trata de explicar que cortó mal el cordón umbilical, ¡por Dios, qué hizo su padre hija mía! abraza a su bebé... y la abraza muy bien... sale de la casa como desesperado, esperando encontrar un alma que lo movilizara hasta la posta de Capitán Pastene.

Tres horas más tarde, un Jeep del hospital de Traiguén venía a buscar a Rosalía. Ella y su guagua fueron internadas por dos días, hasta estar en perfectas condiciones.

CAPÍTULO V

¡Rosita, deja esa gatita, niña!, ya no le quedan orejas a ese pobre animal; regaña Rosalía, ¡ven aquí! pero unos picesitos corrieron velozmente, arrancándose de su lado, y una risita picarona se escuchó alejarse. Cada día te estas poniendo más «pelusa» Rosita, y la culpa la tiene tu hermano y tu padre, que te consienten más de la cuenta. ¡Mamá le dice Juanito, mejor que tengas otra guagüita, dice mi abuelita



Chelita, así se le pasa lo engreída a esta «cabrita»! ¡No, muchas gracias! replica Rosalía... con lo que me pasó con la Rosita me basta y me sobra.. José Antonio, que estaba cerca, arreglando unos zapatos de Juanito, dice ¡qué te preocupas mujer, con el doctorcito que tienes en la casa, ja, ja!

Rosalía lo mira, no con muy buena cara, ...José Antonio se acerca, y abraza fuertemente a su esposa, de la cintura, la besa tiernamente en el rostro y le dice, «aparte del doctorcito tengo a la mujer más fuerte más valiente y más hermosa de la Tierra».

Juanito y su hermanita van a sumarse a tan tierno cuadro, los cuatro se abrazan, ríen contentos. José Antonio, comenta, «pensar que la Rosita, va a cumplir tres años la próxima semana y ahora vivimos cerquita de Purén, también tenemos hartos vecinos cerca, y lo más importante, tenemos posta a un paso...» ¿Y qué quieres decir tú? pregunta preocupada Rosalía...

José Antonio sonrío, respondiendo.. ¡Qué tal si aumentamos la familia!, total me faltó agregar lo más importante, ahora aparte del doctor.... ¡TIENES UNA MATRONA! ja, ja, ja... Así rieron de buenas ganas, aunque Rosita no entendió mucho....

*Uberlinda del Carmen Espinoza Salgado, 34 años,
es profesora de Educación Básica en Purén,
Región de la Araucanía.*

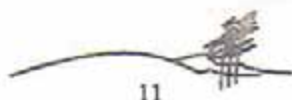


*Por qué no empezar versiando
lo que traigo atragantao
más vale morir hablando
antes que morir callao.*

En un campo precordillerano, ya era noche y muy helada cuando terminaron los preparativos para el gran viaje del día siguiente, en pleno junio, hacia el pueblo cercano, para efectuar el casamiento del Nacho con la Gume. Los caballos amarrados al varón, las monturas y mantas listas de llegar y poner, cocaví en unas bolsitas chicas individuales, con una tortilla al rescoldo, otra con harina tostada, carne de chanco ahumada y cocida, cebollas, sal y un frasco con ají molido en piedra, secado al humo de la gran cocina de campo, sólo faltaba que se enfriara el pavo asado que se había envuelto a última hora antes de la partida a la mañana siguiente. La señal de luces de los chonchones a parafina se van perdiendo una tras una en el umbral de la puerta de la casa indicando que los viajeros se van a dormir si es que pueden, son tan grandes los nervios, van a casarse. Sólo pasan unas horas y cuando en la cordillera despunta el lucero del alba, cuatro o cinco ante-meridiano, ya la gente empieza a encender las luces de los humeantes chonchones.

—Traigan el pan, chiquillos!! Grita con una voz chillona y destemplada doña Flor, una vieja gorda con las tetas parchadas, siempre parchadas. Es que las tenía tan grandes que le gastaba la ropa con el roce, justo ahí. Por eso don Gollo, un vecino, decía con tanta gracia: «Ave María, 'ñor, las medias ubres d'esta cristiana, si me pasan doña Flora pa' lechera, creo que me da pa' un queso y medio».

Todo esto acompañado de grandes risotadas, a pesar que ya no le quedaban ni fuerzas, ni dedos de lechero. Mientras doña Flora arregla el paquete con el pavo, padrino y novio se dan la tarea de ensillar los caballos de ellos y de las niñas que iban en caballos aparte, con montura de mujer. La mamá da los últimos toques a la novia, alindándola lo más posible, no fuera a ser que el Nacho se arrepintiera a última hora, ya que él la conoció después de la mea de la mañana, como dice don Manuel, osea lavadita y peinada, porque antes de la mea en el campo las niñas salen presurosas a hacer esta diligencia irremplazable, chasconas, trasnochadas de cara y sin ningún afeitte, además a campo traviesa, por eso los pícaros campesinos recomiendan que para buscar novia hay que conocer a éstas antes de la mea, con su belleza natural. Volviendo al viaje de los novios, la comitiva ya lista parte a caballo muy temprano, pues no hay otro medio de transporte y el tiempo apremia por lo lejos que queda el pueblo, además el tiempo amenaza lluvia. Pasaron el puente colgante antes que rayara el sol y allá por el sector de las entre piernas cercanos a 20 ó 30 minutos de su destino, se detuvieron a



desayunar. Baján las bolsitas, se comen parte del cocaví continuando al galope su viaje en la recta larga frente al cementerio local.

Llegan al pueblo y enfilan sus pasos a la oficina del Registro Civil. El lugar es pequeño pero consta de iglesia católica, correo, municipalidad, escuela pública y esta oficina del civil. Se apila la gente del lugar y sigue con curiosidad a los viajeros tan bien montados, unos pocos curaditos asoleándose y los infaltables jubilados tras la copucha de algo fuera de lo común, viendo llegar a este grupo con los caballos bardeando por el sudor y neblina, los ropones de las mujeres venían todos embarrados en el ruedo producto del barro que les salpicó en los charcos de agua acumulada en los hoyos del camino durante el trayecto. Se desmontan y dejan un propio, hombre de confianza a cargo de los caballos y se meten a tropezones a la oficina del Registro Civil, diciendo en voz alta: «Buenos días caballero» a un sujeto que estaba sentado en una silla fuera del mesón; ¿Estará el Señor Civil?

Venimos a casarnos. No, no está pero voy'ir a aguaitarlo altiro. Y rápidamente va al casa del buscado personaje con quien vuelve apuntalándolo tras unos grados de alcohol de pícaro chacolí que él mismo cosechaba y que no le permitía salir todavía de la mona que aún traía encima. Inmediatamente el oficial empieza a rebuscar y sacar unos libracos negros y grandes que se le veían muy pesados, por lo menos a él le pesaban más de un kilo, se dirige a los presentes y con voz pausada les dice: «Las libretas y los carnés de los novios, novio y novia digo, de los padrinos, digo madrina y padrino, o sea mejor digo de los testigos de esta boda».

Presurosos empiezan a trajinarse los hombres sus documentos por debajo de las mantas húmedas de las cuales se escapaba vapor compuesto por una mezcla de olores indefinidos, a humo, tortillas, ovejas, y que sé yo cuántos olores más. Las mujeres por entremedio de sus apretados corpiños, también buscaban los documentos requeridos por el oficial civil sin los cuales era imposible proceder a la ansiada ceremonia. De repente nuestro honorable, pues lo era, oficial civil de respetable familia del lugar, se encuentra con una lluvia de carnés y libretas de familia, para dar inicio al casamiento toma un libro, toma una libreta y anota, pregunta y anota, luego toma otro libro, otra libreta y anota, suelta un libro y toma un carnet, anota en otro libro, lo deja toma otro carnet y así sigue durante un rato interminable después de anotar los últimos datos, se restriega los ojos una y otra vez tratando que se le aclare la vista un poco para poder firmar el importante documento. Después de las consabidas frases y preguntas a los novios que a esas alturas estaban bastante abrumados y temerosos, procedió a firmar el documento.

Terminado el casamiento, todos contentos recogieron sus libretas y carnés que se encontraban esparcidos por el mesón y un paquete grande que venía todo embarrado se lo pasaron al Señor Oficial, por costumbre y con cariño.



—Esto es para que se lo sirva usted. Es un pavito y perdone lo poco señor.

—No, no, está muy bien, no hacía falta, muchas gracias y que disfruten de una muy buena vida futura, hasta pronto.

Acto seguido, los recién casados y compañía se van a un negocio a comprar un poco de vino y se toman una buena chupilca, en caña el vino con azúcar y harina tostada los relaja y les da ánimo para la vuelta a casa. Se sirven el resto de carne acompañada con moño de harina, esto es una cebolla pelada que se come a mordiscos previamente untada con sal y harina humedecida con aguardiente para que no quede atoradora. Con este tremendo aperitivo, a los caballos y marchando rápido pues tienen que llegar al campo al almuerzo con cantos apropiados al caso a las cuecas con zapateo y huifa, tallas, versos y adivinanzas picaronas. Ya llegados cruzan un arco de flores y entran al patio donde los espera el resto de los invitados. Lugareños todos y en primer lugar está doña Elisa, gran cantora y tocaora de vihuela de los años de su abuela quien fue la que le enseñó y la viejita aprendió. Le pasan una banca, se sienta, le para el cogote a la guitarra afiná a la antigua por tercera alta y canta con rasgueo suave y pausado estas maravillosas décimas de novios:

Viva la novia virtuosa
viva el santo sacramento
viva el novio en su aposento
viva con su fiel esposa
cumplan feliz su destino
que ambos sigan el camino.
Vivan novios y padrinos
vivan suegros y cuñaos
vivan los acompañados
del sacramento divino.

Orgullosos los padres fueron
que han dado tan buen ejemplo
a sus hijos en el templo
por la gracia que obtuvieron
vivan los que concurrieron
a esta fiesta tan preciosa
con la madrina dichosa
que tal gracia Dios le ha dado
con el padrino a su lado
viva la novia virtuosa.



Feliz aquel parroquial
por sus distinguidos dones
que, dando sus bendiciones
y el consejo conyugal,
nos legó este testamento
José y María fue atento
en su estado primoroso
y en él guardó sustentoso
viva el novio en su aposento.

El novio que con acierto
supo escoger a su esposa
debe apreciarla por cierto
como a una joya preciosa
proporcionándole atento
todos los finos cuidados
esto será retornado
por su esposa con amores
como maceta de flores
vivan los acompañados.

La novia con mucho esmero
a su esposo ha de cuidar
como le gustó jurar
un fino amor verdadero
mucho suerte compañero
cumpla usted su destino
ambos sigan el camino
como se les ha ordenado
en el convento sagrado
del sacramento divino.

Que repiquen las campanas
que suenen esos clarines
que vienen los serafines
del cielo tocando diana
de esas alas quedan sanas
en un buen procedimiento
dándole a Dios cumplimiento
del cielo se desengaña
y con toda su compañía



viva el santo sacramento.

Vivan novios y padrinos
que han venido a desear
a esta pareja querida
a quien vengo a acompañar
bendigo toda su vida
y esta tan grande unión
lo digo y doy corazón
que no sufran los «revenes»
reciban mis parabienes
y les doy la bendición.

En ese momento la cantora saca su pañuelo y enjuga sus lágrimas al igual que la mayoría de los invitados, es la emoción de recibir a los jóvenes como marido y mujer. —Si ayer eran unos «cochos» no más— dice ella. Ya corten el llanto que esta fiesta es de alegría, grita un huaso grande y saca su pañuelo batiéndolo al aire, ¿quién quiere bailar conmigo? Ya pues doña Elisa rásquele las cuerdas a su cogote 'e yegua con una cueca y acto seguido Tiqui-tiqui-ti, tiqui-tiqui-ta, toca la guitarra con un rasgueo de cueca valseada y bien marcado, se para un viejito gordo coloradito y de tremendos ojos azules para tañer la guitarra, cuando la pareja está paseándose, él se manda estos versos mientras alguien dice: Este don Rosendo va a dejar la cantá.

Y eso era,
cáscara 'e pera
carreta chancha
con ruela 'e madera
viejos borrachos
cantando leseras
yegua tordilla
güena pa'l era
montura reonda
con güena estribera
espuelas de plata
con sonajera
mantita al hombro
bien corralera
pantalón de huaso
cortao a tijera
marrueco abierto

pichula afuera

Ja, ja, ja, grandes carcajadas celebran, esta es la forma de trocar la pena en risa y sigue la fiesta que se las pela, coronada de un succulento almuerzo en el que cayeron chanchos, pavos y casi medio gallinero a'más de los ponchecitos y enguindaos muy cabezones y pajaritos diciocheros, dulces chilenos embetunaos.

La fiesta duró hasta que se acabó la comida y el último trago, muy buena.

Pero los años pasan inexorablemente y la familia del Nacho y la Gume empieza a crecer. Todos los años hay un retoño que da alegría y también dolores de cabeza a los papás. De vez en cuando por no viajar al pueblo anualmente a inscribirlos, los van pasando por mellizos, ya que en ese tiempo se creía que había que pagar fuertes multas por el atraso de inscripción de los hijos, así que era mucho más fácil hacerlo de a dos por vez. El Oficial Civil siguió trabajando con su mismo sistema de siempre y la gente que lo quería mucho, quedaba feliz del buen trato que él tuvo siempre con todo el mundo, hasta que un buen día la parca lo visita. Como es natural fallece, pasando a formar parte, como todo el mundo, del cementerio local. Se suceden otras personas en el cargo, unas llegan, se van y así sucesivamente mientras siguen pasando los años y un día, de un año, no a caballo, ni con barro, de día claro, viajando por un regio camino rápido, hasta ahora existente, en bus de primera, llega a la moderna oficina del Registro Civil otra pareja de novios a casarse y también acompañada de testigos amigos y parientes. El nuevo oficial civil, un joven soltero, ágil, buen mozo y también muy atento, como el de los viejos tiempos, después de saludarlos muy caballerosamente les dice: «¿De dónde vienen ustedes?»

— Del campo, señor civil.

— Por favor sus libretas, sus carneses, de los novios, de los testigos. Son dejados en el mesón al igual que muchos años atrás, todos los documentos requeridos por el nuevo funcionario, no faltaba ninguno. Y aquí comienza de nuevo la historia pero esta es mejor y me atrevo a decir que casi increíble. Se buscan libros de esos negros que pesaban más de un kilo pero que ahora estaban livianitos en las manos del nuevo señor civil y tras de leer y releer por incontables veces, cotejando documentos con libros y libros con documentos, el oficial civil rayando en la locura y sudando la gota gorda se sienta agotado y jadeante.

— Señor, señorita. No los voy a poder casar, lo siento mucho.

— ¿Pero por qué, señor oficial? Le trajimos todos los papeles que nos pidió y nos preparamos tanto para este día, es nuestro casamiento. Fíjese —dijo la novia con angustia—, que mi mairina ya me dejó la fiesta lista y los amigos nos están acompañando en el campo, hasta se consiguieron una guitarra y una cantora que es recontra rogá pa'cantar, ¿qué podemos hacer en este caso señor?, dígamelo.

— En otra ocasión será, dijo el señor oficial, cuando podamos arreglar un poco los libros—.

Sí, señores, los libros, yo no tendría ninguna mala voluntad en casarlos



pero los libros que hay aquí, de la constancia de los matrimonios en el casamiento de sus padres, efectuado en esta oficina hace más de 20 años atrás, no hay legalidad ninguna, ellos no están realmente casados por la ley civil.

— Pero señor y la libreta de familia?

— Lo siento mucho, pero según mis conclusiones, el funcionario de aquellos tiempos, yo no sé por qué, tuvo una gran equivocación, casó al novio con la madrina y al padrino con la novia y además... Además, —dijo con impotencia— los números de las actas no están correlativos, parecen puestos al azar. Todos se miraron entre sí sin entender qué diablos era lo que estaba pasando, sólo que había que volver de nuevo porque los libros estaban malos y había que esperar quizás cuanto tiempo más para poder casarse. ¡Qué medio chasco! Con este hecho comienza la nueva era de los libros de la oficina del Registro Civil del pueblito aquel en la cual se hizo a la larga muchas enmiendas y correcciones para no tener más problemas, como la de esta historia en particular.

Mientras tanto en el campo la gente hizo su propia fiesta sin importarles que hubiera habido casamiento o no, total todo estaba preparado y habiendo harta comida y trago a destajo, qué importaba lo demás, hasta la cantora con unos tragos entró en vereda, haciendo zumban la guitarra, los viejos medio cocidos se volvieron locos echando tallas y versos como éste que recitaba otro invitado, un tal don Jaime de pelo negro y crespo, era un tipo muy divertido. Tenía cara de abogado el diablo y al compás de los tiqui-tiqui-ti, recitaba algo que decía así:

Me meto a la chacra
me como los choclos
me corren las babas
me zumban los mocos
Y salú pos caballero.

Una vieja agachá
y otra en cuclilla
parecen carreta chancha
sin barandilla
¡Y que vivan los novios!

Se pierden en la noche la algarabía y se prenden los chonchones humeantes y sus tenues luces se van perdiendo, como antaño, tras el umbral de la puerta de la vieja casa de campo.

Violeta Ipinza Romero, 59 años, es cultora del folclor y artesana en Quilleco, Región del Biobío.



Tercer Premio

HUASO VIEJO

Óscar Olavarría Sanhueza
Región Metropolitana de Santiago



Su hijo Ricardo se notaba nervioso. Sabía que era su forma habitual de actuar cuando debía afrontar un problema que escapaba a lo cotidiano.

— Qué deseas hijo, por qué estás tan preocupado..?

La pregunta la formuló en forma espontanea el anciano que se encontraba reposando en su silla mecedora, al lado de la estufa de hierro, en el salón de la casa patronal.

—En realidad, padre, no se cómo decírtelo. Creemos con mi mujer que debes ser el mejor atendido; que debes contar con enfermeras que te cuiden; médicos en cualquier momento, y más que todo, un ambiente de tranquilidad y reposo que en esta casa no tienes.

Estimamos de común acuerdo con María Angélica que sería mucho más conveniente para tu salud y bienestar que fueras atendido en una casa de reposo..!

Con que era eso lo que te costaba tanto decirme. Según lo que me has comunicado, tu mujer también está de acuerdo en enviarme a un hogar de ancianos..!

—No papá..., nosotros hemos buscado las mejores casas de reposo, las más calificadas. No son hogares de ancianos..!

—Lo que tú digas....Pero para mí son solo hogares donde van a morir los viejos..!

—Bien, papá, yo creo que ello sería mejor para todos. La María Angélica no puede atenderte debido a sus obligaciones con los niños. Allá estarían pendientes de ti, y nada te faltaría...Qué me contestas?

El anciano guardó silencio. Se dejaba sentir lo incómodo de la situación. Ricardo comprendía que a su padre le había caído muy mal su proposición, y se preguntaba si acaso no había cometido un error al hacer caso a su mujer y acceder a su petición.

Hijo, me has sorprendido con tu propuesta. Esta noche lo voy a pensar y mañana te doy una respuesta. Comprendo y reflexionaré sobre las molestias que les causo, y te prometo que encontraré alguna solución..!

Esa noche, en la oscuridad de su cuarto, el anciano agricultor pensaba: es triste llegar a viejo, sin querer se estorba a todo el mundo. Él sabía que esto iba a suceder. Escuchó las voces airadas de su hijo y esposa que discutían en una pieza contigua al salón. Ella, se quejaba que no podía estar con sus amigas en el salón porque siempre estaba su suegro, al lado de la estufa, leyendo sus libros, imponiéndose de todo lo que conversaban.

Que a los niños los enviaba a jugar al patio porque molestaban; que a cada momento estaba pidiendo que se le atendiera, ya fuese para que le llevaran agua o medicamentos. En fin, que era una molestia continua.

Bueno, pensaba, todo lo que decía su nuera era cierto: a él le agradaba sentir el calor del antiguo estufón de hierro al calentar sus ateridos huesos,



leyendo sus queridos libros, en su cómoda mecedora.

También era cierto que había corrido a los niños que querían jugar fútbol en el salón, indicándoles que lo hicieran en el patio, ya que campo había demás.

Su lento desplazamiento estorbaba a las personas, y lo lamentaba. Debía solicitar sus medicinas y a veces un vaso de agua.

Durmió muy poco. Se veía en la sala de un hospital, proveniente de un hogar de ancianos, donde una mujer extraña, impersonal, le vigilaba.

No entendía la razón por la cual no podía moverse. Solicitaba ayuda, pero nadie le atendía. La sed reseca su boca, pero nadie le llevaba un vaso de agua. Luego cayó en un sopor profundo, creyendo que moría.

Añoraba su casa de campo; su silla mecedora; el agradable calor de su estufón de hierro; sus amados libros; el aire del campo y, más que todo, su vieja y querida casa.

Esa casa, en que cada viga, cada adobe, guardaba el cariño y empeño con que su esposa y él, hombro a hombro, la habían levantado.

Él no sería, desde ese día, un estorbo para nadie. Viviría el resto de sus días conforme a su propia voluntad. Rosalindo Cuevas González, no había nacido para ser tratado como un pelele.

Despertó muy temprano. Había meditado casi toda la noche, pero al fin había encontrado una solución. No se diría que Don Rosa, agobiado por los años, se había dejado manejar.

Llamó al hombre encargado de los mandados y le dio precisas instrucciones.

Luego llegó su hijo que le saludó amablemente.

—Hola papá, como se siente. ¿Durmió bien..?

—Si hijo, gracias, estoy bien ¿Y tu mujer y los niños cómo están..?

—Sí, todos amanecieron bien...Y dígame, resolvió algo... Perdone la consulta, pero hoy la María Angélica tiene reunión con el Centro de Damas Católicas y quiere una respuesta..!

—En realidad no hay ni debe haber ningún problema. El propietario de este campo soy yo. Cada viga, cada adobe, cada rincón de esta casa está sostenido en el amor que tu madre y yo le dimos al construirla. Ella murió aquí, en la misma cama en que tú naciste. Ella ya no está, pero mientras yo viva, esta casa, nuestra casa, continuará igual.

«Escuché a tu mujer decir que quería hacer algunos cambios; dile que se tranquilice, para hacerlo tendrá que esperar que yo muera.

«Pero deseo ser muy claro. Referente a tu consulta, te informo:

«No iré a ningún asilo de ancianos. Pero como no deseo molestarlos, les informo que desde hoy tú y tu familia se mudarán a la casa del administrador que esta vacía. Es más pequeña que ésta pero es cómoda y abrigada, y no tendrán la molestia de mi presencia. Tu mujer se podrá reunir con sus amistades en el



comedor o la cocina, ambos recintos son muy espaciosos y son de gran privacidad.

«En cuanto a mí, me atenderá la hija de la Matilde, la que fue tu Nana, que quiere trabajar y qué mejor que lo haga en mi casa.

«Cité al abogado a una reunión para efectuar una corrección a mi testamento; en caso de no poder oponerme y soy enviado a un hogar de ancianos, el cincuenta por ciento de mis bienes pasarán a poder de la Beneficencia.

«Las razones de estas medidas son simples; después de toda una vida de trabajo y sacrificio, al final del camino, no es justo que a los ancianos se les envíe a morir lejos de su familia, de su casa, de sus lugares queridos.

«Es increíble que la gente más culta, la que cuenta con mayores recursos, es la que tiene el corazón más duro.

«Vemos cómo sus viejos son enviados a los hogares de ancianos, lejos del amor de los suyos 'para que se les atienda mejor' dicen, y ni siquiera por guardar las apariencias los van a visitar de vez en cuando.

«Son como trastos inútiles que se arrojan al desván».

Pero él no se dejaría avasallar. Había sido un hombre fuerte, de personalidad bien definida y lo había demostrado al adoptar tan drásticas resoluciones.

Era un «Huaso Viejo» y como tal lo habían querido pasar a llevar, pero él a pesar de sus años había reaccionado poniendo las cosas en su lugar.

Esa noche, en la casa de la administración, se escucharon fuertes y desabridos gritos, llantos y carreras.

Don Rosa reía socarronamente, recibiendo el amable y acogedor calor de su querida estufa; se mecía rítmicamente en su silla y hojeaba, sin leer, uno de sus amados libros.

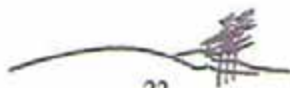
Tenía la certeza de que a su hijo y su nuera nunca más se les ocurriría proponerle ir a un hogar de ancianos «para que le atendieran mejor».

En esos instantes entró al salón la hija de la Matilde, llamada Rosa, llevándole un tazón de caldo. Le acomodó la manta con que se cubría las piernas, luego arregló su almohada y le ordenó sus libros. Era un anciano feliz.

Oscar Olavarría Sanhueza, 64 años, es técnico agrícola en Lampa, Región Metropolitana de Santiago.

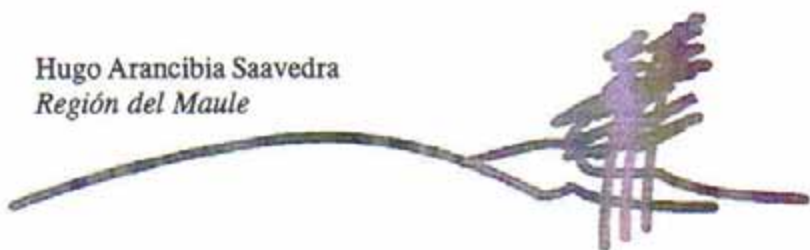


Menciones Honrosas



ÑO CATUÑES

Hugo Arancibia Saavedra
Región del Maule



Desde la Cruz de Mayo que cae esta lluvia que tiene a los cristianos encuevados como sabandijas y a los animales con la guata pegá al espinazo.

Efectivamente, desde comienzos de mes que un temporal de lluvia y viento azota, sin piedad, toda la zona central.

—Así no más es Ño Catunes—, confirmó Juanuco desde el otro lado de la fogata que ardía al centro de la ahumada estancia—. Si no fuera que la casa tiene buenos corredores y que hay que limpiar trigo para semilla, ya nos habría llevado el diablo de puros flojos.

—Ya que se acordaron del malo; ¿es cierto Ño Catunes que usted tiene tratos con él? —dijo Peiro.

El aludido Ño Catunes, un viejito con tantas historias como años, permaneció impassible. Sacó una bolsa con tabaco y lió un cigarro. Lo encendió con un tizón de la misma fogata y echó una bocanada de humo como para matar todos los zancudos en diez metros a la redonda.

—Ya pues, Ño catunes, no sea rogado y cuéntenos algunas de sus mentiras, para acortar la noche.

—¿Mentiras? Eso es lo que ustedes dicen porque todavía no acaban de botar los pañales. Mi abuela contaba que cuando llegó la epidemia de cólera, ni siquiera llevaban los muertos al cementerio. Los enterraban cerca de La Piedra Grande, al otro lado del Estero Los Maquis. Por eso debe ser que penan tanto en ese lugar. Si ningún gallo, por valiente que sea, se atreve a pasar solo, de noche, por ahí.

—Eso nada demuestra, Ño Catunes. Son inventos de curados.

—Ah, y las murallas que hay al otro lado del Estero, ahí mismito donde hay higueras y perales. Si todavía quedan murallas del cementerio y, más arriba, entre los olivos, hay restos de la casa de la finá Estelia. Dicen que hubo un terremoto que no dejó títere con cabeza. Y que para más remate vino una sequía espantosa. No había agua ni para tomar. Se secó para siempre la vertiente que había junto al



monte de canelos. A la gente no le quedó otra que buscar un lugar más apropiado donde parar sus rucas. Fue así como se trasladaron a este lado del Estero. Aquí hay suelo más plano y el agua llega hasta las mismas casas. A la parentela muerta le construyeron un cementerio harto más grande. Ocho lados tiene, y no cuatro como los comunes. Lo hicieron con tanto lado, no para que el malo encuentre la entrá, como ustedes inventan; sino porque así lo ordenaron unos frailes que pasaron por aquí. Benedictinos creo que les decían

«Muchos años después, cuando yo era guainita, pasó por el pueblo un hombre que buscaba gente para llevársela a trabajar al norte. Con unos gallos de Tabunco fuimos a tomar el tren a Licantén, y a Valparaíso los boletos. En el puerto nos embarcaron en un vapor que nos llevó a Iquique. ¡Cómo cambió la cosa! Puras piedras y arena. Ni un árbol.

—¿Y ganó mucha plata Ño Catunes?

—Harta se ganaba. Pero la pega era dura. Al final del día, con el calor y la sed, yo no me podía el matasapos de doce libras con que partíamos el caliche. Y cuando bajábamos a la costa, en unos días de remolienda gastábamos lo que habíamos ganado en meses. Uno a uno fueron quedando mis compañeros en ese desierto que le habíamos quitado a los cholos. A los últimos los mataron en Iquique, cuando nos tomamos las oficinas y el Gobierno nos pagó con plomo. Yo me salvé jabonao. Después de muchos años volví, tan pobre como me había ido. Sin ni cobre en los bolsillos.

Al viejo le tembló la voz y calló. Afuera, la lluvia y el viento aumentaron con la oscuridad de la noche.

Rato después, cuando la leña se convirtió en brasas y la habitación quedó en penumbras, Peiro dijo:

—Ño Catunes, dicen que usted tiene tratos con el malo y que cualquier día puede venir a buscarlo.

—Son cuentos; la gente inventa. Ahora, de tanto hablar, se me secó la garganta. Y esta lluvia condensá que ni siquiera deja ir a «El Tropezón».

Todos sabían bien que ya no harían hablar al viejo. Y como la curiosidad era grande, a una señal de Peiro Juanuco se paró, encendió un chonchón a parafina y salió camino de la despensa. Cuando regresó traía un atado de charqui y una calabaza con tinto bajo el brazo. Sólo después que el viejo engulló buen trozo de charqui y que le vio el fondo a un mate de pipeño, continuó:

—Hace tanto tiempo, que ya casi se me olvidó. Les contaré lo que me acuerde: dicen que la gente se acostumbra a andariega. Y eso creo que fue lo que a mí me paso. Cuando volví del norte me costó acostumbrarme aquí. Un día el patrón viejo, que Dios tenga en su santo reino, me dijo:



—Oye Catunes; como hay talaje demás, estoy pensando traer un piño de cabras. Y quiero que vayan a buscarlas puros gallos despiertos; no sea cosa que los cuyanos les metan el dedo en la boca.

—A sus órdenes no más estoy patrón, contesté.

—Bueno. Hierra «El Chirigüa» para tí y prepara las mulas para que lleven las pilchas.

«A los pocos días cruzamos la Cordillera por el Cajón del Río Maule y llegamos cerca de Malargüe, en Argentina. Hubieran visto, tostos los cerros como sembrados de cabras. Descansamos un poco, compramos doscientas cabras para el patrón y partimos con el arreo. A medida que nos internábamos en la Cordillera, ya de regreso, el piño aumenta que aumenta. Y nosotros saca que saca cuentas.

«Doscientas, no más, eran las cabras del jutre. Cuando ya estábamos casi en la frontera, las cabras condenás habían aumentado como a quinientas. Fue entonces, cerca del canto del gallo, cuando oímos un tropel de caballos. Al poco rato nos caía una tostaera de balas por todos lados. No atinamos a gran cosa. Mis compañeros quedaron estirados entre los peñascos. Yo, con una bala en un brazo, me escabullí amparado por la oscuridad de la noche. Tan asustado estaba con la muerte de mis amigos y con la que a mí me esperaba, que hablando solo dije: ¿Qué diablos puedo hacer para salir de aquí? No terminaba de hablar, cuando a mi lado apareció, no sé cómo, un hombre montado en un caballo negro.

—¿Me llamaba?

—Ayúdeme a salir de este infierno, amigo— dije.

—Al anca no más tiene que subir.

—Monté de un salto y diría que volamos. La cosa es que sin saber cómo, me encontré, solo, en la Loma del Viento, el cerro que está allí no más. Cuando ya iba llegando al rancho, todavía oscuro, los perros salieron a mi encuentro, pero en lugar de acercarse, arrancaron aullando, como si hubieran visto al diablo.

—Y qué le dijo el patrón por las cabras— interrumpió Peiro.

—Enojaazo estaba el hombre. Pero como era rebuena persona, al poco tiempo ya se le había olvidado. Pero como nunca falta, a mí también se me paso el susto y agarré una tomatera que me tuvo por las cuerdas. Tan desesperado estaba que una noche, entre dientes, dije: Por mejorarme y poder trabajar hasta le vendería mi alma al diablo.

—¿Me llamó de nuevo amigo?

Ahí mismito, al lado de la cama, estaba el hombre que me salvó de los cuyanos. Al hablar echaba llamas por la boca.

—No se asuste, amigo. Vine porque lo vi en apuros y usted sabe que puedo ayudarlo. Pida no más.

—Y eso ¿qué precio tiene?

—Poca cosa. Lo que usted dijo recién.



—Mi a... alma. No querrá usted...

—Como usted diga. Si me necesita, no tiene más que llamarme. Y desapareció.

«Yo quedé tiritando y empapado en transpiración. De tanto darle vueltas al asunto, no pude dormir más. Casi al amanecer había decidido. Si vivo bien y puedo tener tanta plata como el patrón, qué importa. Después de esta vida no hay otra. Ojalá viniera el gallo que tan rebién se ha portado conmigo. Qué diablos le vamos a hacer.

—Para servirlo estoy—, una voz a mi lado.

—Y cuál es el precio.

—El que le dije.

—Y quién garantiza lo acordado.

—Usted mismo lo puede comprobar.

—Por cuánto tiempo sería la cosa.

—Un año es el plazo.

—No. Es muy poco.

—Dejémoslo en dos entonces.

—Con cuatro me conformaría.

—Tres años a todo trapo, si usted quiere. Se lo prometo.

—Sea

—Trato hecho.

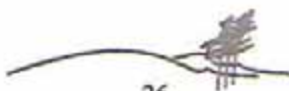
Al día siguiente me levanté como si nunca hubiese estado enfermo. Trabajo que tomaba se terminaba como por obra de magia. La fama cundió y me buscaron de todos lados. Me llené de plata y de amigos. Nunca como entonces tantas gallinas fueron a parar a la olla en una sola farra. Si hasta el trago se acabó en el pueblo. Tan bien lo estaba pasando, que no me di cuenta cómo pasó el tiempo, hasta que alguien me lo recordó. Comprobé, angustiado, que a la noche siguiente se cumplían justito los tres años. No me quedó más remedio que mandarme a cambiar. Así, cuando el malo me buscara, no me iba a encontrar. Caminé todo el día y cuando llego la noche me tiré, fatigado, al pie de un roble. Me despertó el tranco de un caballo. Me quedé escuchando las pisadas del animal. Cuando ya creía que había pasado de largo, se detuvo.

Mire y vi un caballo negro, ensillado, pero sin jinete. Este sí que me viene al pelo, pensé. Cuando me acerqué para montar, me di cuenta que el caballo se refa como un cristiano.

—Harto me ha hecho caminar, pero volveré acompañado—, me dijo—. Yo cumplí mi parte; ahora te toca a tí. Apúrate, que nos están esperando para la fiesta.

—Es que... que tengo mis cositas en el rancho, contesté.

—No las vas a necesitar.



- Tengo que avisarle al patrón, para que busque otro peón.
- No te preocupes. Gente hay demás.
- Al menos habrá que despedirse de los amigos...
- Ahora yo soy tu amigo. Sube, nos vamos volando.

Y diciendo esto el caballo pegó un bufido que me heló la sangre. Hasta ahí no más me duró lo gallo. Un escalofrío me recorrió la espalda y algo caliente los pantalones.

- No me lleve don Diablo, por lo que más quiera—, supliqué.
- No tirites más, gallina. Monta y vamos.
- Y cómo quiere que monte, si usted está tan grande don Diablo.

«Ahí me jugué la última carta. Cuando el diablo se agachó, yo más que rápido tomé una estaca que había cerca y, encomendándome a Dios, se la clavé en el culo.

«Se reventó de un solo viaje. Tan grande fue el ruido y la polvaera que quedó, que parecía que todo el infierno se hubiera venido abajo. A mí me tiró como a diez metros, sin sentío.

«Cuando recobré el conocimiento, todavía quedaba olor a azufre y el sol ya rayaba en los cerros de Pumunul».

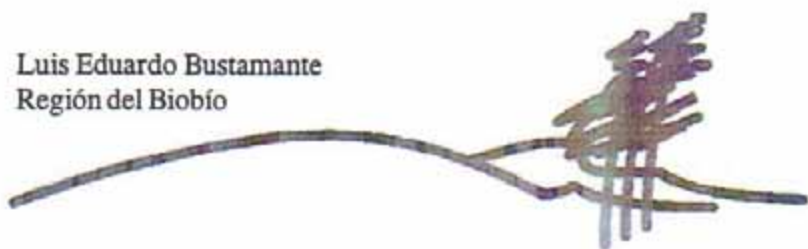
Hugo Arancibia Saavedra, 49 años, es agricultor de Gualleco, Región del Maule.





TRILLA A YEGUA

Luis Eduardo Bustamante
Región del Biobío



Hace unos años, la trilla a yegua era el ritual cumbre de todas las celebraciones anuales del campesino de Coihueco. Para saber más de esta actividad de cosecha tradicional agrícola, hay que hacer una visita a los lugares pre-cordilleranos de El Peral, San Francisco y Las Lumas, y encontrarse allí en los meses de enero y febrero con una pintoresca y tradicional trilla a yegua.

A continuación algunas labores más importantes de esta actividad de cosecha tradicional.

Se inicia con una limpieza y raspa de un terreno circular, duro y no fácil de ser molido en polvo y tierra suelta, de preferencia en algunas alturas donde lo azote un buen viento.

Se coloca un redondel de estacas semienterradas pero firmemente sujetas con trabas de madera y rodeadas de alambre liso.

Al centro se coloca un chuico de vino o chicha, el cual se va tapando y recubriendo en redondo con las gavillas. Luego se acarrean las gavillas.

Varias carretas emparvadoras tiradas por bueyes y conducidas por peones, se inicia el levante de las gavillas del rastrojo. Cada carreta lleva una carga de treinta gavillas, terminando en un cierre que se llama engavillaje.

En seguida se inicia la parva. Las gavillas tendidas en la era se apilan formando un montón, tarea realizada por los apiladores.

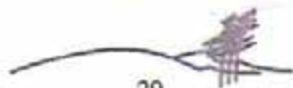
Luego se echan al redondel las yeguas y se las estimula a correr y girar en círculo.

Dos o tres huasqueros. La cantidad de yegua depende de las dimensiones de la era. Por ejemplo: 20 carretas emparvadoras depositan todas sus gavillas en la era, se necesitan diez y doce yeguas.

Los huasqueros montados a caballo con huasca en mano proceden a azotar y silbar a las yeguas.

Pronto las patas de éstas comienzan a moler la paja y terminan desgranando las espigas de las pesadas gavillas.

Los saques. Varios operarios se encargan en los intervalos de leves descansos de las yeguas de dar vuelta lo ya pisado por los animales.



Luego se inicia la labor de despaje, dos o tres operarios con horqueta en mano apartan la paja del grano (este es el primer saque).

Segundo y tercer saque: bastante más molida la paja y completamente desgranadas las espigas de la gavilla, dos o tres operarios van desplazando al exterior del círculo.

Al llegar al centro del montón las yeguas, las horquetas detectan el barril.

El hecho anuncia la proximidad y fin de la trilla a yegua.

En seguida una de las últimas labores, tras palear, consiste en mover con la pala de madera el trigo, para luego amontonarlo y si es necesario aventarlo, y finalmente la labor de ensaque.

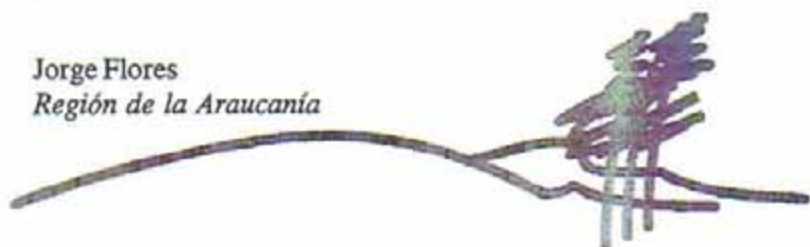
En ese momento aparece la cantora con guitarra en mano y cantando hermosas canciones campesinas, se termina la jornada de cosecha y se inicia la fiesta de los humanos.

Luis Eduardo Bustamante Quilodrán, 33 años, es agricultor mediero de Coihueco, Región del Biobío.



EL HOMBRE DEL HACHA

Jorge Flores
Región de la Araucanía

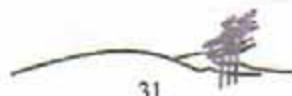


Vivía bajo el murmullo de los coigües gigantes, asombrándose de sus ramas que se extendían como brazos por sobre las quilas en medio de las voces naturales de su tiempo. Sus pies, estaban en los troncos de los robles contra el viento. De vez en cuando miraba la paciencia del cielo, escuchando la calma o el trino de alguna diuca. Le crugían los dientes con las nubes negras. Su espíritu era receloso, miraba de soslayo a la gente, con resquemor callado, silencioso, aceptando el mandato inapelable de su entorno... Si sólo lo buscaban aquellos... y lo entendía como mandato divino.

El agua baja cantando la quebrada, haciendo cosquillas a las piedras, jugando con las matas de helechos y renuevos de canelos, esquivando raíces gruesas. Y bramidos de vacas empujándose para beberla en las mañanas y tarde. La fiesta de cantos alegraba el lugar iluminándolo de vida. Los animales, solos llegaban al corral. El perro, poco trabajo tenía, ladraba de cuando en cuando al ver un alma en pena que gritaba desde las trancas.

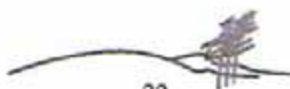
Juan José. Porque así se llamaba. A él lo llamaron desde chico por ese nombre y la gente no recuerda padre ni madre conocidos, se crió en las lomas, por los riscos, los montes, era parte de la naturaleza y ella fue —dicen— que le puso ese nombre.

Cuando amanecía se escuchaba el nombre aunque estuviera lloviendo. Buenos días, Juan José, decían los raulíes, los radales, los laureles, formando tal zalagarda de vida que se transformaba en un boche interminable de movimiento, a ratos encontrados, a ratos descompasados y bajo ese bullicio tranqueaba bajo los árboles. Ellos lo saludaban y él respondía dando gracias en silencio con su hacha al hombro. Cada vez que la usaba miraba al cielo, pedía perdón y le conversaba al árbol tratando de explicarle la razón del porqué. Cortaba, cuando no quedaban ganchos muertos que recoger y sólo cuando le hacía falta para el fuego, lo raro era que la quebrada donde vivía se iluminaba con tan poquita leña. En la casa, bueno,



casa por decir y darle un nombre. Entre los palos que hacían de pared había una familia de abejas y me parece que éstas eran las que le enseñaban el orden de las cosas. Sí, no me cabe duda que eran ellas. Él les hablaba y ellas le endulzaban la vida. La gente les tenía pánico, pero él, les cantaba. Deben haber sido porque él era así. El hombre del hacha. Los otros, sus vecinos le tenían un respeto mudo...

Jorge A. Flores Clerfeuille, 50 años, es apicultor de Temuco, Región de la Araucanía.



EN BUSCA DE UN CERRO

Elizbeth González
Región de Coquimbo



Hace muchos años atrás; cuando mi hermana y yo fuimos a pasar vacaciones a la casa de mi abuelito Rogelio, un hombre de campo serio y dueño de muchos cabritos. Que criaba en una estancia llena de pasto y árboles frutales los cuales florecían en primavera; de una manera tan espectacular que era realmente una maravilla verlos, uno no se cansaba nunca de observarlo todo: los animales, los cerros, las flores silvestres que crecían alrededor del camino, el agua que brotaba de las quebradas y aquellas que salían transparentes de las vertientes naturales que en los años buenos eran abundantes, faltaba día para disfrutarlo todo.

Una mañana de septiembre cuando nos disponíamos a rodear las cabras, se presentaron ante la puerta del ranchito de mi abuelo unos caballeros muy altos y que hablaban bastante extraño. Un tío nos explicó que el idioma que hablaban era inglés y que estos caballeros eran «gringos», así les decía a los norteamericanos. Nosotras no alcanzábamos a comprender. Para qué buscaban a nuestro abuelito, andaban bastante bien vestidos y se veían de mucho dinero.

Estuvieron conversando durante mucho tiempo, uno de ellos hablaba perfectamente el castellano.

Mi hermana y yo estábamos muy intrigadas, no sabíamos para qué querían al abuelo. La abuela estaba mucho más nerviosa que nosotras. No hallaba la hora que mi abuelo le contara todo lo que estaba ocurriendo.

Entró en la cocina y le dijo a mi abuela: vieja, los gringos nos vienen a buscar a mí y a los niños para que les ayudemos a encontrar un cerro que sea apto para instalar ahí un observatorio. Ellos dicen que es para ver las estrellas y los otros planetas también, dicen que pueden ver la luna. «Tu creí», en todas esas leseras yo no creo mucho, pero igual tenemos que ayudarlos porque ellos compraron todos estos cerros y nuestra estancia quedó en medio de todo. El ttotal ahora le pertenece a los gringos, así que mañana temprano van a venir a buscarnos. Tenemos que alistar las mulas y las cosas que vamos a llevar, carne seca, queso, pan y utensilios.

La abuela, se preocupó mucho y no sabía qué hacer. Pensaba qué iba a



sucedir en adelante con ellos, cuál sería su futuro.

Salieron muy temprano todos mis tíos y el abuelo. Subieron y bajaron cerros, los medían. Analizaban el terreno, ya todos estaban bastantes cansados, hasta que al fin encontraron uno muy alto. Mi abuelo diría que ese era el más alto e imponente y a los gringos les pareció el ideal. Para instalar ahí sus telescopios. El cerro se llamaba «El Tololo», así lo conocían todos.

Los cerros y las estancias, tenían sus nombres de años atrás.

Era tan alto, que en el invierno se le ponía un gorrito blanco de nieve, se veía muy hermoso.

Todos regresaron a la casa, mi abuelito y mi tío Aarón nos contaron que los habían filmado, claro que con sus propias palabras nos dijeron que andaban trayendo una cuestión que ellos quedaban adentro y después los ponían en una pantalla. Y la gente y los animales salen tal como son. Ellos salieron comiendo y también cuando iban escalando el cerro arriba de las mulas.

Mi abuela les preguntó qué iba a suceder con ellos. El abuelo le contó que los gringos los iban a dejar vivir ahí para siempre.

En compensación por haberles ayudado a encontrar el cerro «Tololo».

Ya han pasado muchísimos años desde aquellas cortas vacaciones. Mi hermana y yo crecimos y tuvimos que ir al colegio, nos sorprendimos muchísimo cuando nos llevaron de paseo al cerro «Tololo» para ver todas esas instalaciones, cúpulas y telescopios que eran tan imponentes como el cerro mismo.

Nosotras les contamos a nuestros compañeros que lo habíamos conocido cuando aún no había absolutamente nada e, incluso, le dijimos también que nuestro abuelito había ayudado a ubicar ese lugar.

Al principio no nos creían mucho, pensaban que hablábamos puras leseras, pero cuando pasaron la película que mi tío nos había dicho; nos creyeron. Nosotros con lágrimas en los ojos de emoción de ver a mi abuelo y a mis tíos en busca del cerro, arriba de sus mulas con todo lo que llevaron esa mañana que nunca olvidaremos, que permanecerá en nuestra mente para siempre.

Mi abuelo ya no está con nosotros, pero el nunca se imaginó que iba a quedar filmado para siempre y que lo presentarían cuando todos visitaran el observatorio. No sé si aún tienen la película y pienso que sí, porque es el principio de todo.

Mis tíos aún viven en el total muy cerca del observatorio, y nosotros vamos de vez en cuando a recordar nuestra hermosa niñez y la historia del cerro «Tololo».

Elizabet Angélica González Ramos, 33 años, vive en La Serena, Región de Coquimbo.



LA EMBOSCADA

Manuel Heber Rocco del Canto
Región Metropolitana de Santiago



Corría materialmente hecho pescuezo con el pescuezo del caballo, para oponer la menor resistencia y porque el contacto con el animal sudado y acezante le daba una vaga seguridad de compañerismo en aquella riesgosa y desenfundada carrera. Corría... bajo las sombras misteriosas que proyectaban las nubes, —sobre las lajas cantantes del llano—, sobre las piedras dormidas de la ladera, colgado de su pistola y sobre la ondulante respiración de su caballo que ya no era más que eso... una respiración anhelante como la suya, huyendo, tratando de salvar a su jinete del torrente de balas que jalonaban su paso. Huía por entre el viento rumoroso, entre airecillos fríos vesperales que cortaban la cara y bajo el cielo de cristal escarchado del crepúsculo; por entre el polvo que levantaban los cascos que iba vistiéndolos de silencio, envolviéndolos y aislándolos.

Escapaba otra vez... como de costumbre y como durante toda su vida. Su primera reacción, después de la sorpresa de haber burlado a sus perseguidores, fue como siempre de desconfianza, y ahora, de extrañeza. Tras rodear unos arbustos se preguntó bruscamente por qué desistirían tan pronto de perseguirlo. Sospechó vagamente una emboscada. No le preocupaba gran cosa, los había dejado atrás y eso sí que importaba. Se sonrió con simpatía mientras el viento le agujoneaba la cara, sonrió con pena, conteniendo un suspiro y musitó irónico con una sonrisa de pesadumbre en la cara: —Tal vez... saben que este es mi último trabajo—. Espoleó su caballo y no se detuvo hasta sortear la empinada cuesta, cuya hondonada, la fatiga y la memoria le recordaron profunda y agotadora.

Cuando arribó a la cumbre, la luz lunar afilaba las aristas del cerro en un halo de esplendor que lo sorprendió, dejándolo como perdido en el aire frío de la noche, suspendido entre la cumbre y la luna... Quiso soltar una expresión de admiración y solo logró lanzar un Ohhh... sordo y un poco de aliento reseco. Un estremecimiento de ansiedad reprimida lo recorrió, remeciéndolo en la montura, porque la insólita diafanidad lo remontó a un trágico suceso de su infancia, trayéndole fuerte a la memoria aquel dramático instante cuando una noche



similar, bajaba con su padre por la ladera de las Ñipas arreando vacunos cuatreados en Argentina y los sorprendió una patrulla policial acompañada de inquilinos y campesinos del Choapa que les tendieron una celada en lo más abrupto de la cuesta, descargando sus armas sobre ellos a mansalva... en una balacera infernal y devastadora. Jamás se pudo explicar qué lo hizo intuir la emboscada instantes antes que abrieran fuego y lo impulsó a lanzarse del caballo, escabulléndose entre los arbustos y los animales que, presintiendo el peligro, se agitaban inquietos y mugían.

Logró esquivar la andanada que abatió parte de la banda, antes de huir y antes que los sobrevivientes se repusieron de la sorpresa y respondieran el fuego nutrido con que eran atacados.

Detenido en el portezuelo... lo acorraló el temor y la tristeza, sintió en la quietud congelada de la luminosa noche, el ruido de su sangre ardiente y recelosa y el tamborileo del corazón inquieto por una sensación parecida a la que percibió aquella lejana noche. Un remolino de viento que removió la hojarasca y los arbustos arrastrando extraños ruidos lo inquietó. Vio el gesto inconsciente de su mano derecha empuñando la pistola. La apretó contra su cuerpo y luchó por dominar sus extrañas emociones y vivencias. Respiró hondo y melancólico, mientras el persistente hilo que tejía y destejía la trama sutil de sus recuerdos lo iba envolviendo nuevamente, haciéndolo trajinar su pobre y desconsolada vida, abriendo los íntimos cajones, volcando sus esperanzas y desesperanzas, removiendo las amarguras del fracaso y la incertidumbre de su destino.

En esa remota vida que lleva, la única certidumbre es Ruth, haberla conocido y estado algunas veces a hurtadillas con ella, esperando y dándose cuenta que no basta con eso, que todo es vagamente asombroso, que no sabe nada de Ruth (que tiene excelentes formas, es hija de un pastor evangélico y tiene 19 años), absolutamente nada en realidad. Pero... se ha sorprendido jurándole que este sería su último trabajo fuera de la ley para reunir dinero y llevársela a otro lugar. Muy distante, donde siempre puedan estar juntos, sin zozobras, ni temores. Pues le basta dejar de verla unos días para que sienta un tremendo vacío en el pecho, un hueco que se ahonda nostálgico y se agranda. Sí, se confirmó en un murmullo, basta un par de días para que el hueco se vuelva una maraña espesa, plañidera y amarga.

—Debes dejar esa vida Venancio, debes irte del valle, junto nos irá bien, nos irá estupendo lejos de aquí—, le dijo ella la última vez en un susurro. Sonrió con pesadumbre y la vio en la memoria caminando delante de él en dirección al arroyo, avanzando despacio y cadenciosamente, con sus trenzas castaño claro, meciéndose acompasadas sobre sus nalgas prominentes, con deseos de que él se pronunciara, confirmara su petición y le dijera que se la llevaría al anca de Piuchén. Se acuerda que la abrazó y la vio en su pensamiento como en un éxtasis amorosamente tierno, volverse hacia él... con esos enormes ojos verde-gris,



amorosos y sorprendidos, la cara arrebolada, los labios sensuales y abiertos, los ojos ensoñados, iluminados y ardientes. Se sintió feliz y una agradable sensación de calor como del sol al mediodía le recorrió el cuerpo. Haciéndolo sentirse ausente, lejano de su fatídico sino, tapado por el sedoso cabello de ella y protegido por esos grandes ojos verdes que se confundían con el horizonte vegetal y con el cielo. De repente tuvo deseos de adentrarse en la profundidad enigmática de sus ojos, en la blandura de su vientre y en la suavidad de sus muslos poderosos. Lo pensó casi con malignidad y fatalismo diciéndose que debía aprovechar que estaban solos. Se contuvo, se hizo a un lado con la vista gacha y sin mirarla. Porque de repente se vio en la memoria en medio de la balacera infernal de su niñez, escapando y evitando ser aplastado por caballos encabritados que rodaban sangrantes. Huyendo en la inmensa soledad de los nueve años, huérfano, sin tener nadie que lo protegiera y menos que lo acogiera.

Volvió a su realidad y con un gesto de profundo pesar se rascó la nuca, metiendo los dedos en su negra y desgredada cabellera. Achistó el caballo que se movió inquieto, retomó las riendas y se decidió a bajar. En dos horas más accedería al lugar en que se citó con Ruth y se irían para siempre del valle... Atrás, muy atrás, quedaría su vida de cuatrero, sus tristes recuerdos y pesares.

El canto de un chuncho lo alertó, alarmándolo. Lo acorraló nuevamente la superstición y el temor. Sintió que su mano como en otras ocasiones se apresuraba a apretar la pistola, la siente animarse al contacto del metal, y que, inquieta, mueve el arma que obediente y poderosa empieza a salir suave y lentamente de la funda... cuando lo abatió la descarga.

Las andanadas que se sucedieron sólo encontraron el espacio vacío donde había estado Venancio. Piuchén, corría veloz ladera abajo, sin importarle la pendiente, en una carrera desenfrenada y suicida. Tratando de librar de las balas el cadáver de su mano que oscilaba sobre su pescuezo.

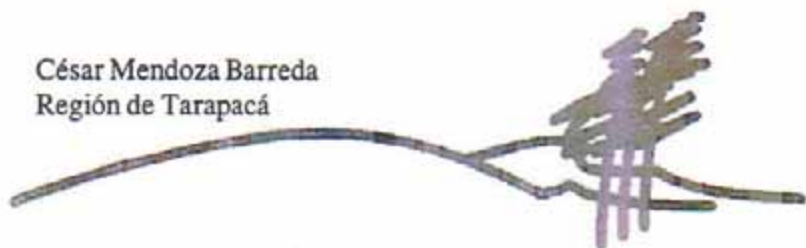
Manuel Heber Rocco del Canto, 57 años, es jubilado de labores mineras y agrícolas. Vive en Santiago, Región Metropolitana.





EL COMPADRE DE BELÉN

César Mendoza Barreda
Región de Tarapacá



Un señor español estaba muy triste por la enfermedad de su único hijo varón, que él apreciaba mucho, después de un viaje que realizó. Venía del Perú, donde había hecho un gran negocio de lana. Él era comerciante y trabajaba en exportaciones de orégano y lana. Su esposa y su hijo vivían en el poblado de Belén al interior de Arica.

Al retornar a su hogar, encontró a su hijo muy enfermo, llamó al único médico de la localidad pero no pudo sanarlo; no le fue posible diagnosticar la rara enfermedad del muchacho. Como el enfermo no daba mejoría, mandó por un curandero que vivía más al norte, cerca de los límites con Bolivia. El curandero demoró en llegar dos días al pueblo, cuando vio al enfermo, movió la cabeza y llamó al padre del muchacho para decirle la mala noticia: señor su hijo no tiene salvación, el mal está muy avanzado. Su madre me ha dicho que él no está bautizado, sería bueno que vuestra mercé buscara un padrino, a lo mejor su hijo puede salvarse por un milagro de Dios, eso sí, tiene que ser el primero que pase por la puerta de su vivienda. El curandero se despidió del comerciante, cuando ya se marchaba, insistió no se olvide de lo que le he dicho, adiós, señor, adiós, y desapareció por los cerros.

El padre del niño se puso a reír por la barbaridad que le había dicho el curandero, pero pensó un rato y en voz alta dijo: ¿si es cierto?, salió corriendo a la puerta de su casa y vio pasar por ella a un nativo, tan pobre de vestimenta que el comerciante dudó en decirle al forastero que fuera su compadre y padrino de su hijo.

El forastero al pasar frente a él, le dijo: Buenas noches, patroncito, hoy está haciendo un frío de los mil demonios. El comerciante le devolvió los saludos diciéndole: Buenas noches, buen hombre; sí, está haciendo mucho frío, que cala hasta los huesos. Amigo, ¿le gustaría ser mi compadre y padrino de mi hijo que está muriendo? Me han dicho que si lo doy como ahijado al primero que pase por mi casa, se puede salvar. El indiecito le dijo: Patroncito, yo con mucho gusto sería, por sanar a su hijo, pero soy muy pobre, no tendría qué darle a mi futuro ahijado. Eso no importa, hombre, yo quiero que se sane mi hijo, y que tú seas mi compadre, respondió el español. Al ver tanta exigencia, aceptó con agrado el



nativo.

El niño enfermo, cuando fue bautizado, sanó milagrosamente y comenzó a ponerse tan bonito y rosadito que parecía que él nunca había tenido enfermedad maligna. Al padrino después del bautizo no se le vio más.

Pasó mucho tiempo, y un día cuando la familia estaba sentada en el comedor, pronto para servirse la cena, sería como las diez de la noche, sintió un fuerte golpe de puño en la puerta de calle, alguien llamó y tocó tres veces la puerta de calle.

El comerciante salió a ver quién llamaba a la casa con tanta insistencia, y tan tarde de la noche. Al abrir vio a su compadre, éste lo saludó y le dijo: Querido compadre, le he traído cuatro llamos cargados con un poco de paja brava, es regalo para mi ahijado, la carga está en el corral de los animales, yo vendré mañana por la noche para retirar los animales, hasta mañana, y se fue. El comerciante pensó para qué quiero yo la paja brava, pero para que no se enoje mi compadre conmigo voy a a descargar los llamos que traen la paja brava y mañana en la noche se lo agradeceré, y se fue al corral.

Al ver los llamos cargados con la paja, comenzó a bajar la carga. Los cuatro llamos tenían en sus lomos dos sacos con paja cada uno, cuando descargó el primero se dio cuenta que los sacos pesaban mucho; él sabía que la paja brava jamás pesaba tanto, al abrir uno de los sacos quedó sorprendido al ver qué contenían: dentro de el saco había cargamento de oro y plata.

El comerciante estaba tan aturdido que el habla la fue sacando de a poco, esperó impaciente a su compadre para darle las gracias y al mismo tiempo para preguntarle dónde había encontrado tanta riqueza. Él estaba en mala situación económica, sus negocios no estaban marchando bien, debía a casi medio Arica. Con lo que el compadre le trajo, él podía pagar todas sus cuentas y vivir holgadamente el resto de sus días, sin preocupaciones.

Al día siguiente, en la noche, a eso de las once, llegó el compadre a retirar sus animales del corral, y cuál no sería su sorpresa, ahí estaba el comerciante esperándole, para agradecerle y al mismo tiempo para preguntarle lo del oro y la plata llegada a sus manos.

Cuando entró al corral, sus primeras palabras fueron: Compadre, quiero, agradecerle por el regalo para su ahijado, quiero que me lleve hasta donde ha sacado toda esa riqueza. Compadre, por ser usted, que me eligió como padrino de su hijo, lo voy a llevar hasta donde está ese tesoro escondido.

Los dos compadres emprendieron la marcha sin decir a la familia del español. Se fueron por los cerros, bajaron quebradas, valles y planicies desérticas.

Después de una semana de caminata llegaron a una enorme cueva, cuando entró el comerciante, desesperado por la ambición, vio en el centro de la caverna la segunda partida de oro y plata que Pizarro, el conquistador español, había pedido por el rescate del último inca, Atahualpa.



Cuando los incas iban con la segunda carga al Cuzco, para salvar a su monarca, en el camino encontraron a un chasqui, que les comunicó que Francisco Pizarro en la plaza mayo del Cuzco había dado muerte al Inca Atahualpa.

Los incas, al saber la triste noticia, escondieron el oro y la plata que llevaban para el rescate, lo devolvieron a la caverna, donde los compadres llegaron.

El comerciante, al ver tanta riqueza acumulada, se volvió como loco, estuvo atontado muchas horas o varias semanas, no se dio cuenta del tiempo, vagó por los cerros y pampas y valles, el compadre desapareció para siempre del lugar.

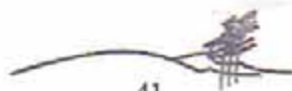
Mientras tanto la familia del comerciante, al no saber nada de él, porque desapareció de la noche a la mañana de la comarca, salieron a buscarlo por todos los valles, llegaron hasta la frontera con Bolivia, al no saber nada de él se trasladaron a Arica, con el fin de saber de su persona, comenzaron a buscarlo entre sus amigos, fueron a las playas para ver si estaba por esos lugares. Cuál sería la sorpresa del hijo cuando, al pasar por el Morro y al llegar a la Cueva del Inca, vio en el suelo tendido a su padre junto a una roca en la entrada de la cueva medio muerto y con su ropa deshecha, sucio y barbudo, parecía un despojo humano.

Lo bajaron del Morro y se lo llevaron a la playa para poder lavarlo y preguntarle en dónde se había metido tantos días, y por qué se encontraba en ese estado calamitoso.

¿Cómo llegó el comerciante español en ese estado a aquel lugar?

Hasta ahora es un gran misterio. ¡Llegar del Cuzco a Arica! ¿Será verdad que la CUEVA DEL INCA llega de Arica hasta la ciudad cuzqueña? MISTERIO.

César Mendoza Barreda, 61 años, es agricultor de Arica, Región de Tarapacá.





LA ESTANCIA

José Manuel Mihovilovic Molina
Región Metropolitana de Santiago



Sumido en un profundo silencio y oscuridad vienen a mi mente hermosos recuerdos, que comienzo a relatar:

Raudas como golondrinas pasaban, las grandes nubes blancas, como copos de algodón, por ese hermoso e indescriptible cielo Fueguino, empujadas por el veloz y huracanado viento, se perdían en el infinito horizonte.

Despertaba a la vida, en la Estancia Florita, por la quebrada bajaban, los Campañistas, entre gritos y relinchos de la tropilla y en el corral, los esperaban, los recorredores de campos.

Esa mañana de noviembre, fría como la nieve y clara como la mirada de una mujer. Ensilé el marañón, lo dejé en la pesebrera, presuroso, tarareando una canción, dirigí mis pasos al humeante desayuno, en el Comedor Chico, luego... reconfortado, con la tibieza en el cuerpo, me las eché a caballo, al «Campo Lagunas» a mi lado, como siempre, mi fiel perro ovejero de nombre «Rasputín» de largo pelo negro, con blancas manchas, en el cuello y cola.

El tiempo como siempre, se harían presentes los infaltables chubascos, de lluvia o nieve, que no durarían, más de dos o tres minutos, así que... «Aguantarás»... porque luego, el viento y el suave sol, nos secarían.

Ya en el campo «Lagunas», cuya extensión de cinco mil hectáreas, con una majada de quince mil ovejas, me desplazé por la orilla de la alambrada, me asomé a un lomaje cubierto de coirón y mata negra. Observé a un piño de ovejas, que estaban girando y todas con la vista clavada en un punto donde había un animal que, no era una oveja, me acerqué más y pude ver que se trataba de un «Zorro Culpeo» éste caminaba en círculo, alrededor de las indefensas ovejas, para emborracharlas y, luego... viéndolas que estaban quietas... ¡ZAZ!.. SE LES IRÍA AL HUMO, mordiéndolas, a una o varias, para carnearlas y beber su sangre, la faena del zorro siempre era terminada por el «Gris Carancho», un ave que es rapiña y picotea la herida dejada por el zorro, y las que limpiarían los despojos eran las infaltables Gaviotas.

Pero ese día no ocurrió eso, porque emití un silbido que Rasputín entendió la Orden!.... Y con sus ladridos correteó al zorro, que escapó Patitas



Paque te quiero!

Desparramé el piño y continuamos con nuestro recorrido, noté que Rasputín iba inquieto, se paraba, se volvía y ladeaba su cabeza, ahí me di cuenta que el Zorro seguía nuestros pasos, hasta que se cansó y se nos perdió de vista.

Llegamos a la laguna, de la cual venía el nombre del campo. Aún mantenía su superficie escarchada con una capa de hielo de diez a quince centímetros de espesor. Mi amigo Rasputín, ¡ladró!, hacia la laguna, dirigí mi mirada rápidamente y pude apreciar que, en el centro de ésta, había un animal que se movía, ansioso, apresuré mis pasos y vi que era una oveja, estaba viva pero aunque se movía no avanzaba, se resbalaba en el hielo, si... no lograba sacarla de ahí, su muerte era segura, pero... ¿Cómo hacerlo..? Ya que... la escarcha no resistiría mi peso. Llamé a Rasputín, le indiqué la oveja y al grito de ...¡SÁCALA...! el perro se metió a la escarchada laguna, resbalándose, cayéndose, arrastrándose, llegó por fin al lado de la oveja, quien al verlo y sentir sus agudos ladridos dio varios saltos, pero...! Pobre de ella, no avanzaba, entonces... ¡ESE PERRO!, con su hocico le mordió la lana del cuello y comenzó a arrastrarla por la escarcha, acercándola a la orilla, se afirmaba, mi gran amigo, como podía, poco a poco, la tuvo a una distancia, donde mi lazo llegó, ahí la soltó, porque comprendió, que de mí dependía lo demás... la tiré hasta la orilla y... escapó a campo traviesa, mientras... Rasputín... jadeaba de cansancio. Continuamos nuestro camino, a través de un monte «Aparragado», de donde salieron dos parejas de «Caiquenes y otra de Bandurrias, perdiéndose en la distancia, entre medio de los árboles, surgían desde los múltiples hoyos, conejos de distintos pelajes, que sin miedo nos miraban pasar, a nosotros no nos temían, ¡Sí! a los Caranchos. Dejamos atrás, ese «Aparragado» Bosque, que nunca fue porque... El Viento Fuego, no se lo permitió.

Iba sumido en mis pensamientos, que me llevaban a la selección natural, en la vida animal, cuando de repente... salió como una Saeta la «Porotera», con su cuello alargado por el esfuerzo, en su vuelo vertical y bullicioso que asustó al caballo. Reponiéndonos del susto, endilgamos nuestro caminar hacia el esquinero del alambre, donde había dos grandes Guanacos color marrón que al vernos corrieron a todo reventar, saltando limpiamente la alambrada del cerco.

Bajé mi mirada hacia Rasputín y le dije... «Rasputín, la suerte está echada, no nos queda otra que visitar al Puesterero, tú sabes que él nos dará un café y de paso le echaremos un vistazo a la Rosa y la María, ¿qué te parece?.. «Este, escuchando mi invitación, movió su cola asintiendo, para él significaba un buen descanso y de paso ver la perra «Mañunga».

Ya en el Puesto, don Pedro salió a recibirnos junto a su hijo Raymundo, de doce años.

Desde mi montura, lo saludé... ¡Qué tal Pedro! ¿Cómo está la cosa por acá? A lo que... Pedro, respondió con su voz socarrona de viejo, curtido por el Pampino



viento pero sonriente.

¡Todo bien, Señor, sin novedad en el frente! ¡Desmonte y pase más ailante, justo la Rosalía está haciendo unos dulcecitos y con café no vendría naíta'e mal, y le dijo a Raymundo:

¡Tómale el caballo al Señor!

Me bajé y nos dirigimos a la cocina, punto de reunión de la familia magallánica, ahí, salude a doña Rosalía, una mujer de mediana estatura, maciza, de largo pelo negro, que lo sujetaba con roja cinta; en ese momento amasaba y al verme... dejó de hacerlo para contestar mi saludo; con voz atiplada, pero de sincera expresión, diciendo... ¡Estamos bien, señor, siempre haciéndole al trabajo y con buena salud. En ese momento ingresaron a la cocina las hijas; Rosa de diecisiete años y María de quince años; me miraron con curiosidad, haciendo sólo una venía con su cabeza, lo que pensé que era como un saludo de bienvenida, se miraron y sonrieron.

Acerqué mi silla a la mesa. Junto a Pedro al rato se incorporó Raymundo, Las niñas pusieron los dulces buñuelos sobre el albo mantel de la mesa y doña Rosalía sirvió el aromático café de bolsa, luego continuó amasando.

Hablamos de todo un poco..., luego Pedro, me contó una noticia desconocida para mí y trágica a la vez, sobre... el campañista Fulgencio Ampuero, joven aún; un día de regreso, después de visitar a su hermano en «La Sección Once», tuvo un accidente fatal. ¡Lo encontraron muerto, en el Campo de las Animas! El hallazgo lo hicieron dos Recorredores, vieron que su ropa estaba hecha jirones y el cuerpo daba la impresión de haber sido arrastrado, seguramente, por el caballo que montaba. Con sorpresa, notaron que a Fulgencio le faltaba una «Bota». Ubicaron al animal, estaba recién amansado, sudoroso, cansado y efectivamente..., aún, mantenía en el estribo «la Bota», ésta había quedado enganchada y el Marañón lo arrastró por todo el campo pateándolo... Después de una pausa... Pedro continuó con su relato, aclaró su garganta ahogada por la emoción, en su rostro estaba la tristeza, porque conoció a Fulgencio, tanto en trabajo, como compañero de juegos, cuando acortaban las noches de lluvia y nieve, jugando al «Truco».

Lo velaron en casa del hermano, después fue trasladado a Puerto Porvenir, donde descansa para siempre... Pedro calló y enjugó sus lágrimas... Me impresioné profundamente, conocí a Fulgencio en «La Estancia» en sus famosas «Domaduras de Potro» y ...pensé que... «Ahora, Fulgencio estará galopando en las llanuras de las Galaxias que lleva al hombre al olvido y el Domador no pudo, ante la Muerte».

Mi voz era trémula, dije... Lo siento mucho, mucho, Pedro, no pude continuar. Miré mi reloj, me levanté y me despedí, agradeciendo todas las atenciones. Salí de la cocina, Raymundo tenía listo mi caballo, monté y a medida que me alejaba sentía a mis espaldas las miradas como agujijones soñadores de Rosa y María.



El regreso a la Estancia fue rápido, así es cuando se va a la «Querencia», Rasputín adelante espantando a los pájaros y conejos, hasta ver los coloridos techos de la Estancia querida. Al llegar dejé libre al Mostaza, quien corrió al riachuelo; Rasputín fue raudamente a la cocina a comer su ración de carne, alimento muy bien ganado.

Luego fui a la Oficina de Administración, me extrañó no encontrar a los empleados, de pronto escuché grandes risas que venían de la «Pulpería», ubicada al lado. Me asomé por la puerta de comunicación y vi que estaba Milivoy, que era el ayudante Contador; junto con «cómeme un huevo» Barría; y «pajarito Aguilar» que eran los encargados de la Pulpería. ...Milivoy me dice; ¡Pasa Mijo a servirte un ponchecito, para el frío! Al entrar vi sobre el mostrador una coqueta «BACINICA» blanca, nueva, enlozada, con dibujos de flores rojas y azules, que hacía las veces de «Ponchera», cuya capacidad era de cinco litros. Esta formaba parte de la mercadería que se vendía a todo el personal. De su interior, asomaba tímidamente el mango de un cucharón, esperando llenar las tazas con el rico ponche de durazno en trocitos en vino blanco; acto que Milivoy realizó, proponiendo a la vez un «Brindis»:

¡Hagamos un Salud!; exclamó, por las lindas lolas que se pasean los días domingo por la calle Bories y que nos hacen sentir y desear que llegue pronto el viaje a Punta Arenas!

Contestamos a coro con un sentido ¡SALUD!, que en nuestros corazones, más parecía un ¡Amén! y pensando en ellas, le fuimos dando el «Bajo» al contenido de esa «Hermosa y floreada Ponchera». Después, todos nos fuimos al «Comedor Chico», a servirnos la del... «Estribo...»

Así transcurre la vida en la «Estancia Florita», entre Penas y Alegrías, como las cuentas de un rosario infinito, donde va cambiando el paisaje y los hombres pero, pero, estos ¡Si! dejaban a su paso el progreso y la fuerza que da el trabajo, en ese confín de Isla Grande de TIERRA DEL FUEGO.

Aún continuó en mi silencio y obscuridad, ha quedado mucha tinta en el tintero, es como decir que mi narración no tendría Fin.

*José Manuel Mihovilovic Molina, 62 años,
técnico agrícola y ex administrador de estancias, vive en Puente Alto,
Región Metropolitana de Santiago.*



LA CHIMENEA DEL DIABLO

Bartolomé Ponce Castillo
Región de Coquimbo



Iba el Diablo tirando patitas por la calle polvorienta del pueblo, luciendo bonete rojo y pañuelo al tono, su color favorito; una cotona de mangas anchas y un precioso culero que destellaba a los rayos del sol. También bolsa tabaquera, cacho con borduras plateadas y un morral a la bandolera, poniendo oído a los datos que se entrecruzaban los mineros venidos desde diferentes rumbos, porque en Tamaya había metal y buena paga para quien quisiera entrar de barretero; así fue como sus trancos lo llevaron directo al capataz.

Sonrisas socarronas para tirar y aflojar. El capataz midiendo las hechuras y el malo adivinándole el pensamiento y riéndose para sus adentros.

Y vino el primer sondeo:

—¡Así es paisano, nos faltan barreteros para trabajar la parte más dura del cerro!

—¡De allá somos!— replicó el Malulo.

—¿Entonces se atreve el paisano?— preguntó el capataz.

El Coludo se demoró nada en aceptar y comenzó, de inmediato, a trabajar en la mina. Nadie había que sacara tanto metal como él lo hacía, pese a estar en la parte más dura del cerro.

En poco tiempo ya había rajado una profunda hendidura, entrándole a la montaña en diagonal, procurando tener techo firme y llegada fácil hasta el frontón donde las vetas se estiraban firmes y macizas.

Su fuerza para usar la barreta causó asombro al herrero quien debió tener trabajo extra para arreglarle la pesada herramienta.

En los días de descanso, el Mandinga jugaba brisca; comía como el que más; se divertía, contaba sus chistes y alguna aventura como si nada y... a dormir en sus pellones, roncando suavemente para que no lo pillaran.

Pero tanto va el cántaro al agua que al final habrían de pillarlo y la ocasión la tuvieron dos apires que, al quedarse sin barretero, partieron hacia donde el Malo trabajaba, para ayudarlo a sacar el metal hasta las canchas.

Así fue como, sin otra intención de no estar de balde, con sus lámparas



brillando por las galerías buscaron al barretero afuerino. Cuando ya habían transitado un buen trecho del socavón donde trabajaba el Mandinga, empezaron a sentir como si el cerro se estuviera cayendo a pedazos; no podía ser tronadura, de modo que siguieron, en silencio, intentando explicarse aquellos ruidos.

No bien tocaron el punto donde debía estar trabajando el fornido barretero, una visión fantástica les heló la sangre en las venas; frente a ellos, embistiendo el cerro con sus cuernos de metal, un fiero toro de color negro desgarraba las entrañas de la mina, amontonando el mineral que caía como lluvia a cada una de sus furiosas cornadas.

Pensar en huir y pedir auxilio fue todo uno, de modo que arrojando lejos las lámparas salieron a trompezones de la mina. Ya comunicado el hecho al capataz, este se acordó que en el pueblo «El Oro» había un curita y éste debía ser quien corriera al Diablo de la mina.

El fraile, acompañado por un grupo de mineros, entró a la mina llevando en sus manos un crucifijo de plata y un jarro con agua bendita. Así arribaron al bolsón y allí presenciaron el insólito espectáculo del toro y sus arremetidas, el que advertido de la presencia de los cristianos, se aprestó a cornearlos.

Se dispone el toro a atacar al cura y los mineros, cuando este levanta el crucifijo y lo para en seco. El Demonio, sorprendido, aguzó el instinto y previendo el remojón con agua bendita, antes de que saliera el ¡Ave María Purísima! de los labios del sacerdote, echó las patas al fondo del socavón y tomando las fuerzas del mal para impulsarse, rompió el cerro hacia arriba, escapando de la cruz y dejando tras de sí una oleada de azufre y hierro.

Nunca nadie más quiso entrar a trabajar en ese punto; le temían al inmenso hoyo, una verdadera **chimenea** minera por donde, pensaban, podía volver el malo para arrastrarlos hasta el mismísimo infierno.

De aquel tiempo quedó en el cerro de Tamaya esa profunda incisión que los lugareños aún conocen como «La Chimenea del Diablo».

Bartolomé Ponce Castillo, 45 años, es profesor básico de La Liga de Cogotí, Combarbalá, Región de Coquimbo.



MARÍA Y SAN JOSÉ DE PASO

POR RAPILERMO

Jorge Sepúlveda Castro
Región del Maule



Por aquel entonces, a principios del siglo, el rey Herodes mandó a matar a todos los niños que había en BELÉN, esto lo hacía para que también muriera el niño Jesús, ya que Herodes sabía que este niño sería el nuevo rey del mundo. Herodes lleno de envidia y de ira, dictó la ley de matar a todos los niños del país que él gobernaba y no escuchó el clamor de la gente. María y San José al saber esto decidieron abandonar Belén de Judea, para poder salvarle la vida al niño Jesús, luego San José ensilló una burrita, y puso a la virgen sentada en ella con el niño Jesús en sus brazos, y se fueron a andar por el mundo para esconder al niño del rey Herodes, después de mucho andar, pasaron por donde yo vivo, o sea por Rapilermo Alto, según me contaba mi abuelita Elcira, dice que cuando venía mamita virgen pasando por Rapilermo, se encontró con un hombre muy malo, que estaba sembrando trigo. Este hombre era muy irónico, siempre pasaba enojado y nunca daba una buena respuesta cuando se le preguntaba algo. Mamita Virgen le preguntó: ¿qué estás sembrando buen hombre?, y él le contestó de muy mal humor: «estoy sembrando piedras», entonces Mamita Virgen al ver a este hombre tan malo, le respondió: «pues piedras cosecharás hijito», siguieron su camino. El hombre a los pocos días fue a ver su siembra, y la encontró llena de puras piedras, y no había donde saliera un pasto, y se dio cuenta realmente que esto era un castigo, por sus malos actos.

Luego de seguir caminando la Virgen y San José, llegaron a un monte muy grande que había en Rapilermo, que se llama: «El Pangal», y también se acabó porque las piedras secaron los árboles, y el hombre que vivía en este monte se tuvo que ir, ya que sus tierras se llenaron de piedras a causa de ser tan mal portado con Mamita Virgen.

Después San José y Mamita Virgen llegaron a un lugar que todavía se llama «el llano», ahí había una palmera muy grande, la cual tenía un hueco donde comenzaba la raíz. En este lugar Mamita Virgen, San José, y el niño Jesús estuvieron tres días escondidos. Durante estos días San José soltó la burrita a pastar en este campo, cuando llegó el día de volver a ensillar a la burrita, no la podían encontrar, porque esta había salido a caminar, después de tres días la encontró en



la cima de un monte, donde casualmente estaba parada sobre una piedra, en la cual quedó marcada la pisada de la burrita, dejando signo de su pasada por Rapilermo.

Actualmente esta piedra es muy famosa en Rapilermo, y se llama: «la piedra de la burrita». Luego Mamita Virgen y San José, siguieron caminando, y al poco rato el niño Jesús comenzó a llorar de hambre, por lo tanto se detuvieron frente a una piedra muy grande llamada: «la casa de piedra», en este lugar la Virgen María dio pecho al niño Jesús, sentada sobre la piedra y ocurrió que el niño dejó estampado sobre la piedra sus deditos del pie derecho. Esta piedra todavía se encuentra en Rapilermo, y cuando pasamos por ese lugar, nos subimos a la piedra para ver la pisada del niño Jesús. Luego, María y San José siguieron caminando, llevando al niño Jesús entre sus brazos, al pasar por un lugar en el cual hay muchos peumos, había una perdiz escondida en las ramas de un peumo, estaba comiendo de los frutos de este árbol, ya que son muy dulces y ricos. La perdiz al sentir los pasos de la burrita, voló cantando agudamente: «fi.. fi.. fi.. fi», la burrita al sentirla, se asustó mucho, y se espantó, y dio un tremendo salto, que botó a Mamita Virgen y al niño al suelo. San José chistó a la burrita para que se le pasara el susto, y la virgen con mucho dolor en una pierna maldijo a la perdiz, diciéndole que nunca más podría pararse sobre un árbol, y que siempre tendría que hacerlo en el suelo para que así nunca más espantara a los viajeros. La virgen le dijo también al peumo que sus frutos se volverían amargos y desabridos, para que nunca más los pasajeros se subieran a comer de sus frutos. Y mientras tanto, San José hizo un lazo de huiras de maqui para tirar a la burrita, porque tenía miedo que se espantará de nuevo. Y así con la burrita a tiro, siguieron caminando, luego se encontraron con otro hombre que estaba sembrando, este hombre, a todos los pasajeros daba buenas respuestas, y era muy humilde y justo, y temeroso de Dios. El hombre al ver a María con el niño y San José, detuvo los bueyes y saludó a los viajeros. Mamita Virgen contestó el saludo, y preguntó al buen hombre: ¿que estás sembrando hijito?, el hombre contestó: «estoy sembrando trigo para mí y los pajaritos pues Mamita Virgen». Al ver la virgen que el hombre era bueno, le dijo: «trigo cosecharas pues hijito para ti, y los pajaritos». El hombre dio dos tortillas de rescoldo a los viajeros para el camino, porque ya era hora de almorzar, cuentan que el trigo que sembró el hombre rindió tanto que tuvo que hacer graneros nuevos para guardar toda la cosecha, que por milagro y bendición de la virgen pudo cosechar.

San José después de mucho caminar, se comió una tortilla de rescoldo que el hombre le había dado, luego le dio mucha sed, y buscaron con Mamita Virgen agua para beber en una montaña muy grande, que lleva por nombre: «la montaña de Toslemo», y en ninguna parte pudieron encontrar agua, porque es un lugar muy seco. El hambre y la sed hacían que cada día San José y Mamita Virgen acortaran más los pasos. Mamita Virgen al ver que por la sed no podían



seguir, se bajó de la burrita y tomó una varilla de roble, en una piedra pegó tres chicotazos, al pegar el tercer golpe con la varilla, saltó un gran chorro de agua que rodaba por el suelo, entonces así bebieron y quitaron la sed y pudieron descansar tranquilos. Todavía los lugareños le llamamos a este lugar: «el ojo de agua», y está ubicado en el fundo de Toslemo. Esta agua es muy rica porque fue creada por Mamita Virgen.

Luego de decantar un rato, Mamita Virgen y San José siguieron su camino por la montaña, luego se encontraron con un niño que andaba cazando conejitos.

Este niño sufría de una enfermedad, ya que tenía una pierna con parálisis, y caminaba afirmándose con un palito. Al verlo, Mamita Virgen sintió pena por el niño, y le preguntó: ¿que anda cazando hijito? El niño le contestó que andaba cazando conejitos para mantenernos con mi mamita. La Virgen le dijo entonces que cuando le saliera el primer conejo lo siguiera sin hacerle nada, y donde se metiera en una cueva, entonces escarbara con un palito, porque ahí habían muchos conejitos. Después se despidieron del niño, y siguieron su viaje. Por otra parte el niño siguió mirando si encontraba un conejo para llevar a su casa. De repente vio un conejito completamente blanco, entonces el niño recordó lo que le había dicho Mamita Virgen, y lo empezó a seguir sin hacerle nada, después de pasar unos barrancos, el conejito se metió en una cueva, el niño con el palito que se afirmaba, empezó a escarbar, cuando de repente el palito sonó como si hubiera tocado algo, el niño sacó con cuidado lo que ahí había, y lo encontró fue un cántaro lleno de monedas de oro, el niño se alegró mucho, y se las echó para su casa sin acordarse del cántaro del palito que lo afirmaba, de tanto esfuerzo que hacía por llegar luego a su casa, se le estiró la pierna por milagro de Mamita Virgen. El niño llegó corriendo a su casa, con el cántaro en las manos, y todas las monedas que había encontrado. Al verlo la mamá gritó de alegría, al ver a su hijo corriendo, completamente sano, y además porque veía en las manos del niño el cántaro que brillaba, y las monedas que sonaban. Entonces la mamá le preguntó al niño: ¿quién lo había sanado, y de dónde había sacado el cántaro de oro. El niño le contó todo lo que había sucedido, la mamá al escuchar el relato, comprendió que se trataba de Mamita Virgen, quien había hecho este milagro con su hijo. Cuentan que esta familia era muy humilde y buena, y además decidieron realizar todos los años en octubre una misión, para recordar y dar gracias a Mamita Virgen, ya que en esta fecha Mamita Virgen sanó al niño, y le dio un tesoro. Esta misión se realizaba todos los años en la casa del niño, y eran muchas las personas que asistían, provenientes de todos los lugares cercanos. Todos rendían homenaje a una santita, que representaba a Mamita Virgen, y la sacaban en procesión, y todos desfilaban, unos a pies, otros en carreta y otros de a caballo. El niño a pesar de su riqueza, nunca se puso agrandado ni malo, y siempre daba de comer a las personas que asistían de lejos



a esta misión, además ayudaba a los pobres y necesitados. Todo lo anterior ocurrió también en el fundo de Toslemo, también cuentan que el conejito blanco lo siguieron viendo cerquita de donde sacó el tesoro el niño, en donde hay un gran mineral, que actualmente es explotado por don Francisco Javier Errázuriz. Cuentan que buscan al conejito blanco con máquinas, con picotas, con palas, y nunca lo han podido encontrar, y sólo encuentran oro, y muchos metales más, el conejo sigue vivo y nunca lo han podido pillar.

También cuentan los que vieron a Mamita Virgen que debe haber sufrido mucho por esconder al niño del rey Herodes, ya que le tocaba pasar por cerros muy altos, tenía que pasar por medio de animales muy bravos y salvajes los cuales por bondad de Dios, sólo miraban con ternura al niño Jesús, el cual iba en los brazos de María. También cuentan que los pájaros cantaban cantos muy hermosos de alegría al ver al rey de toda la creación sentado en los brazos de Mamita Virgen, flores y árboles florecían de distintos colores, que adornaban por donde pasaban los viajeros. Además los árboles daban dulces y ricos frutos, para que la Virgen y San José los probaran y nunca tuvieran hambre.

Con todos estos milagros que Mamita Virgen hizo, los cristianos de Rapilermo, seguimos creyendo que realmente fue la Virgen la que pasó por aquí, porque todavía están todas las partes que he nombrado, sólo la palmera hace como treinta años se calló debido a un gran ventarrón.

De esta manera mi relato va a terminar, y cuando tenga la oportunidad, otra leyenda de mi lugar les voy a contar.

*Jorge Sepúlveda Castro, 28 años, es agricultor de Curepto,
Talca, Región del Maule.*



“ LOS DEDALES DE ORO ”

Micaela del Rosario Vicencio Barraza
Región de Valparaíso

Esta historia les voy a contarles,
me sucedió siendo muy niña en
una aldea pequeña, escondía entre
cerros y quebradas por el Norte Chico,
mi tierra natal.



Habíamos cruza'o muchas veces por aquellos parajes con mi padre, un cateador de oro challero viejo de por esos confines, yo entre todos mis hermanos era casi la menor, la más llorona, regalona y consentida por lo cual casi siempre en el tiempo de Primavera Verano, me pegaba a la pretina de mi buen viejo (que por aquellos años no era tan viejo) y así conocí, de palmo a palmo montes y valles a lomo del burro zancudo, mientras revolvía y sacaba tierra (mi padre no el burro) yo me entretenía juntando flores, pacules, piedras bonitas, leña pa'la choca o jugando con Pulgarcito mi inseparable perro regalón. Una mañana de septiembre, de sol, muy bonita, andando en esos quehaceres mientras mi Padre despejaba la calichera y preparaba las herramientas, yo y Pulgarcito, nos fuimos adentrando poco a poco en busca de flores o de algo pa'jugar, por una quebr'á de verdes y frondosos arrayanes, hasta un hermoso y pequeño arroyuelo entre piedras y peñascos donde había una veguita de pasto muy verde y crecía hierbas poleo y menta pero entre todo esto habían unos preciosos dedalitos de un amarillo intenso, parecían «Dedalitos de Oro», nunca antes había visto nada igual, eran bellísimos, por un rato con Pulgarcito jugamos, nos refrescamos, después corté algunos dedalitos y bajamos donde estaba challando mi Padre, le mostre las flores y le conté dónde, casi no le dio mucha importancia, estaba acostumbrado que yo anduviera por ahí cogiendo flores y otras cosas, lo único que advertía no fuera lejos, ni hiciera daño a la naturaleza, esos consejos nunca los olvidaba, por mucho tiempo, él permaneció challando por esos lugares en diferentes calicheras le iba bien, sacaba «lo que corresponde», decía él a mi Madre. Un día fue conmigo hasta «mi jardín» (donde yo y Pulgarcito tanto nos entreteníamos), con el propósito de catear y romper calichera. Decían por ahí que en esos lugares habría mucho oro, pero no se



atrevían a challar por esas partes porque según decían eran del mandinga, pero mi padre en cambio decía que sólo avaros y envidiosos no podían, abrazándome tiernamente me dijo: ¡esto tan hermoso y natural es tuyo Charito, hija mía! no vale la pena

destruirlo, quizás será la única vez en tu vida que tendrás tanta paz, belleza, aire y cielo limpio. Los dedalitos crecían cada vez más y más bellos cubriendo el arroyuelo ¡era mi Paraíso encantado!

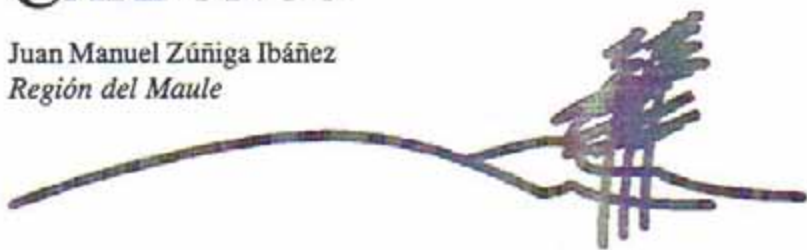
Después pasaron muchos años, me fui de mi rancho en el Norte en busca de nuevos horizontes, un día volví por mi tierra, ya no estaba Pulgarcito, no el burro zancudo, sólo quedaba mi padre, volvimos por ese sendero cabrestando los caminos de mi infancia, recorrimos, buscamos una y otra vez la veguita los dedalitos de oro, estuvimos en el mismo lugar pero no había nada, ¡quizás sería ahí!, sólo una tenca cantaba y un chuncho se reía en lo alto de un arrayán seco, más tarde en el rancho me dijo mi padre que llegaron buscadores de oro de la capital por esos lugares, en el arroyuelo encontraron oro a manos llenas a la primera vez, se hicieron ricos, destruyeron, quemaron y cortaron árboles, pero cuando quisieron regresar, se perdieron, terminaron locos y perseguidos por el mandinga por los cerros, y así los encontraron por los montes del Norte Chico delirando con los dedalitos de oro «que eran de oro». Una vez más, me dijo mi buen viejo, aquellos viejos consejos y advertencias de mis años de infancia, «sólo los dañinos, avaros y envidiosos, que toman lo que no les pertenece y lastiman la madre tierra, desafiando al caballero (me refiero a don sata no a otro), le suceden estas cosas». ¡Y vaya que tenía razón mi Padre!, si él anduvo y anda todavía, challando por cerros y quebrantadas y nada le sucede. Y yo nunca olvidaré «los dedalitos de oro», ni aquel hermoso lugar, de mis tiempos de infancia..

*Micaela del Rosario Vicencio Barraza, 33 años,
temporera agrícola, Boco, Quillota, Región de Valparaíso.*



CARBUNCO

Juan Manuel Zúñiga Ibáñez
Región del Maule



De regreso a la cordillera donde tenía su Puebla y lo esperaba Carmen, su señora, pensaba que pronto sería Padre, claro que cuando él estaba de viaje la dejaba al buen cuidado de ña Meche, que oficiaba de partera. Tan concentrado iba en sus pensamientos que no se dio cuenta de lo que se acercaba, pero el nerviosismo de los bueyes pronto lo pondría en la realidad, una pelota de fuego que se suspendía en el aire venía hacia él, se asustó cuando la vio de repente, sus manos sujetaron muy firme la picana, su cuerpo se tensó y esperó lo peor, pero lo que se acercaba pasó por encima de los animales y se alejó. Después de un rato, su cuerpo comenzó a relajarse, sus manos le dolían de tanto apretar la vara que guía la carretera, su mente, precaria en conocimientos, estaba llena de dudas e interrogantes, ¿qué fue eso? se preguntó, al darse cuenta bien en donde estaba parado se fijó en un chorro de agua que corría delante de sus pies, sacó por conclusión que el fuego que le asustó tanto bajaba en la misma dirección que lo hacía el agua de la quebrada. Temeroso aún, empezó a caminar de nuevo, quizás un poco más rápido que antes, todavía no podía coordinar sus pensamientos. Ni se dio cuenta cuando estaba cerca de su casa, de pronto se detuvo, ya sabía lo que había visto, era un CARBUNCO, cómo no haberlo pensado antes, nunca imaginó que vería un pájaro como ése en su vida; cuando era niño, en pleno invierno, mientras llovía y tomaban mate sus abuelos, contaban historias sobre un pájaro que comía oro, que al momento de volar se encendía y parecía una bola de fuego, ¿qué hacía allí un pájaro como ése?, ¿por qué antes no lo había visto? se preguntó, qué bueno sería encontrar el lugar en donde come ese pájaro, fue su último pensamiento esa noche antes de quedarse dormido.

Carmencita que era el tesoro de su papá ya tenía dos años y medio, su madre, que hacía un par de días andaba con vómitos y mareos le había dicho a su esposo que iría al médico pues éste vendría a atender el próximo mes al sector.

Cuando regresó del doctor sólo traía la confirmación del diagnóstico de ña Meche: estaba embarazada. Según la cuenta del médico tendría casi dos



meses, pero ella se sentía muy mal, no era como el primer embarazo, así que tendría que cuidarse; esa primavera y verano los pasó casi todo el tiempo en la cama, los últimos meses Carmen no se levantó, las atenciones de su suegra y su mamá no eran suficientes, ña Meche también se pegaba unas vueltas para cuidarla. A Toño con la preocupación no le fue muy bien esa temporada con el carbón. Cada día que pasaba para Carmen era un suplicio, no hallaba las horas de que naciera luego la guagua, cuando ya faltaban como veinte días para el nacimiento, Toño, al ver el sufrimiento de su mujer, no aguantó más y enyugó sus animales a la carreta, colocó a Carmen arriba junto a Carmencita y encaminó los bueyes hacia el hospital. Al pasar junto a la casa de sus padres dejó encargada a su hija mientras volvía. Con los quejidos de Carmen el camino se hacía interminable y apuraba los bueyes, pero parece que era peor porque el camino estaba tan malo, que en cada salto que daba la carreta más se quejaba su mujer; viajaron toda la tarde y la noche, no se detuvo en ningún lado.

Cuando estaba aclarando por fin llegaron, la recibieron de las primeras, a él le dijeron que esperara, al cabo de un rato, apareció la misma enfermera que recibió a su mujer, se le acercó y le dijo que su enferma no estaba muy bien, la iban a hospitalizar y que él tendría que volver la próxima semana. Cuando regresó, le dijeron que el médico quería conversar con él. Esta vez no tuvo mucho que esperar, por una puerta apareció un señor con delantal blanco que se dirigió hacia donde él estaba sentado, le comunicó que a la paciente había tenido que operarla de urgencia y que a su hijo lo habían puesto en una cosa que el doctor llamo encubadora, que pronto estaría bien, por el momento no podría verlo sino hasta dentro de veinte días, ocasión en que tendría que traer plata para pagar algunos gastos. Pero ¿de dónde sacar plata? pensó Toño y así regresó a su hogar sin haber visto a su mujer ni a su hijo. Trató de pedirle prestado a su padre, pero por orgullo no lo hizo, fue ahí cuando vio que podía vender los bueyes, pero eran su herramienta de trabajo. No lo pensó dos veces, lo vendería, todo sea por mi negra y mi hijo. Así fue como consiguió unos pocos pesos, ahora sólo faltaba esperar unos días para ir al hospital, después vería cómo conseguir una nueva yunta de bueyes para trabajar.

Con Carmen en casa, más recuperada de su operación y haciendo las labores de costumbre, siempre y cuando su nuevo hijo se lo permitiera, Toño trabajaba más que nunca para juntar dinero y comprarse la yunta de animales. Un día, cuando andaba apagando una hornilla, se le oscureció y mientras caminaba de regreso a su casa, no había pasado mucho tiempo cuando se le apareció el pájaro volando, ahora no le asustó tanto como la primera vez, la bola de fuego iba más despacio, la observó con más cuidado, no le cabía la media duda que era un CARBUNCO, ¿para dónde irá? se preguntó. Si fuera verdad lo que escuchaba cuando niño y al seguirlo encontrara una mina de oro. Ya se le había aparecido dos veces, una idea fue tomando forma en su cabeza; seguirlo, ¿por qué no?, con tan sólo un puñado de oro lograría comprar los bueyes que tanta falta le hacían,



también podría tener un terreno, unos caballos y si alcanzase unas vaquitas para que tomen leche los niños, antes de llegar a su hogar la idea ya era del pasado.

Al otro día, caminaba con el hacha al hombro, sería una mañana muy atareada apagando las hornillas, al salir a la huella se encontró con On Lalo, antiguo amigo del cajón de Pejerrey, con el cual no se veía desde hace mucho tiempo; luego de contarse las penas, On Lalo le dijo que en la quebrá de los Hualles había llegado un patrón nuevo y necesitaba un matrimonio joven para cuidar animales y rozar un cerro. De regreso al almuerzo le contó a Carmen lo de la pega y que al día siguiente iría temprano a conversar con el nuevo dueño de los Hualles, estuvo todo el día fuera, cuando empezó a caer la tarde está llegando a su casa, el tacho hervía sobre el rescoldo de donde hacía poco habían desenterrado una tortilla, el mate estaba cebado. Carmencita jugaba en el patio, cuando se percató de la presencia de su padre corrió a encontrarlo con los brazos abiertos, éste la cogió y la levantó para darle un beso y seguir con ella en brazos hasta la cocina en donde se hallaba Carmen.

El tesoro de aquel hombre era su familia, pero quien le robaba el alma era su hija. Se notaba que venía contento, después de comer un pedazo de tortilla y tomar su primer mate, contó los acuerdos que habían tenido con el nuevo patrón, tendría un pequeño sueldo por cuidar los animales, además un porcentaje por bichos nacidos, del roce del cerro la leña se haría carbón, del resultado se dividiría en partes iguales, después fueron a ubicar un lugar donde levantar una puebla; a fin de mes podrían cambiarse, lo mandarían a buscar en unas carretas.

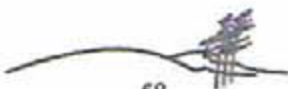
Hacía más de quince días que estaban en su nuevo hogar, Toño bastante acostumbrado en su trabajo, Carmen totalmente repuesta de la operación y los niños sanitos, gracias a Dios, sí, gracias Señor por tener a mi familia sana y mandarme a don Manuel, un patrón tan bueno, Toño también creía en Dios y de vez en cuando le daba gracias. Llegando la primavera empezaron a parir las cabras y las borregas, todos los días recorría los cerros mañana y tarde para juntar los animales, si no el león o el zorro se comía las crías. Una tarde echó de menos un rebaño, así que salió a buscarlas, ya oscuro las encontró, contento se dirigió de vuelta, estaban todas las que faltaban, el regreso fue rápido, sólo quedaba cruzar la última loma del cerro y ya se encontraría en casa. Las cabras nerviosas arrancaron, algo pasaba, miró para el bajo y vio que venía subiendo la bola de fuego, fue entonces cuando se detuvo para fijarse en qué dirección volaba, el pájaro parecía no percatarse de la presencia del hombre y sigue su camino sin cambiar de rumbo, pasando la cima se le perdió de vista, se quedó pensando un rato, varias veces se le había aparecido, ¿querrá que lo siga?, se preguntó, ¿por qué no?, pero antes le contaría a la Carmen lo que estaba pasando, pero la codicia ya le estaba corroyendo la mente, tendría su fundo y cuidaría su propio ganado. Empezó a caminar de nuevo con una idea fija en la cabeza, la próxima vez que aparezca la seguiría. Carmen escuchaba con atención lo que su



esposo le decía, desde la primera aparición hasta la última y que estaba seguro que al seguirla encontraría una mina de oro, ¿pero cómo sería el oro?, sólo lo conocía en anillos, a ese detalle no le dio importancia, total, dijo, donde se pare el pájaro a comer recogeré un poco de tierra. Carmen también había escuchado esas historias cuando niña, y que era malo seguir esos pájaros porque traían desgracia, a Toño eso no lo hizo cambiar de idea. Al otro día juntó temprano el rebaño y se fue a esperar al CARBUNCO, pero esa tarde no apareció, vendrá mañana, se dijo, y al otro día al oscurecer ya estaba esperándolo; se recostó para mirar las estrellas, le gustaba hacerlo, tan nítidas y cerca que se veían, la Cruz del Sur era la primera que le había mostrado su papá cuando era niño, imbuido en sus pensamientos estaba cuando notó que se acercaba algo; de un brinco se puso de pie haciendo mucho ruido al pararse, el pájaro que ya venía cerca, al escucharlo dio media vuelta y se alejó hasta perderse de vista, Toño, maldiciendo por no estar atento regresó a su casa, ¡total, mañana será!, descuidando un poco la crianza, el zorro le había comido unas cuantas crías, tampoco le hacía caso a los consejos de su señora de que dejara esa idea a un lado y le pusiera más atención a sus labores en el campo, él sólo pensaba en encontrar el lugar donde comía el ave, hasta había soñado con ser el patrón algún día ¿por qué no? Se propuso un plan, empezaría esperándolo más abajo en la quebrada, así cada día avanzaría por trechos cortos, la verdad era que los troncos y las ramas no lo dejaban avanzar mucho; después de seguirlo por una semana descubrió dos cosas importantes: primero, que el pájaro iba siempre en la misma dirección, pasando la loma que estaba antes de llegar a su casa y transcurriendo unos cuantos minutos el ave regresaba haciendo el mismo recorrido de vuelta, y finalmente, lo segundo y más importante, que en esa dirección estaba su hogar. De esta conclusión sólo faltaba que el pájaro bajara a comer, ahí descubrir el lugar y después ser rico, muy rico.

Amaneció un día radiante a mediados del verano, parecía que cada vez hacía más calor, esa fecha sería recordada por la familia Vásquez Bustos durante todos los días de su vida. Antonio se levantó con el presentimiento de que algo iba a pasar ese día, seguro sería lo que tanto había esperado, pillar comiendo al pájaro que le traería una fortuna, pensando en eso no se dio cuenta cómo se le pasó el día, llegada la noche se preparó para salir, miró a su familia, Carmen terminaba de secar los platos de la cena, ya pronto se iría a acostar con sus hijos, muy dentro de él le prometía una vida mejor, sin decir nada salió al encuentro con su destino, no tuvo que esperar mucho, escondido detrás de un árbol lo vio venir, no le sacó la mirada de encima hasta que traspasó la loma. El hombre esperó un momento, empezó a caminar despacio, sintió que su cuerpo sudaba, apuró el paso, los troncos se le cruzaban por el camino como si trataran de detenerlo, el pájaro no volvía, seguro estaba comiendo, entonces empezó a correr a la loma.

Mientras tanto, Carmen a la luz de un chonchón abría la cama para



acostar a su hija junto a Juanito, su hermano. La niña jugaba en un rincón de la pieza, la señora se dio cuenta que se le habían quedado tendidos unos pañales en el patio, entonces le dijo a Carmencita que cuidara de su hermanito porque saldría a buscar la ropa que estaba afuera. La niña le pidió que abriera la ventana y salió al patio, la niña le estaba tomando la mano a su hermanito cuando vio que entraba algo y se posaba en una esquina de la pieza. Pasando el susto del momento se dirigió a tomar el pajarito que comía algo en el suelo, creyendo que podría jugar con él.

Su padre a duras penas logró llegar a la cima, el ave no se veía por ningún lado, sin querer miró para su casa y desde una ventana salía una tenue luz, pensó que su señora estaría a punto de acostarse, después de eso puso todos sus sentidos en buscar lo que se suponía lo haría rico, empezó a bajar muy sigilosamente esta era la oportunidad de encontrarlo, y por supuesto, lo pillaría, miró por todas partes y no hallaba nada, cuando escuchó un grito que venía de su casa, algo estaba sucediendo, corrió los metros que lo separaban de su hogar, pero se paralizó al ver que por la ventana salía el CARBUNCO, sintió que su cuerpo no le respondía, como pudo entró en la pieza, su señora recogía a Carmencita, la niña no respiraba, su cuerpecito parecía sin vida, Antonio miraba a su señora como pidiendo una explicación, la mujer dijo: salí afuera un rato a recoger la ropa del niño y cuando regresé encontré a Carmencita tendida en el suelo, por la ventana salía algo, pero no pude ver qué era.

Al velorio y entierro vino gente de todos los cajones vecinos, ahí Toño supo la verdad de lo que había ocurrido, el CARBUNCO al volar genera una corriente eléctrica, la Carmencita al tomar el pájaro le produjo una descarga eléctrica que la mató.

Después del entierro fueron a buscar sus cosas, volverían a su antigua casa, con su corazón destrozado cargaba su carreta lo más rápido posible, no quería estar ningún minuto más en esa Puebla que odiaba tanto, aún no podía comprender que tratando de encontrar una mina de oro, el pájaro le había robado el tesoro más grande que tenía: su hija. No quería regresar más a ese lugar, lo que no supo nunca Antonio fue que la casa la habían construido arriba de una mina de oro y todas la veces que venía a comer el pájaro encontraba la ventana cerrada, por eso regresaba de inmediato, así que cuando Toño llegaba a la cima del cerro el pájaro ya venía de vuelta, pero ese día de calor fue todo lo contrario, la ventana estaba abierta y el CARBUNCO entró a comer. Desde el día que se fueron, nadie ha entrado más a esa casa, dicen que está embrujada, porque sin haber moradores se ven luces entrar y salir de ella.

Juan Manuel Zúñiga Ibáñez, 37 años, es empleado de una empresa frutícola de Yervas Buenas, provincia de Linares, Región del Maule.



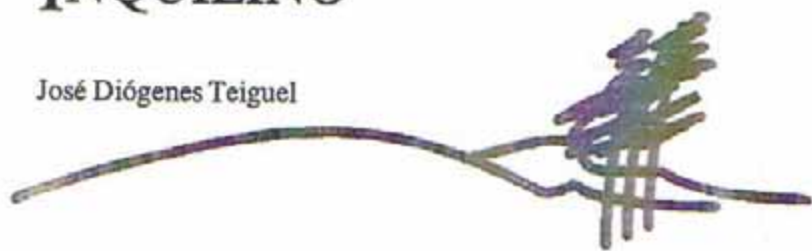
Categoría "B"

Cuentos

Primer Premio

INQUILINO

José Diógenes Teiguel



Usted me va a perdonar por haber llegado tan temprano hasta su casa para sacarlo de las pilchas, patrón. Sin embargo, el extravío en que me encuentro desde el día de la desgracia, no me ha permitido cerrar los ojos siquiera unos minutos, y cuando logro dormir, es solamente para criar sueños desesperanzados.

Además, durmiendo entre los pastizales, bajo los matorrales o enterrado en las madrigueras de las bestias para sacarle el cuerpo a la policía, el descanso alcanza apenas para sacarse del alma tanto dolor que a uno le purga el corazón.

Usted que me conoce de pichón, sabe de sobra que no le aflojo tan fácilmente al apensionamiento hasta el punto de soltar el llanto como ahora está viendo, patrón. Por otro lado, tampoco me alcanza el cuero para alzarle la voz a su persona, si no es porque este dolor me arrebatara las palabras enturbiando sus sonidos.

Usted mejor que nadie sabe que si hay un cristiano en este mundo, que conoce la diferencia entre un par de ojotas y unas botas de cuero fino: ese soy yo, patrón. Y esto porque de pequeño conozco cuál es mi lugar y jamás he saltado ese colinde: Dios quiso que yo naciera inquilino para servirlo a usted y otro rumbo no conozco. Sin embargo, patrón, desde el día en que usted se desgració con la Elcira, las cosas no volverán jamás a ser como era.

Usted sabe que soy iletrado, patrón, pero también conoce la hondura de mi corazón. Entonces, no tenía para qué matar a la Elcira. Si ella se negó a sus deseos bastaba con que usted hablara conmigo y yo le iba a preparar la cama.

Si se detuviera un momento a corregir sus recuerdos, se daría cuenta que en cada oportunidad en que le tocó encatarse fuera del matrimonio, y la patrona se enteró de sus arranques de macho viejo, allí estuve yo, siempre, para desmentir las murmuraciones.

En devolución a mi lealtad hacia su persona, patrón, usted me preñó a mi mujer. Pero aquel dolor, en lugar de nublarle la razón, me dio tiempo incluso para bromearle a la Leonor, para chancar con ella cuando la pobre me fue a buscar al monte para decirme que usted la había montado cuando ella le estaba dando de comer a los chanchos, «no te aflijas, Leonor», le dije, «el patrón siempre ha sido bromista y sabe que donde come uno, pueden comer dos. Además, deberías estar contenta de saber que el patrón se fija en la mujer de un simple inquilino». Y ella me preguntó, con los ojos bañados en llanto, «¿acaso el patrón no tiene a su mujer para banquetearse?» y yo le respondí con algo de la picardía que he aprendido de usted, «lo que pasa es que la patrona es una gallina vieja que ya no da buenos caldos; en cambio tú, todavía mantienes los cuadriles firmes». Porque la patrona, gracias a quien Dios me perdona usted ha heredado tanta tierra, ya está harta veterana para la fiebre del patrón, con todo respeto.

Cuando la Leonor comenzó a sufrir con la preñez, yo bajaba continuamente del monte para atenderla, contento y orgulloso porque ella iba a



tener un hijo del patrón; y usted, dos brazos más para sus servicios.

Razones de sobra tenía yo para aborrecerlo, patrón, pero en lugar de ello me entregué por completo al cuidado de la Leonor, que cada día amanecía con la panza más hinchada, ojerosa de tanto sufrimiento y con la cara llena de purgaciones. Yo callé, patrón; yo callé y recibí a su hija como si mi propia sangre fuera. No le mezquiné un solo sorbo de cariño y cuando llegó el momento de acristianarla, la Elcira ya tenía mi apellido.

Del trato entre los dos, ni hablar; usted me rogó que no le hablara a ella de su verdadero padre y yo cumplí mi palabra hasta donde pude, patrón. Pero cuando la Elcira ya se hizo soltera, tuve que mentarle la verdad.

La chiquilla se resignó al golpe y decidió que su lugar estaba a mi lado. Siempre le agradecí ese gesto a la Elcira, ya que estando ambos tan huérfanos de compañía y cariño, entre los dos arreglábamos nuestro abandono, con amor y respeto, como debe ser, patrón.

Pero las cosas cambiaron desde el día en que usted comenzó a allegarse cada vez más seguido a la rancho, con la excusa de querer conocer a su hija. Luego vinieron los regalos y las invitaciones que ella siempre rechazó. Más tarde, el ofrecimiento de una herencia. No le voy a negar a usted que yo mismo me sentía feliz al verlo tan cargoso en su papel de padre, patrón. Si hasta soñaba con la niña colocada como patrona en la casa grande. Y es por eso que jamás sospeché que sus verdaderas intenciones eran oscuras, porque lo que en realidad usted quería era ensuciar a su hija, hasta matarla si se negaba, como efectivamente lo hizo.

Ayer por la tarde pasaron los carabineros por la rancho. Dicen que me andaban buscando con perros y me dejaron un papel escrito a mano, por debajo de la puerta para que me entregue, debe ser, pero a pesar de haberlo revisado varias veces, me fue imposible conocer el mensaje, porque usted sabe, patrón, que a pesar de mi iletradura, yo escribo de corrido, aunque me es imposible leer en letra ajena.

Me andan buscando hasta por debajo de las piedras, patrón. Andan detrás mío desde que usted me denunció como el asesino de la Elcira. Y tanto y tanto me han rastreado que seguramente muy pronto van a agarrarme.

Si no han dado conmigo es porque me he escondido bien, esperando la oportunidad para apalabrearme con usted como ahora lo estoy haciendo, patrón. Y como antes ya le expliqué, usted me perdonará si en algún momento he llegado a levantarle la voz, cosa que no corresponde dadas las diferencias que nos separan. Pero también usted debe comprender que es el dolor el que lo hace hablar más alto a uno.

Ahora que ya me encuentro más calmado voy a mentarle el quehacer que me trajo hasta su casa tan de madrugada. Espero que no lo tome a mal por la confianza que me he tomado para con su persona, pero ¿a quién más iba yo a recurrir si usted es como un verdadero padre para mí? Lo que pasa es que no quiero entregarme solo, patrón. Es decir, no me comprenda mal: lo que yo



deseo es que sea usted el que me entregue a las autoridades, porque si la policía me encuentra en su compañía, de seguro que van a tener conmigo más consideración y no se ensoberbiarán tanto con este saco de huesos que ahora soy.

Entrégume, patrón. Entrégume y ruéguele a la autoridad que no me dé tantos años al oscuro para que pronto esté de vuelta por acá, para seguir sirviéndolo como Dios manda, patrón. Usted sabe que pase lo que pase, jamás este pecho hablará en contra suya ni levantará algún testimonio falso a su persona. Si hizo lo que hizo, alguna razón tendría, y yo apenas soy un pobre inquilino como para andar sacándole faltas a usted, patrón. Por último, yo pienso que sólo a Dios le está permitido pedirle cuenta a los patrones.

La otra petición que quiero hacerle, antes de que me olvide, es que cuide mi ranchita, patrón, porque esos cuatro palos que he levantado con mis propias manos, son lo único que ahora tengo en el mundo; yo he nacido inquilino para servirlo a usted y aquí me muero. Otro rumbo no conozco.

Ahora, cumpla con su deber, patrón.

José Diógenes Teiguel vive en Fresia, provincia de Llanquihue, Décima Región.



Segundo Premio

EJERCICIOS DE PRIMAVERA EN UNA CASA DE CAMPO

Luis Alberto Tamayo



Ankar está aquí. Lo percibo a todo mi alrededor, un murmullo constante, minúsculos chillidos. Estoy solo. Solo entre la oscuridad y los sonidos. Murmullo. Apenas el rozar de sus pequeñas uñas contra el suelo, apenas el respirar colérico de su garganta. No hay nada que hacer. Lo hicimos vivir para nosotros y ahora se apresta a cobrar por sus servicios. Yo no fui el iniciador de todo esto, pero él no lo sabe, ni siquiera sabe que le pusimos un nombre: ¡Ankar!

Primavera fría. Llegamos de noche al fundo. Portón, silo, álamos. Camioneta doble cabina, puertas abiertas. Arriba las estrellas. No hay luna. Fernando cuenta que estas tierras pertenecieron a la Quintrala. Desde el tocacintas autoreverse Bruce Springsteen en concierto por cuarta vez. Glenka baja a fumar, Fernando se amarra al cuello el pañuelo de seda rojo de Glenka. Fernando, treinta años y conversación de adolescente, pegado a nosotros como una lapa. Al fondo la casa.

Fernando juega a despertar pájaros apuntando el poderoso foco de su linterna hacia las copas de los árboles.

Glenka se perdió en la oscuridad. Su alma era la cabeza roja de su cigarro. Entonces el grito de Glenka.

Glenka sola en la noche, fuma. Se pregunta por qué aceptó venir aquí. Un buen lugar para el rito de la despedida, desenredarse de mí para volar libre hasta Bruselas. Serán días de desasosiego, el vano intento de ordenar de menor a mayor nuestros dolores. Ejercicios de primavera en una casa de campo.

Glenka semisentada en un barril roto y volcado, los agudos tacos de sus botas se hunden en el suelo. A ras de piso estrellas inquietas y rojas la observan, se mueven. Glenka: decenas de ojillos curiosos la examinan a prudente distancia. Alarma. Se incorpora con brusquedad, el barril rueda y algo suena en su interior. Un cuerpo pesado inicia una carrera, choca contra sus talones y casi le hace perder el equilibrio. No está sola en la oscuridad, algo pasa huyendo por sobre sus pies. Glenka sintió el peso del animal, el bufido y el rozar de su cola escamada atrapada entre el cuero y la hebilla de su bota. Frío en los huesos. Entonces supo que todas esas estrellas rojas y movedizas eran ratas, (*rattus norvegicus*) ratas noruegas de ojos muy abiertos, manchas grises aún en lo oscuro. Quizá fue el propio Ankar quien protagonizó este episodio. Entonces el grito de Glenka.

Llovió esa noche. Frente a la chimenea Glenka y yo bebemos un vaso de vino. Fernando no bebe alcohol, ha ido por tercera vez al baño a mojar su toalla para secarla en silencio. Glenka y yo no nos inquietamos, lo hemos visto otras veces, suele pasar horas fabricando vapor y mirándolo. Fernando es un amigo que heredamos de otro amigo, es casi un hijo adoptivo. Habla poco durante el día, en la noche se conecta con voces sin rostro en su mundo de radioaficionado. Fernando se ha paseado por todas las ingenierías posibles, siempre le va bien, pero no logra egresar de ninguna. Siempre hay un ramo que lo espera paciente para vencerlo: congelar, solicitud al rector, esperar. En eso



está ahora, esperando respuesta para hacer un ramo por tercera vez.

Glenka ya había olvidado el susto de la primera noche, pero Fernando lo tomó como un asunto personal, se propuso exterminar cada rata de la casa y de cien metros a la redonda: Su declaración de amor a Glenka.

Monólogo de Fernando al desayuno.

«He puesto Warfarín por toda la casa. Con este veneno se mueren tan rápido que no alcanzan a dar la alarma a los otros miembros de la colonia. El Warfarín hace que los vasos sanguíneos se revienten, impide la coagulación de la sangre y acelera la muerte por hemorragia interna».

No pasó nada, sólo una enorme rata apareció atropellada cerca del portón del garage, no pudimos saber si murió por el bendito veneno o ya estaba vieja y no vio ni escuchó que Fernando entraba la camioneta.

Tango de Fernando.

Malditos guarenes que asustaron a Glenka. No quedará ninguno, lo juro, ni para contar el cuento. Colombo Roggers me falló, el Warfarín no dio resultado, se dieron un festín de pan y queso. La parejita feliz reía. No entiendo a Glenka, estaba mal, a punto de salir huyendo. Insiste en una relación ya muerta, liquidada. Yo jugué limpio y le ofrecí una puerta de salida, la invité a venir conmigo a la casa de campo de la familia. Esto fue después que él la golpeara. Estuvo quieta llorando en mi hombro, la mezcla de su perfume y el olor de su cuerpo es un aroma que me revienta los pulmones. Ahora tengo puesto su pañuelo de seda rojo y es como si ella me abrazara: Ella se irá, lo sé.

Vamos a la casa de campo para que nos despedamos, le dije. Yo temblaba mirándola a los ojos. Ella asintió con la cabeza.

Te paso a buscar más tarde. Dijo sí con ternura. Fue así, aunque ahora lo niegue con sus gestos.

Llegué con la camioneta y allí estaba él. Sonriendo y me dio las gracias y se instaló abrazándola. En las noches enciendo el radiotransmisor y no le quito las interferencias, único modo de no sentir con qué rapidez pasan del amor al odio en la pieza contigua.

Yo nada. Yo sólo me ocupo de mi guerra contra las ratas.

Colombo Roggers, mi fiel amigo radioaficionado, sabe lo que siento por Glenka, sabe que estoy haciendo el papel de tonto. Colombo Roggers es mi amigo, me ha resuelto problemas muy difíciles, también me ha dado la solución para éste.

Fernando se levanta de madrugada, armado de serrucho y martillo trabaja en el viejo galpón. Ha puesto en el centro un tambor de acero de doscientos litros de capacidad, abierto totalmente en la boca. Mide exactamente noventaiocho



centímetros de alto. Desde la boca del tambor bajan a tierra seis tablones de varios metros de largo, todos en distintas direcciones, como un múltiple tobogán para niños. Mirado desde arriba parece un sol.

Glenka en bata viene a invitar a Fernando a la mesa. Almuerzo para tres. La bata se abre y le regala a Fernando una visión de su cuerpo. Ríe. Fernando serrucho en mano explica su instalación. Ella le ayuda a cortar un madero afirmándolo con su pisada. La rodilla rozándole el mentón. Los ojos de Fernando no encuentran donde posarse. Se ruboriza.

Fernando explica:

«En cada extremo de tablón que da al tambor hay un piso falso que cederá al peso de la rata». Glenka le ayuda a graduar la resistencia del piso que cede. Ella quiere saber más. Él juega al misterio.

Habla Colombo Roggers.

Micrófono en mano, apasionado, sin rostro:

«Les daremos de su propia medicina, Fernando, pero para eso debes capturar muchas ratas vivas, las más fuertes, las más grandes. Quien no sabe de ratas no sabe nada de guerras. No sabe nada de astucia ni ferocidad. Las ratas grises o ratas de matadero les quitaron Europa a las ratas negras, luego les quitaron el mundo entero obligándolas a refugiarse en las partes altas de la ciudad. Ese fue el armisticio. Las ratas grises, las ratas invasoras se quedaron con las cloacas, los basurales. Las negras con las terrazas de los edificios altos.

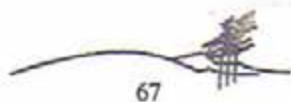
Si se ve una rata es que en realidad hay cien, si se ven diez es que hay mil, millones de devoradoras ratas en una ciudad subterránea. Son indestructibles, viven en el secreto de la noche, como nosotros, Feño, son inagotablemente prolíferas, rápidas, astutas, arteras, inmundas, llenas de parásitos; de una inteligencia primitiva, simple pero eficaz.

Estás en guerra, Fernando, contra un enemigo más poderoso que tú. Si no murieron con el Warfarin utilizaremos rata contra rata».

Noche. Ellas suben a comer el queso, la carne; las pequeñas comen y se van, las robustas, caen al foso. Serán las dueñas del baile que viene. Entrarán al círculo de la democracia. Elegirán a la reina de las ratas, a la mejor dotada para la vida y para dar la muerte.

Las veinte mejores están allí. Las alumbró con su linterna a las cinco de la mañana. Hermosas, iracundas. Saltan infructuosamente tratando de salir. Imposible clavar sus uñas en el acero, imposible escapar. Se miran y se reconocen, quizá adivinen las semanas que vienen.

Moviéndose, como las olas de un mar gris que chilla. Un mar compacto latiendo. Fernando apaga su linterna y ve una constelación de lunas rojas girando, prendiéndose y apagándose en el fondo del Coliseo. Ankar está allí agazapado, aún



mezclado con el todo, Ankar.

Glenka corta flores. Él cocina para ella. Fernando espera la noche para charlar con Colombo Roggers y darle detalles de su cometido.

Gritos y llantos vienen de la casa. Fernando mira el mar gris en el fondo de la piscina de los elegidos. El vaho putrefacto le obliga a volver la cara. Una brisa fresca viene en su auxilio. Ya quedan menos, sólo ocho, tal como se lo dijo el sabio Colombo Roggers. Ahora las conoce, no son iguales, es cosa de familiarizarse con ellas, de llegar a quererlas y se les descubren rasgos diferenciadores. En tres semanas han dado cuenta de las doce más débiles y las han devorado. Saben que han entrado a la etapa decisiva, ninguna rata duerme, giran sobre sí mismas, atentas, con la cola tensa levantada como antena captadora del peligro. Han cambiado el pelaje, el nuevo gris es más suave. Muestran los dientes, gruñen mirándose fijo para captar la debilidad de la otra. Duros y alertas para dar la primera dentellada, la fatal, la definitiva.

Sexta semana. La primavera se afirma, las noches son menos frías.

Fernando armado de varilla enrabia a las aspirantes a ceñirse el cetro. Glenka pasa caminando lento cerca suyo. Más atrás el hombre que lucha con su rabia. Glenka se va a recorrer el campo. Entonces el hombre se entretiene con el cuento de Fernando y se entusiasma poniéndoles nombre a los gladiadores: Ulises, Amadeus, Sátrapa, Chillón, Ankar.

Él viene en busca de Fernando, ella salió a caminar sin rumbo. Fernando no sabe hablar de otra cosa y le muestra a los tres que subsisten. Tres magníficos ejemplares, mas de treinta centímetros desde el hocico hasta el extremo del tronco. Cuello fibroso y tórax ancho en el que se adivina un corazón bombeando con furia las veinticuatro horas del día. Fernando les tira migas de queso y se divierte viéndolos empujarse, girar a velocidades que el ojo humano no capta. No comen las migajas, se apartan de ellas como quien evita una lluvia de piedras.

COLOMBO ROGGERS:

«Despreciarán el queso, solo comerán carne de su iguales, carne de rata, y ya saben como proveérsela».

Glenka se ha sumido en silencio, duerme sola cerca de la chimenea. Tiene lista su maleta, pero no se decide a cerrarla. Él la sorprende y arroja por el aire cada prenda, armado de tijera corta blusas y mutila sostenes. Luego Glenka en el suelo mientras él llora y muerde su mano, la del golpe inútil, porque ella irremediamente partirá.

Fernando alborozado llega a buscarlo. Se asoman al tambor y ahí está él: Ankar. El campeón de los campeones.

Fuerte, traicionero, dientes de navaja. Herido en la última lucha contra uno como él, pero a la postre más débil.

Ankar se sabe el mejor, indestructible, mira con simpatía el rostro de



Fernando, le exige su libertad, sabe que se la ha ganado. No sospecha que ahora estará más prisionero que antes.

Fernando volcó el tambor y Ankar salió lento, sus patas hacía mucho que no caminaban el llano. Se ocultó y esperó la noche.

Otro día. Fernando da cuenta de sus actos a Colombo Roggers. El campo amaneció sembrado de cadáveres de ratas pardas que lucían en el cuello la marca de Ankar. Una gran pira en medio del campo eleva al cielo el olor de la carne y los huesos quemados.

Cada amanecer una carretilla llena de manchas grises sin vida, todas con una dentellada feroz en el cuello.

Fernando recorre cada rincón de la casa buscando víctimas de su guerra. El número es menor que la primera semana de libertad de Ankar, pero ahora se han agregado palomas, gallinas, patos, todos marcados con el sello de Ankar. Ya no hay ojillos rojos que perturben la perfecta oscuridad.

Glenka y el hombre triste frente a frente. La voz de Glenka es apenas un susurro. Hiede a despedida. Él abre otra botella de whisky.

Fernando le ayuda a Glenka a hacer sus maletas. Dobla con ternura cada pieza de ropa. Un cuerpo se tambalea ebrio por la casa. Glenka le regala a Fernando su última noche bajo estos cielos. Fernando amanece enredado a ese cuerpo que ama.

Él ignora bebiendo la venganza de Glenka.

Fernando y Glenka salen de madrugada en la camioneta, él queda tirado en medio del galpón con la vista en el techo.

Una botella vacía de whisky se suelta de su mano y rueda.

Sintió la presencia de Ankar y no pudo ponerse de pie. Entonces supo que todo había terminado.

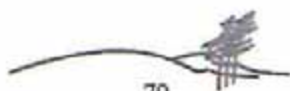
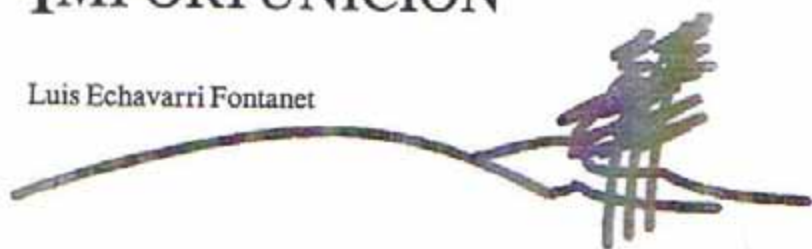
Luis Alberto Tamayo nació en San Fernando en 1960. Es profesor de Educación Básica y escritor. Reside en Santiago. En 1986 publicó su libro de cuentos «Ya es hora» y ha obtenido diversas distinciones literarias.



Tercer Premio

IMPORTUNICIÓN

Luis Echavarri Fontanet



Necesito urgente sincerarme con usted don Ricardo.
¿Cómo entraste? Me diste un buen susto.

Por la cocina. Cuando vi prendidas las luces del escritorio, me decidí y entré y perdone usted la importunación, pero creo, con todo respeto, que usted y yo tenemos que sincerarnos.

Pero Faustino, no son horas y se dice importunidad o perdone que lo importune o permítame importunar pero nunca importunación, te lo he dicho tantas veces.

Importunidad o importunación, me da lo mismo, usted y el Faustino se tienen que sincerar ya que la cuestión no se puede quedar así.

Cuida el tono de tu voz Faustino, que estás hablando conmigo.

¿Usted se cree que puedo no darme cuenta, que usted, es usted?

¿Qué te pasa? ¿has tomado? ¡no lo puedo creer! si hace como diez años que dejaste el trago.

Media botella, al paso por su cocina, pa'venir a sincerarme con usted.

¿Te tomaste mi vino? Por Dios, eso sí que es nuevo.

Tuve que tomar porque sabía que le iba a causar una importunación y no me gusta nadita, usted lo sabe.

Otra vez, es importunidad no importunación. ¿Cuándo vas a entender?

Da lo mismo, usted y yo tenemos que sincerarnos y lo vamos a hacer ahora.

Ahora no, mañana acércate por mi oficina de la lechería y conversamos.

Don Ricardo ¿usted se sabe del tiempo que llevo en Maspalomas?

Sí.

No, no se lo sabe. Usted se cree que todo, porque no conoció Maspalomas sin mí. Usted era un cabrito de como ocho años cuando don Braulio lo trajo por primera vez, ¿se rememora?

Algo.

Yo tenía ya dieciocho y llevaba nueve años trabajando pa'su padre de usted. Al igual que mi padre, que lo hizo toda su vida.

¿Y?

Pos creo que por eso, me merezco que usted se sincere con el suscrito, ahora y no mañana en la lechería.

¿Tú crees?

¿Alguna vez le he faltado? queriendo me refiero, sin querer no vale, sería sólo por lo bruto que soy.

Nunca, por eso mi aprecio.

Más pa'mi lado entonces, ¿podimos sincerarnos ahora?

¿Qué es tan importante como para que no pueda esperar mañana?

¿Usted se rememora de mi chiquillo? ¿el Jacinto?

¿Cómo no me voy a acordar? Era uno de los mejores tractoristas que he tenido.

Sentí muchísimo su accidente.

¿Se rememora de él de cabro chico?

Sí, claro, en la casa grande no se pasaba un día sin verlo.

¿Se acuerda que enredaba todo el verano con la Maquita?

Es verdad, mi hija le tomó mucho cariño.

Usted sabe que fue más que cariño, que entre los dieciocho y veinte años se iban pa'l monte los dos solos y usted la retaba bien retá y la dejaba castigá. Pero ella siempre lo convencía pa' que la dejara salir y pa'l monte partían otra vez.

Algo me acuerdo.

Sí, se tiene que rememorar, si entre los veinte y los veinticuatro años la mandó pa' Europa todos los veranos, pa' que no se viera con el Jacinto.

¿De dónde sacas eso?

Por las cartas que le escribía al Jacinto, de España, de Italia, de toítitos los países de las Europas.

¿Quién las tiene?

Después de la muerte del Jacinto, yo.

Me las traes mañana, ahora son de la Maquita.

Sí, bueno, se las traigo.

¿Y? ¿Eso era todo?

No espere, fue por lo de este verano, cuando usted no pudo aguantar más y la Maquita lo convenció y en vez de mandarla pa' Europa o pa' los Estados Unidos, le aguantó que viniera a Maspalomas.

Yo quería que me acompañara, no necesitó convencerme.

Perdóneme que le dude, pero pa' la cuestión sobre la que vamos a sincerarnos da lo mismo.

Dime.

El Jacinto llegó una noche a mi pieza, pa' contarme que estaba en amores serios con la Maquita, yo ya lo sabía desde hace tiempo, igual que usted me supongo. Pero se querían arrancar a la Argentina a casamentarse, pensaban que una vez pasados por la iglesia usted los iba a tener que aguantar no más. Yo le dije que viniera a sincerarse con usted primero, que las cosas hay que tratar de componerlas de un principio con la cabeza. La violencia solo pa'l final.

Ehh..., yo no sé de lo que me estás hablando...

Soy bruto, pero no huevón pus patrón, si al final lo sabía todo Maspalomas. Me dijo que se arrancarían de noche y lo iban a hacer de adeveras. ¿Sabe usted qué noche?

No tengo idea.

Don Ricardo pa' que nos sinceremos buenamente, tenemos que entrar con la verdad, que no soy tonto, usted lo sabe. Le voy a ayudar, fue la noche en que me mataron al Jacinto, cuando se venía p' acá a recogerla p' arrancarse.

¿Y eso? ¿Qué tiene que ver ahora?



En principio nada, pero yo me conjeturaba que la casualidad era mucha, que justo el día que se van a arrancar, les da por asaltar al Jacinto, y me lo matan.

¿Me acusas a mí? ¿Qué te has creído? Me cansaste. Estás realmente borracho o te volviste loco. Yo me voy a acostar.

Aguánteme un tantito más, que ya termino. Tres meses después de la muerte del Jacinto, hace cuatro más o menos; me pasaba las penas en el Tinto Navegao cuando entró borracho entero, toito borracho, el Florencio. Se sentó en la mesa y se puso a llorar, no había forma de pararlo, seguía, seguía y seguía. Que yo había sido muy bueno con él, que se iba a ganar el infierno, que había matado otras veces pero nunca a naide conocido, que lo habían obligado, que había perdido su campito y con lo que le pagaron lo pudo recuperar... Pa' qué le cuento más si usted lo sabe todo.

Te has vuelto loco, ¿qué te has creído viniendo a mi casa con acusaciones como esas? Ándate inmediatamente o te saco a patadas.

Cálmese patrón, no se me enoje. Cuando estuve seguro de lo que había pasado, por lo que me contó el Florencio, me calmé, le prometo que me calmé, como que lo entendí en parte, sólo en parte. Me pensé pa' dentro toitita su preocupación, usted sabía que un huaso le iba a robar a su hija de usted. Yo me sé que la Maquita es lo que usted más quiere en el mundo, mucho más que a las vacas y usted nos tiene dicho que si aguaitamos un ladrón de animales le corramos bala no más. Que con la justicia se entendía usted. ¿Cómo no iba a quererme matar al Jacinto? Por eso, me comí la pena solito, ni hablé, siempre lo supe y no le hablé, me pasé cuatro meses callandito, callandito.

Ándate de aquí, ándate inmediatamente, no quiero hablar más de este tema.

Patrón, si ese no es el tema por el que tenemos que sincerarnos. Se lo conté todo pa' que supiera que el Faustino lo sabe todo y que lo entiende a usted, que lo respeta a usted. Y que ya se le pasó la rabia, no la pena, la rabia ¿me capta usted? y viene pa' entenderse bienamente.

¿De qué quieres hablar entonces?

De nuestro nieto p'us patrón.

¿De qué huevá me estás hablando?

Usted lo sabe como yo, la Maquita está preñada de mi Jacinto.

¿Estás loco?

Ella me llamó pa' contarme que usted le iba a regalar al crío, pa' que lo criara una familia de plata y que ella no quería. El cabro es de los dos, si usted no lo quiere entonces pa' mí solo. Con la Raquel todavía lo podemos criar. Yo no le voy a aguantar que me lo regale.

Me perdió al Jacinto y no hice nada porque me forcé pa' encontrarle su lado y no peliar. Pero este crío no le ha hecho mal, ni yo tampoco y no me lo puede quitar. Es de los dos por igual, sí, es de los dos por igual.

¿Que te has creído? Venirme con exigencias a mí, huaso de mierda. No



hiciste nada cuando te maté al Jacinto porque siempre has sido un maricón. Nunca te vas a atrever contra alguien de mi familia, porque quieres seguir aquí; como siempre, vagando, sin hacer nada, dándote la buena vida. Todo por el cariño que te teníamos porque tu padre sirvió al mío, fiel y lealmente. Te vas mañana de Maspalomas, agarras a la Raquel y al resto de tus cabros y desapareces. No te quiero volver a ver más.

Piénselo bien y seguimos sincerándonos mañana.

Huaso huevón, primero tienes que aprender a hablar. Ándate ya o te saco a patadas. Ten absolutamente claro que el bastardo que el Jacinto le hizo a la Maquita, no lo vas a conocer. Lo voy a dar en adopción y si me sigues hueveando, lo mato también. ¿Entendiste? ¿Entendiste bien huaso conchatumadre?

Entendí don Ricardo, entendí bien le prometo, pero lo siento, de adeveras que lo siento, porque creo que esta importunición no me la va a perdonar nunca, es la más grande que yo haiga hecho y la primera que le hago queriendo. Mi nieto va vivir y es pa'mí, no pa' cualquier familia de plata, por mucho que usted lo diga.

¡Infeliz de mierda! Guarda esa pistola y sal de aquí. ¡Ahora mismo!

No, lo siento, pero no. Cagó no más don Ricardo, por nuestro nieto y por el Jacinto.

Luis Echavarrí Fontanet nació en Santiago en 1951. Es ingeniero comercial. En el Cuarto Concurso de FUCOA obtuvo dos distinciones: el Tercer Premio por «Importunición» y una Mención Honrosa por "Todo por tu culpa".



MENCIONES HONROSAS





ENGOL DE LOS CONFINES

Juan Gabriel Araya



I

“Mi nombre es Juan Epulef, señor, nací aquí, cerca de Angol y siempre fui amigo de la chileno. Yo la conocí la pueblo cuando estaba nuevito, pero ya estoy viejazo. Sólo vamos quedando la Olegario Ñanco y la Domingo Huircalaf. Nos estamos acabando... El pueblo era nuevito. Tenía unas tierras relindas, el trigo flameaba en primavera como las banderas tricolores que cargábamos cuando guainas peleando contra ese indio malo, que mentaban Quilapán.

A la Quilapán lo conocí cuando era «güñecito», cuándo iba a pensar que él iba a parlamentar algún día con esos señores de la pueblo grande que mandaba el mentado Cornelio Saavedra a comienzos de 1860. A mí no me gustó nunca porque era un diablo ladrón, por lo menos así decían los señores de las casas grandes.

Mis terrenitos quería cuidar y mantener para mis cuatro güñis y fui buen amigo de la chileno. Me enrolé, entonces, con mis amigos para defender todas las pueblas y las propiedades que eran de todos nosotros. Correteábamos por los cerros de Los Álamos porque está indio robando chiquillos, ganados, quemando casas. ¿Cómo quería que no peliáramos con ellos cuando era indio malo todos aquellos que mandaba Quilapán? Yo pelié en todas partes contra esos indios malos, aguardiente nunca faltó. Conocí a todos los jefes que mandaba la soldado y todos los caballeros me querían mucho. Fuimos más de siete u ocho veces hasta el otro lado del río pal lado de Tronura, de Los Alamos pal puelche y siempre correteábamos a los indios y traíamos mucha cautiva. A la cautiva la mandaban pal norte, pal lado de Pueblo Grande.

Tuve tantas correrías, señor, tú no sabes como pelié yo. Una vez la Quilapán me mandó decir que peliara al lado de él, pero le mandé recado que no porque él quitaba tierras. Tanto balazo por todas partes. A mí no la tocó nunca, señor. La indio tenía carabina también porque había muchos chilenos que se pasaban pal lado de ellos, pero nunca la tocó un balazo a mí. Una vez, entonces yo maté más de diez indios de esa ladrones. La señor jefe me regaló una chaqueta con botones de la soldado y no me la sacaba nunca, de hacerlo la soldado disparaba contra mía. No ve que soy indio...



Ya estoy viejazo, ricuerdo cuando la pueblo era asaltada por los bandidos y safan todos disparando a caballo por los bosques, por los hualles, quedaba la tendalá. Me gustaba la pelea. En esos años muchos partieron pal norte, a la pelea con unos cholos.

Siempre fui buen amigo de la chileno, pero tocó la mala suerte. La tocó la mala suerte, señor... Tenía nueve güeñis, pero murieron cinco y el último murió asesinado en un guillatún por un hombre grande que vendía aguardiente.

La tocó la mala suerte, señor, porque de tantos años que fui buen amigo de la Gobierno, me han ido quitando los terrenitos que tenía y los pocos centavos que me quedan tendré que gastarlos en papel sellado, que al fin no será más que papel, y quién sabe si no me servirá de nada...

Fui bueno, señor, pero por qué tengo que ir a los juzgados...

Y yo ando aquí con mi chamal en este caballito después de tantos años dando vueltas por aquí y por allá. Sin jugarretas, rivolviendo mi caballo de las lomas a la plaza. Todos los días. Ya no descanso y tengo pena y me gusta ricordar cuando peliábamos con la india alborotá. Los días eran más lindos; brillaban hasta los ojos cuando veíamos al mapuche caminando por el pueblo. Y ahora por estos lados sólo van quedando la Ñanco, la Huircalaf y algún otro diablo suelto por ahí. Con la Quilapán había harto indios y huincas tamién. Por todos lados se veían pasar. Ya se fueron. Y quién sabe si los bosques se irán tamién... señor, pero por qué tengo que ir a esos juzgados que no me gustan nadita».

II

Juan Epulef luce su medalla reluciente sobre su tosco poncho de lana cruda, mientras piensa que, tal vez, el juez al encandilarse con su brillo se conmueva ante su historia de indio de la frontera que peleó al lado de los chilenos en contra de sus propios hermanos y pronuncie, por fin, la sentencia que le permitirá vivir con tranquilidad en su humilde reducto. Tantas cosas que quería decirle al juez, sin embargo sus labios se obstinan en permanecer cerrados; sólo el saludo y alguna que otra palabra indicadora de su situación brotan, desordenadamente, hacia el exterior en inútil esfuerzo por llegar al pesado escritorio.

El gris recinto del juzgado de indios, ese secretario con anteojos severos, esos marcos dorados de la pared encerrando figuras mostachudas ligeramente conocidas por él y esos ceniceros atestados de colillas nauseabundas, definitivamente terminan por abrumarlo y por tragarse, ya sin voluntad ni energía, sus propias y últimas voces del reclamo que presenta. Cómo explicarle a ese denominado «protector de indios» que ellos no comprendían todo ese mundo de papeles creado por los forasteros, que los mapuches, apenas si hablaban el castellano, y que el valor de los objetos era fijado nada más que por el trueque,



de acuerdo con las necesidades que señalaba la naturaleza. ¡Y era tan difícil comprender el valor de la moneda como instrumento de cambio! ¡Carajo!, si la validez y el valor de las deudas la certificaban con su palabra testigos falsos del acreedor, y él ya ni se acordaba a quién diablos le había aceptado en pago ese maldito aguardiente, pero ahí estaba, ahí mismo, en la superficie de esa mesa oscura, el dichoso papel que lo decía.

«Se confiesa recibido del precio estipulado, sirviendo este documento de suficiente garantía de pago. El señor abogado, cerciorado de que el cacique vendedor (Juan Epulef a Rafael Anguita) procede en este acto con libre y espontánea voluntad, declara legal dicho acto. Ahora bien, de acuerdo a la práctica habitual, por no saber firmar se dará crédito a la palabra del testigo, pues la reglamentación de la Frontera establece que la validez de las deudas la otorgan testigos del acreedor...»

Del modo como lo planteaba el señor secretario era la situación en aquella oficina de Angol (los viejos mapuches lo habían llamado Engol). Por esa razón era que ese señor juez no lo miraba, casi no le hablaba y le molestaba su presencia. En la pobre cabeza de Epulef, apretada con un vistoso trarilonco, flotaba una sola pregunta ¿Cuándo se había realizado ese negocio? Ya no tenía ni siquiera memoria, sólo recordaba que una vez muchos años atrás un «huinca» había bebido con él, total qué importaba echarse unos tragos acompañado de alguien que había sido su antiguo compañero de armas en las peleas contra el famoso Quilapán.

Miraba inquieto al señor juez. Nada de lo que había traído preparado le había podido decir. Allá fuera el tinterillo esperaba la ovejita de pago por sus servicios. Por fin, el caballero juez, se dignó mirarlo, ojeándolo de arriba hacia abajo:

«¡Así que tú eres Epulef! Muy bien».

Y a partir de ese momento se produjo un silencio carraspeado que después de tantos años aún se mantiene en el aire sureño de este lado del mundo. Juan Epulef esperaba la sentencia, la palabra sabia que pondría fin a sus traqueteos y a su intranquilidad de indio pobre. No había duda que ya era bueno que se pusiera término a su torpe y legítimo alegato. Por su parte, el secretario del Juzgado permanecía atento al silencio, a la palabra, al gesto mínimo.

La tierra ya había dejado de girar para Epulef cuando surgió, entonces, la solución. El problema se resolvía en el contenido de la palabra del juez, quien mirando hacia la ventana, pronunciaba, gentilmente, la docta sentencia que le daba salida jurídica a ese viejo problema de tierras que Epulef, año a año, planteaba en su importante Juzgado de Indios. Después de darle varias vueltas al asunto, el señor juez concluía sus reflexiones con una sensata y cuerda decisión:

«Epulef, tú vendiste tus terrenos al trueque. Como a ti te gustan el aguardiente y el vino, al respecto hiciste una transacción comercial con Anguita.



De acuerdo con el compromiso, por tu herencia de tierras él te entregó según precio estipulado en especies doscientos litros de aguardiente, sin embargo, según declaración de testigo te descontó la cantidad bebida la misma noche en que se realizó el negocio. Ahora bien, para poner fin a esta infinita historia que ya me aburre mucho, resuelvo que las quinientas hectáreas que recibiste a la muerte del cacique Jacinto Epulef, pasen definitivamente en forma legal a poder de Rafael Anguita, tu antiguo amigo. A cambio de ello, y en beneficio tuyo, el señor comprador como pago final de la deuda contraída contigo, te cancelará de una vez por todas, y como la justicia en este instante lo determina, la cantidad de aguardiente que se tomaron la noche en que hicieron el negocio, aproximadamente unos cinco litros...

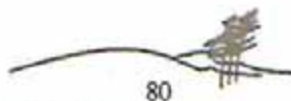
Puedes retirarte».

Y Juan Epulef, ya sin testigo, abandonó el juzgado, retirándose a su choza a orillas del río Picoiquén para pensar en la inutilidad de la guerra que, a las órdenes de otros, había sostenido contra Quilapán, quien, en verdad, no le había quitado las tierras a nadie, pues sólo se había «ganado» apenas un pedacito de terreno en el cementerio mapuche del pueblo, cuando fue vencido, definitivamente, por los «huincas» y por los numerosos «tinterillos» que llegaron a «pacificar» la Araucanía.

Allá en ese pedacito de tierra a Epulef lo esperaba Quilapán. Ambos, con sus huesos hundidos en las profundidades de las fronteras reales, quedaban, sin embargo, hermanados para siempre, olvidados de sus antiguas reyertas, pero no del dolor de haber sido despojados de la tierra que sin su presencia, era como si los árboles que la cubrían dejaran, también de existir.

En el mismo cementerio al cual llegó Quilapán buscando su perdida tierra, la gran tierra, la infinita, también llegaba Epulef.

Juan Gabriel Araya nació en Iquique en 1937. Es profesor del Depto. de Artes y Letras de la Facultad de Educación y Humanidades de la Universidad del Biobío, campus Chillán, Su obra literaria incluye una labor como novelista, cuentista, ensayista y poeta. Entre sus obras se cuentan las novelas «1891: Entre el fulgor y la agonía» y «Tragar saliva». Obtuvo Primer Premio en el concurso nacional de novela convocado por la Cámara Chilena del Libro en 1989. También, la Municipalidad de Chillán le ha concedido el Premio Municipal de Arte (1991) y el Premio Concurso Regional de Cuento (1993).



GANAR LA MANO

Óscar Buitano Wahl



Te mandé llamar, Aristeo, porque Terenciano vino a decirme que iba a matarte. Así lo dijo ayer, tan claro como lo oyes, antes de partir con la arrea de animales que encargué llevar a Los Llanos. Te lo digo porque quiero prevenirte.

Aristeo escuchó con atención, moviendo los hombros de un lado a otro como si quisiera evitar oír lo que estaba oyendo.

¿Por qué tendría que matarme aclaró quebrándosele la voz. Nunca he tenido ningún entrevero con él.

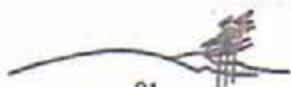
No lo sé dijo el hombre rollizo y colorado mientras afirmaba sus manos sobre la baranda del largo corredor de la casa patronal. Eso es asunto entre tú y Terenciano. Hay algo entre ustedes que desconozco. Lo que debes hacer —agregó— es quitártelo de encima y ganarle la mano. Después de todo es tu vida.

Sin esperar lo que Aristeo podía decir, se movió desde su lugar.

No te vayas todavía dijo. Luego se metió a la casa por una puerta lateral. Después de un momento apareció con una carabina recortada y una caja de balas.

Este choco es mi mejor arma y solucionará tu problema si tienes agallas. Como acabo de decirte, Aristeo, Terenciano partió a las vegas que tengo en Los Llanos y volverá al amanecer, según lo convinimos. A cada uno la vida le da oportunidades ¡Mira como he progresado! ¡Quién pudiera decirlo! Así que no lo pienses mucho, aconsejó, entrando finalmente en la casa de altas ventanas que había construido su abuelo, uno de los catorce ex-convictos que trajo desde Alemania, haciéndolos pasar por colonos, el impredecible barón Otto Kunn.

Medio aturdido y confuso por tanta palabra salida a borbotones de la boca del viejo Hebert Riesmaier, Aristeo tomó el saco con el arma y puso las balas en uno de los bolsillos del pantalón. Bajó por la escalera del corredor y tomó el camino de regreso. Hasta ahora, su voluntad había cedido y lo que llevaba bajo la manta comenzó a inquietarlo. Debía acabar con la vida de un hombre y esto no le gustó. Los perros no ladraron cuando Aristeo Cancino abrió la tranca; dejó el saco y las balas en la cocina de fogón y entró a su casa. Afuera, en el pueblo, asentado en las tierras de Chauracaví, habían comenzado a encender los faroles



a kerosene. Una tenue luz mortecina envolvía las casas y galpones de techo de alerce.

—¿Para qué mandó buscarte el patrón? —preguntó Sabina mirando asustada la cara que traía su marido.

—Quiere que roce dos cuadras de renovales allá en la loma del laurel respondió. También dijo que debía cuidarme de Tereciano: ha dicho que va a ultimarme; algo así ha dicho.

—¡Virgen Santa! exclamó ¿Por qué diablos diría eso?

—No lo sé todavía.

—Creo que uno de los dos miente: el patrón o su hombre de confianza— señaló Sabina—. Lo que sabemos, Aristeo, es que Riesmaier es un pillo al que se le debe temer. Nadie ha podido olvidar cuando hace un año —continuó diciendo— lo vimos cabalgar al frente de 150 jinetes y entrar al pueblo por diferentes calles, armados de revólveres y rifles, llevando por delante al Juez Letrado Zenón Carrillo, al Promotor Fiscal Eudomilio Meza, después de que asaltaron el Cuartel de Policía, para embarcarlos por el río, llevarlos a Trumag porque no les gustó cómo se ventilaban los juicios y los delitos que aquí se cometían.

Durante la primera parte de la noche, después de examinar cada uno de los hechos, Aristeo Cancino había tomado muy a pesar la decisión y se levantó, sin hacer ruido, para no despertar a Sabina. Debía moverse con prontitud. Cuando salió afuera, la luna estaba brillando y pudo hallar fácilmente el camino. Los perros se le acercaron desconfiados y cautelosos. Al andar topaban con sus hocicos la punta del caño de la carabina que llevaba en el saco bajo la manta. Luego dejaron de seguirlo. Avanzó hasta la última corrida de casas, cruzó el puente del angosto río, el mismo puente que los amotinados habían desarmado y reconstruido durante los disturbios.

«Llegaré a tiempo —se dijo— si alargo el tranco. La distancia desde donde estoy no es mucha». Un buen rato mantuvo el ritmo sin disminuir la marcha. Con su ojo de baqueano se dio cuenta de que la claridad había crecido. Con cuidado pisaba sobre las piedras de bolones de la estrecha faja. Por fin, a corta distancia, percibió la hondonada y el planchado que buscaba, cubierto por gruesos tablonés de coigüe, por donde tendría que pasar Terenciano Ruminot, el fiel campañista del patrón. La luz rodeaba apenas el contorno de arbustos y plantas. Buscó el sitio adecuado, detrás del montículo, desde donde se podía avistar mejor. Apoyó el arma en el pretil de la piedra y aguardó. Breves instantes estuvo allí agazapado y tenso. De súbito, los sonidos se multiplicaron; venían desde el planchado. Respiró hondo. Con claridad oyó el retumbar de los cascos sobre los tablonés cubiertos por una leve neblina. Contuvo la respiración. El jinete era Terenciano y entró en tierra firme. Aristeo calculó la distancia, afirmó el arma y disparó.



El hombre tambaleó y cayó al suelo. Una bandada de tregles levantó el vuelo atronando el espacio. El caballo arrancó asustado por el fognazo. Pasaron breves segundos. Aristeo quedó inmóvil. Terenciano se quejó y con una mano buscó desesperadamente el cuchillo bajo la manta; pero el dolor en el pecho y la herida lo impidieron. Con esfuerzo logró acercarse. Aristeo vio aterrorizado fluir la sangre por el agujero y comprendió que al hombre se le iba la vida.

Lo llamó Terenciano:

—¡Ven! —dijo—, quiero saber quién puta eres.

—Soy Aristeo— respondió con voz angustiada. Tu patrón me dijo que ibas a matarme. Yo sólo te gané la mano.

—Agáchate y ojalá puedas oírme lo que voy a decirte— respondió Terenciano—. Si maté a tu hermano, fue por encargo de Riesmaier para adueñarse de las tierras que tenía. ¡Créeme hombre! Has caído en la trampa. ¡Debes creermelo! Nunca pensé en balearte. Él mandó silenciar a quien cumplía sus malditas órdenes de despojo y muerte.

Hubo un silencio alterado sólo por el esfuerzo que hacía el herido por hablar. Hizo un ademán con los brazos y agregó:

—Si lo dejas vivir— sentenció— serás hombre muerto, Aristeo. Aún tienes tiempo. La carabina que te prestó llévala de nuevo. Aquí en el bolsillo de mi chaqueta tengo la llave de la bodega. Él estará allí dándole de comer a sus conejos. ¡Adelántate y espéralo allí!

El moribundo hizo una pausa y continuó:

Lleva mi cuchillo. Deja el arma en el cajón que está detrás de la puerta. Debes hacerlo, Aristeo, es tu vida!

Fue lo último que alcanzó a decir el herido antes de expirar. Sin pensar, Aristeo se alejó del lugar y avanzó hacia la casa patronal por un sendero que acortaba la distancia. Llegó a tiempo. Las primeras luces le permitieron desplazarse sin tropiezos. Nadie de los habitantes de la casa se había levantado. Sin vacilar, se dirigió al galpón, buscó el portón que tenía una sola tranca, la levantó y entró. Una semipenumbra había allí adentro. Sacó la llave, abrió la puerta que daba acceso a los conejos. Al lado derecho vio el cajón, dejó la carabina y las balas que portaba y esperó en el pasillo donde estaban las jaulas. La espera fue corta, pues pronto Riesmaier apareció para cumplir lo que hacía todas las mañanas.

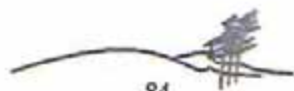
Avanzó confiado por estrecho pasillo con el balde con alimentos. Sus ojos no se fijaron en la hoja del cuchillo que enarbolaba sorpresivamente Aristeo. El puñal se hundió en el centro del pecho del hombre gordo. Un sonido sordo como un estertor salió de la boca del herido que veía, por última vez, la escasa luz que se filtraba por la pequeña ventana sobre la jaula de los conejos. Aristeo se



deshizo del puñal de Terenciano y sigilosamente salió por la puerta de atrás.

Asustado y temblando, Aristeo Cancino llegó a su casa. Los perros lo recibieron cariñosos. Abrió la puerta y se dirigió al dormitorio. Sabina y los niños dormían y no sintieron llegar. Allá en el pueblo los faroles a kerosene aún no habían sido apagados.

Oscar Buitano Wahl nació en 1925 en Osorno, Décima Región, donde reside. Es periodista. Otro de sus cuentos, el titulado "Colonos", fue incluido en la antología correspondiente al tercer Concurso de FUCOA.



EL MUCHACHO

Voltaire Catalán Jiménez



Es que de un balazo murió el muchacho, y jué nada más que con este revólver, compadre. Por eso, pa no tener que desgraciarme más, decidí regalárselo a usted, porque el sólo recuerdo de cómo murió el muchacho me estremece el alma y me revuelve la sangre.

Sin embargo, pa no dejarlo con la espina atragantá en el pescuezo, mejor le cuento lo que pasó, ya que veo en su cara, en sus ojos y hasta en sus bigotes el susto, la preocupación y también la tristeza.

¿De que yo quería mucho el arma? Es cierto, pero más quería al muchacho.

No, compadre, no iré a dar cuenta a los pacos, no lo creo necesario, permítame decírselo a usted y después veremos.

Si parece cuento, no obstante, toda la historia principió cuando en una amanecida me embarqué en mi chalupita, esa de color verde nilo, para ir a la pesca al fondo del estero, allá donde el coigüe y los quilantales se caen de cabeza al agua. Cerquita de donde hicimos el asado pa un dieciocho y usted se curó como yegua, tirándose después en pelotas al agua viéndonos harto apurados pa sacarlo de las mechas y no se ahogara. Tendría que fallarle mucho la memoria pa no acordarse.

Me fui rumbiando por la orilla, rémale y rémale. No aclaraba del todo y había esa bruma como de leche, la que daba gusto de vivir y hasta de cantar, a pesar de que soy re desabrío. El estero era un estanque por lo tranquilo, interrumpido a veces por un quetro alaraquiento correteando sobre el agua, como equilibrándose para no caerse pa uno u otro lado.

Así me iba cantando solo y lejano, colgado de ese amanecer, barajando sueños y esperanzas; en tanto allá en la rancho de mi campito, mi vieja y mi chicoco, Belarmino, por más señas, su ahijado, dormían todavía, engüeltos en ponchos y frazadas de lana cruda.

En un rincón del estero tiré el fierro que quebró el cristal azul.

Al lado mío, los líquenes y el quilantal con los helechos gigantescos, tratando de beberse el agua del canal, y para arriba los coigües, el ciprezal y la cabeza negra y pelá de los cerros fantasmales, que ya comenzaban a mirarse en el espejo limpito del estero, y escondida, se dejaba oír la sinfonía mañanera de todos los pájaros que pueblan la selva umbría.

Pa estribor y pa babor eché los anzuelos. Como alegando y retorciéndose



subían agarrados de la jeta, los róbalos y una que otra cabrilla, chiconas, pero, servían igual.

De repente me acordé, y ese recuerdo llegó acompañado de un viento frío que se me coló hasta el lugar en donde duelen los que se han ido.

El revólver rememoré; el revólver que siempre manejo fondeado en un baúl y que sólo saco en las noches pa dejarlo bajo la almohá, por siaca. Usted sabe, a veces el cuatrero se lleva un oveja, y otras, arrean con una vaca y pa eso conviene estar prevenido. Ahora se me había quedado olvidao allí cuando me levanté, y mi cabro chico, que es medio intrusón capaz que lo encuentre, pensé. Su ahijado, pus compadre, que agora ya tiene ocho años. Acuértese que cuando los cumplió usted le regaló el caballito peludo ese, y que él quiere re mucho.

Lo viera usted al pergenio como corretea por las lomas montado en el potrillo, si parecen uno solo. Yo lo comparaba a esos centauros que dibujan en las revistas. Faltaba poco pa que durmieran juntos.

¿Que de qué laya me hice del revólver?

Fue hace años, cuando sólo era un chiquillo y me jui a tallar pa la Patagonia. Allá anduve pa toos lados, hasta que mis chancletas me llevaron a las Estancias. Trabajé aperrao, con nieve y sin ella, también.

Me las machuqué harto en la infinita pampa, entre soledad, mates y viento, compadre.

Una de las tantas noches bajamos al pueblo a tirar algunas canas. Entramos a un cuchitril de luz mortecina, jorobados de agua y de frío.

Bebíamos, acodados en una mesa manchada de años y borracheras, cansados, friolentos y vociferantes, un vino camorrero. Afuera estaba como queriendo clarear cuando entró un hombre moreno de anchos y negros bigotes, de espaldas descomunales y sobrado de coraje; vistiendo como el gauchaje o los arrieros que trajinan esos caminos. No dice nada, pero avanza hacia el mesón esparramando jetones pa los laos. Esa noche conocí al mentao Aureliano Olea, por más señas, el Choro Olea, conocido en todos los confines de la Patagonia hasta el Golfo de Penas, por eso, por choro, güeno pal garabato, el cuchillo y los puñetes; odiado y admirado, más odiado que admirado.

Nos miró a toos de arriba abajo con desprecio, empinándose una botella de vino áspero y amargo. Hasta yo traté de hacerme más chico detrás de la mesa; era difícil resistir su mirada retaora y brava como el vino que bebía.

Un chilote, curao, de pómulos altos questaba cerca mío y fondiao detrás de un lote de miedosos, sacó un revólver no sé de dónde y disparó contra el arriero famoso. Después del estampido que sonó como cañonazo, el Choro Olea dio unos cuantos pasos como de baile. El vino áspero y amargo le corrió por el cogote hasta los tobillos; después el Choro se fue enterito y barrió el suelo con sus bigotes negros y anchos.

El puterío se agarró a gritos. Unos pitazos por la calle miserable —¡Los pacos!— dijeron, y el de pómulos aindiados tiró el revólver por una ventana de vidrios rotos pa juera. Yo hubiera querido estar bien lejos y por eso me fui



raspando el espinazo por la muralla, pa la misma ventana por donde se había ido volando el arma. Salí justo cuando entraban las pistolas y los palos con los pacos detrás.

En la calle me encontré con el revólver. Lo agarré y me las endilgué pa los potrereros con el trabuco entre las costillas y el sobaco, engüelto en la manta de castilla.

Después, cuando volví pa estos lares, él se vino conmigo, y por años ha sido el guardián, la seguridad de la rancha y too lo que tengo.

De ese revólver me acordé cuando pescaba al fondo del estero; del peligro que representaba al quedarse olvidado bajo la almohá. Así que no lo pensé dos veces y eché los anzuelos toos enredaos, por el apuro, al bote y también el ancla, la que no terminaba nunca de subir pa poder irme luego pa la casa.

Uno, me creo yo, tiene un doble sentido y por ello calculaba lo que podría haber pasado en mi ausencia. El chicoco se ha levantado y como es su costumbre anda vagabundeando por los rincones, ya sea persiguiendo gallinas, sacándole y quebrando sus güeos, hojeando y rayando libros y haciendo too lo que hace un niño chico. De repente levanta la almohá de mi cama y encuentra el arma; pesada, negra y brillante como espinazo de tiburón.

Seguramente se ha sentado a contemplarla en el suelo. Mete sus deditos y sus ojos por la inquietante herramienta. Por la pucha, compadre, hubiera visto la de películas que pasaban por esta cabecita, usted ni se imagina.

La transpiración me corría a chorros remando, pues ya me parecía ver al Belarmino tirado en el suelo con un hoyo de este porte en la cabeza o en el pecho, igual al hoyo que le hicieron en la guata al Choro Olea en ese cuchitril de vino camorrero, allá al sur de la memoria.

El sol iba subiendo de a poco, como reptando, encaramándose por los picachos de los cerros y ya empezaba a lamerme el espinazo. Yo remaba desesperado, como queriendo comerme too el estero; secarlo de alguna laya pa llegar pronto, porque, pa qué quería yo la vida sin mi chicoco o sin mi vieja?

Pensé también que en esta vida no somos nada cuando la fatalidad golpea nuestra puerta. Hasta los más fuertes se tornan débiles e indefensos en tales circunstancias y comprendemos, entonces, cuánto es el amor que sentimos realmente por los seres que nos rodean; lo que vale su cariño y lo poco que lo valoramos, ahí, en ese momento, descubrimos que somos capaces de darlo todo por mirarlos un instante, acariciarlos como debíamos, acariciarlos siempre y decirles eso que no les decimos jamás y que ellos necesitan oír tanto, por la miéchica.

El pequeño estero ahora me parecía un océano entero, y los montes espectrales con su selva de troncos podríós me aplastaban con su majestad y me hacían más chico y más basura.

Todo lo bello del amanecer me parecía sin sentido y era, en ese instante, como un obstáculo que me impedía llegar con celeridad. El estero continuaba alargándose, el sudor me llegaba hasta donde le dije, compadre, y los brazos como nudos amarrados al remo.

Una sola bala destrozaría al niño en caso de escaparse un tiro. Maldecía



el olvido de guardarla.

Me acordaba, compadre, de la risa, de su vocecita y de sus lindos ojos pardos; de su mano pequeñita perdida entre las mías y su carita junto a mi cara. Y el revólver, el infame revólver riendo bajo la almohá con sus seis dientes de plomo, esperando, esperando a mi hijo, a su ahijado, compadre.

Tocaba la playa donde comienza mi campito, cuando lo escuché. Todavía siento el estampido en mis orejas, en el pecho y en el alma.

Ni siquiera me di tiempo pa amarrar el bote cuando me eché a tierra, corri con las lágrimas saltándose por las narices. Cuando divisé mi casita detrás de la huerta vi también a mi vieja que corría a mi encuentro con el chal al viento y a pata pelá por el sembrao, venía llorando a mares.

Palabra, compadre, quise desmayarme ahí mismo, mi corazonada era real. De una atropellada por los papales llegué a su lado con corazón saliéndose por la boca.

—¡Al niño— ¡dijo! ¡Se le salió un tiro del revólver! Y las lágrimas se arrastraban hasta sus tetas que subían y bajaban tratando de acaparar too el aire mañanero.

Yo, enloqueció no la dejé continuar y empujé a mi pobre vieja que cayó entre los surcos y me fui pa la rancha gritando: ¡Yo tengo la culpa, yo tengo toda la culpa!

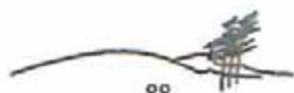
Ella se fue en pos mío trompezándose en las melgas con un batir de polleras y trapos, mientras me iba diciendo entre sollozos:

—El Belarmino estaba en la puerta jugando con esa porquería que trajiste de Punta Arenas, y el tiro que se le salió mató al Muchacho— terminó gritándome en la nuca.

Caf de rodillas, no lo niego, compadre, porque el día volvió a ser lindo pa vivirlo y cantarlo. Me levanté y me fui riendo y llorando pa la casa pa abrazarme a mi chiquillo, porque (se me había olvidado decirle) Muchacho es el nombre que le pusimos al caballito peludo que usted le regaló a su ahijao pa cuando cumplió sus ocho años.

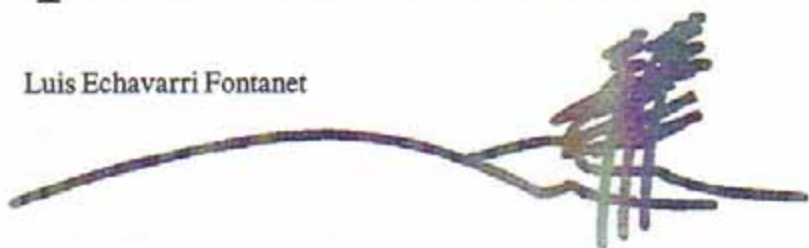
Disculpe compadre.

Voltaire Catalán Jiménez nació en Mulchén en 1939. Ingresó a la Armada a los 15 años y fue tripulante de La Esmeralda durante tres cruceros a través del mundo. Después de retirarse, ha sido capitán de un barco velero en la zona sur y administrador de una quinta en Calbuco, donde reside actualmente. Ha obtenido varias distinciones literarias, entre ellas el Primer Premio en el 5º Concurso "Cuentos en Movimiento", en Santiago. Es presidente de la Agrupación Cultural de Calbuco.



TODO POR TU CULPA

Luis Echavarrí Fontanet

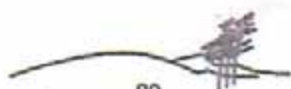


¡Idiota! Preocúpate de la niña y corre, ¿o estás tan curao que no podís ni moverte? ¿Qué quieres? ¿Qué? ¿Qué es lo que está pasando? Borracho, poco hombre, mujercita, maricón, si cumplieras no estaríamos aquí. Agarra bien a la niña que se te va a caer. Mira por donde vai, mira pa'lante que te está metiendo en la zarzamora. ¿Viste? Te quedaste enredado, pásame a la niña, con cuidado, huevón, ten cuidado que la está desarmando. Pásame el chal pa'arroparla, que encima se nos va a resfriar. ¿Todavía no sabís lo que pasa, todavía no te dai cuenta, mata de arrayán? Qué te vai a dar cuenta, si llegaste como animal de borracho. Que llegaste, es un decir no más, porque si no es por el Lucho que estaba un tantito mejor, no hubierai podido volver. Mejor hubiera sido que te hubierai quedado donde la Priscila o en el bar de donde fue la tomatera, mala clase, degenerado. ¿Qué tiene que ver el Lucho? Ese huevón es soltero y si se quiere gastar toda su plata en trago es problema de'l, él sólo se va a cagar no más, no como tú que tenís señora y una hija.

Que no la hice yo sola ¿me entendís huevón? ¿me entendís? Aunque hayái tomado lo mismo que el Lucho él estaba mucho menos curao que tú, fue él el que te trajo, si no hubiera sido por él no hubierai llegado. Apúrate, camina, tira por esa huella pa'la loma grande, corre que nos va a alcanzar, se siente cada vez más cerca. Lo que pasa es que tenís la sopaipilla pasá de tanto trago, si te lo dijo el doctor. Ya no asimilái, me entendís, no asimilái o lo que eso quiera decir. Con mucho menos trago que antes, te quedái mirando fijo, con los ojos perdidos como espantapájaros.

Tenemos que pasar el río, si llegamos al río tal vez podamos salvarnos. La culpa es tuya, si no me hubiera demorado tanto en levantarte, ya estaríamos fuera de peligro. Te debiera haber dejado en la ranca no más... ¿Que no le diga ranca? ¿Qué te hai creído que es entonces, un palacio? Huevón, más que huevón. Vai a ver que no va a quedar nada. Te apuesto a que si nos salvamos y podemos volver, no va a quedar ni un solo palo parado, ni uno solo. ¿Los animales? ¿Ahora te preocupái de los animales, pa'quince gallinas, un par de chanchos y una vaca que tenemos?

¿Tú creís que los vamos a encontrar? Está loco, al primero de los

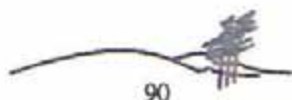


chancacazos se pusieron a alaraquear tanto que no se entendía nada y eso que yo creo que sabían algo, porque anduvieron nerviosos toda la tarde. Lleva tú la niña un rato que estoy desrengá, pero con cuidado que no es un fardo de paja y que no se te desarrope, tarado, imbécil. Las gallinas se subieron al canelo. ¿Que no me creís?

Al canelo se subieron, te lo estoy diciendo. ¿Que no lo habíai visto nunca? Y acaso ¿habíai visto un chancacazo como el primero que nos mamamos? Dicen que había pasado antes, pero yo no conocí ni uno. Los chanchos saltaron la cerca junto con la vaca y arrancaron p'al bajo. Tampoco me vai a creer que saltaron la cerca y arrancaron pal bajo, en el bajo seguro que van a sonar, en el bajo los va a pillar. O sea que olvídate de tus animales, no van a quedar, estoy segura. Qué querís, si desde que nos casamos hai hecho puras huevás. Pero apúrate que si no hoy día mismo se te va a terminar el tiempo p'hacer idioteces; y cuidado con la niña, mira el camino que te vai a volver a enzarzar y esta vez te dejo botado, aunque tenga que cargar con la niña yo sola. ¿Todavía no entendís qué esta pasando? ¿Quién te manda a construir allí la rancho pa'nuestra casa? Que es una rancho y no otra cosa, o sea que cállate y no aleguís más y avanza que otra vez te estái quedando atrás. Si está tan borracho el pobre que no sé cómo logra moverse. Qué pobre ni qué pobre, imbécil que es el desgraciado, todo el mundo le ha dicho que deje el trago y él dice que no puede parar. Pa'pasar el frío, pa'pasar las penas, por la falta de plata, por todas las cuestiones que se le ocurran, tiene que tomar pa'llegar siempre curao, mal genio y con la caña. Pero si nos salvamos de ésta, juro por mis muertos que éste no toma más y si toma duerme afuera aunque se cague de frío. Tenía que hacerla justo en la mitad de la quebrada, donde todo el mundo le dijo que era peligroso. Pero no, él no, él sabía más que los demás. Él sabía que no iba a pasar nada, ¡cómo iba a ser tanta la mala suerte! y de porfiado la hizo ahí no más. ¿Querís saber lo que está pasando? Que nos jodimos, por tú culpa nos jodimos y vamos a perderlo todo, la casa, los animales, todo. El susto que me pegué después del primer chancacazo fue impresionante. Me desperté y no podía recomponerme pa'saber lo que estaba pasando, todo saltaba, todo se movía, la niña lloraba y tú, imbécil, roncando la borrachera. Muévete ahora que si no, no vamos a llegar a ninguna parte, apúrate.

M'hijita venga con su mamá, que este gallo la lleva como si fuera una chuica de litriado; infeliz. Después del tercer remezón entendí lo que pasaba.

Llevaba tiempo enojado el desgraciado, como tres meses echando lenguas coloradas y con la cabeza llena de nubes, pero nadie pensó que podía pegarse unas sacudidas como las que se mandó. El sustito que me dio, mamita linda qué susto y no paró de moverse como por diez minutos. Él, el perla, por mientras dormía, ¡qué se iba a despertar! La niña llorando, la casa cayéndose entera, por dentro y por fuera y tú desgraciado durmiendo. Después el cielo,



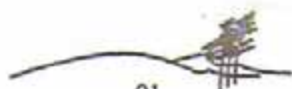
todo iluminado, todo rojo parecía que ardía, que las nubes eran llamas, pero todo clarito, clarito, como si fuera de mañana.

Yo venga a darte patadas y tú sin enterarte, borracho desgraciado, maricón, te grité, te tiré el agua todavía caliente de la tetera y ni te moviste, se te puso la cara rosada pero seguiste durmiendo. Y se oscureció, después del cielo rojo la noche se oscureció, no se veía nada. Fue junto a un tremendo ruido que se oscureció. Ahí te despertaste pa' empezar a preguntar. No llore m'hijita, tranquila que no pasa nada, ¿tiene frío? ¿está asustadita? No se preocupe que todo va a pasar. Huaso de mierda, apúrate que otra vez te estái quedando atrás. ¿Cómo es posible que yo con una guagua en brazos pueda andar más fuerte que tú? En poco tiempo toda la oscuridad se cayó pa'l suelo y lo dejó con un palmo de cenizas tibias y volvió a aparecer la noche de luz. En ese momento lo vi, en ese momento me dí cuenta de lo que pasaba.

Miré pa'l volcán y vi cómo caían lenguas rojas ardiendo, y cómo se derretía la nieve juntándose con la lava y el barro pa' formar un tremendo río café rojizo. Vi cómo avanzaba pa' la quebrada en donde construiste nuestra casa, imbécil, recontraimbécil. Y llegó. Y te dije que había que arrancar, te puse los zapatos, agarré a la niña y partí. Te tuve que ir a buscar dos veces porque te quedabai atrás de puro borracho. ¿Estái entendiendo ahora que vai más despierto? Calma m'hijita, calma, que ya va a pasar. Tremendo ruido, está cada vez más cerca, te apuesto que por tu culpa nos va a pillar la correntá. Corre, tratemos de subir ese cerro.

Tirémosno a lo derecho por la cortá. No, ya no alcanzamos, se siente muy cerca, mira p'allá, por allá viene, mira cómo se caen los árboles, a los más chicos los está tragando a todos. No podemos escapar, ahí hay un coigüe enorme, seguro que ese aguanta, me voy a subir, ayúdame, ten la guagua, repújame fuerte. Ahora pásame a la niña y súbete tú también. Apúrate que ya viene, la veo ahí, haz fuerza curao de mierda que te vai a morir, aprieta y tira pa' subir que ya viene, que está aquí, que te va agarrar. ¡Nooo! Manuel no te vayái, afirmate, quédate, afirmate, ¡Manuelitoooo!

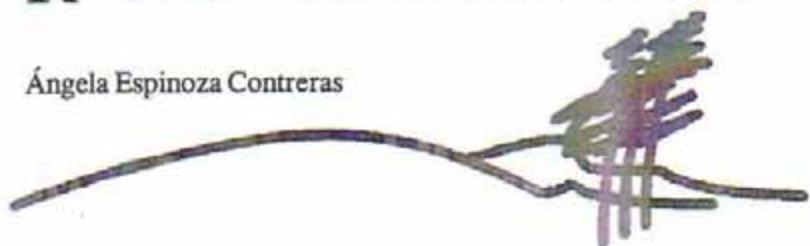
Luis Echavarri Fontanet nació en Santiago en 1951. Es ingeniero comercial. En el Cuarto Concurso de FUCOA obtuvo dos distinciones: el Tercer Premio por "Importunición" y una Mención Honrosa por "Todo por tu culpa".





RECORDAR PARA VIVIR

Ángela Espinoza Contreras



Me quede ahí, detrás del manzano, mientras ese malvado mataba a mi padre. Quería gritar para que se fuera, pero no me atrevía. Estaba helado, me tiritaban las piernas y sudaba. Caí y lo olvidé todo. *Mis ojos se nublaron y un aire caliente inundó mi cuerpo. Al otro día me di cuenta que había sido un desmayo.*

Desperté de pronto y me senté en la cama. Muchos ojos me miraban, en especial, los de mi abuela. Verdes, que se notaban a kilómetros de distancia. Había venido el hermano de la vecina, que era doctor en el pueblo, y también me miraban mis primos, mis tíos, todos lo hacían y yo... Yo no podía hablar. No recordaba lo que había sucedido y tiritaba como que estaba asustado. Fue entonces cuando la abuela dijo que yo lo había matado. Estaba nervioso, ya que no recordaba, no sabía lo que había pasado en realidad.

Cuando se cansaron de mirarme, me levanté y salí de la casa a ver a mi vaca. No le había puesto nombre, porque era nuevita, pero no me importaba en ese momento. Bajé y llegué al río. Me senté en la orilla dejando mis pies en el agua y traté de recordar lo que había pasado, pero no podía. Lloré. Estaba exaltado y no podía gritar. Me tiré al agua y traté de ahogarme. Pero el hombre de la parcela de enfrente me vio y me sacó. Cuando me llevó a mi fundo, mi abuela pescó un palo y me dio fuerte en el traste y me trancó la puerta para que no saliera.

No podía hablar y ese encierro me estaba matando, así que me puse a escribir en unos cuadernos que usaba para ir a la escuela, que quedaba como a ocho kilómetros del fundo. No me mandaron más, porque el doctor dijo que yo estaba loco, o algo así.

Terminé por aceptar que había matado al ser que más amaba en este mundo. Lo que no entendía para nada y tampoco entendía por qué yo no recordaba. Aún así, algo desde mi interior, me decía que yo no lo había hecho.

Me llevaron a la ciudad y me internaron como un loco. Yo no podía hacer nada, ni siquiera hablar. Sólo me permitieron llevar mi cuaderno y un lápiz.

La primera noche soñé algo raro. Veía los ojos de mi abuela y, con una risa burlona en sus labios, me decía adiós. Me fue a ver sólo dos veces en los tres



años que estuve allí. Fueron una locura. Me aferré a los seis cuadernos que ocupé, pero no les importó mucho a ellos y lo tomaron como parte de la terapia.

Había unos que hablaban solos, otros se creían animales. En fin, una gran cantidad de especies raras. Yo escribía, ésa era mi locura. Recuerdo con agrado que en las tardes nos sacaban al patio donde hacíamos ejercicios. Lo que me mantuvo en forma.

El doctor me hablaba y yo le contestaba por escrito. Fue ahí cuando me prometió sacarme lo antes posible y lo logró.

Cuando llegué al fundo, acompañado por mi abuela, la gente se escondía de mí y yo me sentía como un monstruo. Estuve en mi pieza varios días sin querer salir. La libertad me asustaba y los recuerdos también. Otra vez, el fantasma de mi padre aparecía ante mí. Traté de decirle a la abuela que necesitaba irme del fundo, pero ella no me entendió. Me dijo que debía vivir con ese peso en la conciencia. No podía creer que fuera mi abuela la que dijera eso.

Cuando por fin me decidí a salir del cuarto, fui derechito donde las vacas, pero la mía ya no estaba. Bajé al río, me bañé y decidí ir a sacar una manzana. Me empuñé para sacarla, pero sentí una risa como de vieja y me asusté. Me escondí detrás del manzano, como solía hacerlo cuando jugaba con mi padre y vi a mi abuela caminando junto al perro Milo. Ella miró hacia el manzano y parece que me vio. Sus ojos estaban más que verdes y su mirada me cortó la respiración. Entonces, comencé a recordar lo inolvidable, lo que debí haber recordado hace cuatro años atrás. Al hombre que había matado, a mi papá, la chaqueta, el pasamontañas, las manos, el porte, los ojos... Los ojos. Eran unos ojos idénticos a los de mi abuela e, incluso, con esa misma mirada de odio.

La abuela comenzó a caminar hacia mí. Mis cañuelas temblaban y me puse a sacar manzanas como si alguien me persiguiera. Se acercaba más y más, a cada instante. Tenía miedo, pero un ataque de ira me invadió. Le fui tirando las manzanas, una a una, y ella empezó a gritarme que yo estaba loco. Me agarró y me dio varias bofetadas, me gritó en la cara que yo había matado a su hijo y que también quería matarla a ella. Sentí como si una bola de fuego viniera desde mi estómago hacia mi garganta y fue cuando vocalicé las primeras tres sílabas, después de cuatro años. Mentira. Todos los que estaban ahí mirando, callaron espontáneamente. Se miraban, pero mi abuela sólo estaba pendiente de mí, con esos ojos maliciosos.

Me solté de ella y salí corriendo. Llegué a la casa y revisé el cuarto de mi abuela, pero no había nada. Algo me dijo que debía ir a la tumba de mi padre, pero antes decidí pasar por la capilla que queda junto al cementerio. Le confesé todo al cura que estaba a cargo y le dije hacia dónde iba. Después me fui.

Llegué a la tumba y me puse a cavar con mis propias manos. Fue entonces cuando sentí unos pasos. Miré hacia atrás y vi a mi abuela con el pasamontañas en sus manos. Me paré de inmediato. Me preguntó si era eso lo que estaba buscando



y me mostró una cuchilla y me dijo que ella también buscaba algo que lo había encontrado junto a la muerte.

Alzó el cuchillo para matarme, pero una mano la detuvo antes de cometer el crimen. Era la mano del cura, que había creído en mí. Por fin pude contar lo que no recordaba y entendí todo después de tanto tiempo.

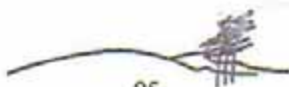
El día en que mi padre nació, mi abuelo estaba muy feliz y bebió tanto esa vez que dicen que se cayó a un pozo. Mi abuela se sintió tan mal que le tomó odio a mi padre desde entonces. Nació con un defecto físico, que ridiculizaba a mi abuela en frente de la gente y la avergonzaba aún más en su interior. Por eso, le tenía más odio a mi padre todavía.

El día del asesinato, los oí pelear bastante rato y mi padre había decidido irse de la casa. Yo lo seguí sin que se diera cuenta y fue en aquel momento cuando apareció mi abuela con el pasamontañas y el cuchillo para matar a mi padre. Pero olvidó que nadie más tenía sus ojos en el pueblito y que yo estaba ahí para comprobarlo.

Cuando llegó a la casa y no me vio, supo que yo podía haber estado en el lugar de los hechos y fue, entonces, muy fácil para ella confundirme y culparme.

Pobre abuela. Aún la quiero. No sé dónde estará, pero yo me encuentro con mi tía. Tengo miedo, sí, a que ella vuelva por mí.

Ángela Espinoza Contreras nació en 1978 en Antofagasta, Segunda Región. Es estudiante. Entre otros antecedentes literarios, figura una distinción en el Concurso de Poesía organizado por la Asociación de Escritores del Norte en 1996.





NO HE VENIDO POR JUSTICIA

Guido Eytel



Al poquito tiempo que llegó el Abelino Raín a Repocura se perdió un buey en Pitraco. Al tiro pensé que él tenía que estar metido, pero me quedé callado porque no tenía ninguna seguridad.

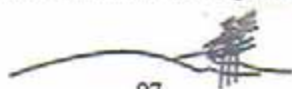
El día que llegó dijo que venía de Tirúa, que allá la cosa estaba muy mala y por eso se largó, buscando trabajo, pero nunca se le vio haciéndole empeño. Ligerito se hizo amigo de un par de muchachones que aquí en la comunidad no son muy queridos el José Ñanco y el Domingo Lincopi, y empezaron a bajar tupido y parejo a Chol-Chol porque los tres resultaron buenos para el vino y eso los juntaba. Y la maldad que llevaban adentro.

Cuando siguieron desapareciendo animales todos pensamos que ellos tenían que estar metidos, con el Abelino a la cabeza.

Cada tanto veíamos pasar seguidores, a la busca del buey perdido. Bajaban desde Huamaqui o subían desde Peuchén, mudos arriba de sus caballos, sin apartar la vista del suelo para no perderse ni una sola huella que los pudiera llevar hasta su animalito, porque aquí todos queremos a nuestros animales. Si uno pierde un buey es como si le cortaran un brazo, no tiene cómo trabajar. Por eso no lo queríamos al Abelino, pero teníamos que aguantarlo porque era malo de veras.

Nunca supimos adónde se llevaban los bueyes robados, en alguna quebrada los dejarían, pero después aparecían con plata, vino y carne. Se dejaban caer en cualquier ruca y decían que querían comer asado, que ellos ponían la carne y el vino. Todos aguantaban, y no por las ganas de comer y tomar: sabían bien que los hombres andaban armados y no era cosa de negarse, aunque la carne fuera de animales robados. Seguramente faenaban al animal, vendían la carne en Imperial o Carahue y se dejaban un pedazo para el asado. Eso supongo yo.

Una vez conversamos el asunto con la gente y no pudimos llegar a ningún acuerdo. Es que las cosas ya no son como antes. Ahora no es lo mismo ser lonko que en los tiempos antiguos. ¿Quién lo va a respetar, quién le va a hacer caso si el único que manda es el gobierno y el carabinero, que casi nunca viene por aquí? No pudimos llegar a ningún acuerdo, quizás porque los weñefe se cuidaban muy bien de no hacer sus maldades en el mismo Repocura. Ahí los bueyes estaban



seguros, pero nosotros no, porque en cualquier momento iban a empezar a buscarlos y ahí caíamos todos. El carabinero pega primero y después pregunta, después se pone a averiguar, y a uno quién le quita la pateadura. En eso por lo menos todos estuvimos de acuerdo.

Ya la gente andaba un poco saltona. Se olía en el aire que algo malo iba a pasar. Yo soñé que se me picaba un diente y empezaba a caerse. Esto se va a poner muy malo, pensé, y así fue. Una tarde cuando estaba en la chacra me fueron a buscar corriendo porque el Abelino se había metido con la mujer del Lorenzo, a la fuerza dijeron, y Lorenzo se había ido a buscar el hacha.

No alcancé a llegar a tiempo. Afuera de la ruca estaba Lorenzo, con el hacha chorreando sangre todavía en la mano, y en el suelo el Abelino, con la cabeza partida, ya totalmente finado. Al lado estaba la Pascuala, llorando y con el vestido hecho pedazos.

—Aquí sí que la embarraste, Lorenzo— le dije.

No me respondió. Eso sí que no se lo iba a aguantar.

Si te agarran los carabineros te van a secar en la cárcel. Lo mejor es esconder al finado.

Los demás, que habían llegado también corriendo, ayudaron a meterlo en un par de sacos y después se lo llevaron para la vega. Yo me fui, pensando que nunca faltan los problemas, pero a lo mejor era el Abelino no más el problema y ya se había terminado.

Después hablé con el José Ñanco y el Domingo Lincopi. Les representé todas las maldades que habían hecho y les conté lo que le había pasado al Abelino.

—Ustedes tienen que quedarse calladitos, porque si no también van a ir presos.

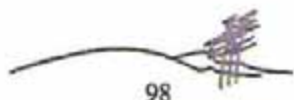
Me entendieron y dijeron que no le iban a decir nada a nadie.

A la semana ya las cosas empezaron a olvidarse, como siempre pasa. La gente estuvo más tranquila, se notaba. Menos el Lorenzo, que todavía andaba espirituado, y menos yo, que noté que un par de días el José Ñanco y el Domingo Lincopi no se aparecieron por la comunidad. «No vaya a ser cosa que de todas maneras éstos denuncien», pensé, pero tenían que ser muy tontos para hacer una cosa así y arriesgarse a la cárcel por cuatrerros.

Al poco tiempo fue que llegaron los tres jinetes. Los vi aparecer por la loma, desde el norte, y se encaminaron derecho para la casa del Lorenzo. Me fui corriendo para allá y ya había gente con cuchillos, hachas y los palos del palín. Lorenzo estaba afuerita de la ruca, con el hacha la misma con que se acriminó en la mano. Todos estaban listos para pelear.

Al llegar, uno de los jinetes se adelantó. Era el más viejo. Los otros dos eran unos muchachones.

—Yo soy Eusebio Raín— dijo el viejo— y vengo a buscar a mi hijo.



El Lorenzo levantó el hacha.

—No vengo armado —dijo el viejo— y no ando buscando ninguna guerra. Yo sé que mi hijo era malo, pero igual quiero llevármelo para mi tierra, para que allá se quede.

Lo acompañamos al bosquecito de eucaliptos donde habían enterrado al Abelino. La gente había llevado sus palas y ayudó a desenterrar al finado. Cuando empezaron a aparecer los sacos, el olor apenas se podía aguantar. El viejo no se había bajado del caballo. Sacó una manta de la montura y le dijo a los muchachones:

—Envuélvanlo y échenmelo al anca.

Así hicieron los jóvenes y después montaron también.

—Oiga— le dije— ¿Y los carabineros?

—Nadie tiene por qué saber esto— respondió—. Si ustedes no lo mataban, yo mismo lo mataba. De Tirúa se vino arrancando, por algo de lo que es mejor no acordarse.

—¿O sea que no va a hacer denuncia?— le insistí.

—No va haber denuncia— dijo—. No he venido por justicia, la justicia ya se hizo.

El viejo se tocó el ala del sombrero, hizo dar vuelta su caballo y partió. Nosotros nos quedamos mirándolos como se iban, al paso lento, hasta que se perdieron en la montaña. Faltaba poco para que oscureciera.

Guido Eytel nació en 1945 en Temuco, Novena Región, donde reside. Figura en antologías de cuento y poesía. Es autor de la novela "Casas en el agua", de próxima aparición.





LOS POROTOS DE JOSE MARÍA HENRÍQUEZ

Patricio Formas Lira



Le habían dicho que podría suceder, pero respondía:

—No soy una persona importante.

Por ello, cuando el Sargento Ramírez, conocido de toda una vida, atravesó el patio y de una zancada hizo temblar las tablas del puente, José María Henríquez comprendió que no venía por paltas, ni mote. El corazón, entonces, le saltó del pecho sin comprender el por qué, pero cuando vio el piquete de pacos traspasar la cerca, las cosas comenzaron a quedar más claras y las manos tomaron un temblorcito que no conocía.

Los perros fueron los primeros en comprender que algo anormal sucedía. No movieron el rabo y tampoco dieron esos saltos y ladridos de amistad, por el contrario se desesperaron, lanzando dentelladas al aire.

Los gritos de Doña Rosa los pararon a la entrada del rancho. El Sargento Ramírez, tomando una actitud militar, más marcada que antes, ya que incluso llevó las manos hasta los costados de las piernas, comprimiendo los pantalones, dijo carraspeando la voz:

—Ciudadano, José María Henríquez, identifíquese

—Yo, pues hombre, ¿Qué no me conocí?

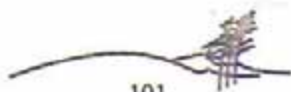
—Ud., ciudadano es notificado a comparecer hasta el retén de Carabineros, en el acto.

—Bueno, pues hombre, no es necesario tanto grito, vamos pues.

—En marcha.

Dijo esto, mientras tomaba del brazo a José María Henríquez.

Ahora espera cabizbajo, en el patio del retén, sentado en una banca, que él mismo hiciera y donara. Juguetea con briznas de pasto, las cuales se deslizan por las toscas manos. Simula amarrar lechugas, o quizás tomar con delicadeza los brotes de tomate y enganchar las guías en los coligües. Hace todo esto mientras por su cabeza busca la cuantía de su mal. Tosió un poco, como aclarando la voz, voz seca por el cigarro barato y el tinto de casa. Miró al Adán, un muchacho



joven, y le habló, pero en el fondo era para sí mismo:

—Pa'mí que el jutre se fue en desquitá, por los reclamos que le hice...

—Reclamos justos no'más Don José, la ley decía clarito, leche y porotos pa'los cabros chicos.

—Pensar, puchas, que por la lesera de la leche esté aquí.

—Y por los porotos.

—Fíjate Adán, aquí estamos todos los que nos tomamos el fundo.

—Pero si el Intendente en persona nos aleonó. Acuértese, Don José, que venía por la noche a la cooperativa y traía hasta vino del güeno.

—Sí, por eso mismo lo tienen adentro.

Callaron. Sus miradas se dirigieron hacia el interior del retén. Fuertes gritos se escucharon.

—Yo soy autoridad, fui nombrado por el Presidente.

—Tu Presidente cagó hace rato, ahora cagan ustedes, que te creí que la cosa es chiste.

Una bofetada terminó el diálogo.

José María, buscó entre sus bolsillos un cigarro. Necesitaba un cigarro que calmara sus nervios, su inquietud aumentaba a cada instante. Miraba más allá de la pirca, como queriendo absorber en esa mirada todo el campo que se abría ante sus ojos. Por su seca cara una lágrima se fue haciendo camino. Rápidamente la secó.

Lanzó unas bocanadas de humo, que se alzaron al cielo, semejaban tal cual las gruesas humaradas de la locomotora que atravesaba los potreros.

Un vehículo llegó. Era la camioneta del Jutre. Unas voces se intercambiaron y los pasos avanzaron hacia el patio.

—Sargento, Ud. sabe, los contactos míos son fuertes. Proceda con dureza, estos gañanes se tomaron el fundo, se comieron el Clavelito, el mejor toro. Arrasaron con las gallinas y sembrados, así que ahora a pagar.

—Sí, Don Faustino, no se preocupe, estoy pa'servirlo.

Su cara rechoncha se asomó al patio, su abultado vientre resaltaba con la hebilla de la gruesa correa. Sus talones resonaban.

Se levantaron todos, con una mezcla de resignación y temor. Los sombreros se bajaron de las cabezas y éstas se inclinaron. Mientras un murmullo salía del interior de sus bocas.

— Buenas tardes, patroncito.

— Buenas tendrán Uds.

El Sargento se acercó hasta la puerta y la abrió por completo, al tiempo que decía:

— Ahorita, no'más procedamos, Don Faustino.

Alzó la voz, hasta el grito.

— Toditos Uds. pa'fuera, sigan al Cabo. Él los llevará.

El piquete se fue para el estero. Bordeando el Cerro. Lo encabezaba el



Intendente, llevaba su camisa manchada con sangre.

Por la tarde, casi al anochecer, por el lado de los álamos, se vio al piquete volver, venían solos.

En la puerta del retén, bajo el corredor, se encontraban el Sargento y Don Faustino.

— Ramírez, ¿que hiciste con ellos?

— Lo que Ud. pidió.

— Yo, no he pedido nada, ¿de acuerdo?

— De acuerdo, Patrón.

Patricio Formas Lira nació en Santiago en 1951. Médico veterinario. Ha participado en talleres literarios. Inédito.





IMÁGENES PARA UNA MUERTE

Juan Carlos Muñoz Eyzaguirre



Un sol que abrasa. Un camino seco, un puente aún más seco. Bajo él un río, puro y cristalino que baja de los Andes para darle vida a un hermoso valle.

Un campesino se asea a un costado del río. Su camisa, chupalla y picota, le esperan en el suelo.

Un niño lo contempla. De pie, inmóvil.

El campesino se refresca sin cesar. Suspira. Al saciarse sonríe. Se siente mejor después de haber sacado el sudor del trabajo. Casi con alegría mira al niño.

Este lo observa sin hacer un ruido, ni un gesto. El campesino volvió a su seriedad. Una especie de temor le invade cada vez que mira al niño. El niño continúa igual, inmutable. Su mirada abriga un dejo de odio.

El campesino toma su chupalla y la sumerge en el agua. La embute sobre su cabeza. Vuelve a observar al niño por debajo del ala, como a escondidas.

El niño voltea hacia la carretera brusca e intensamente.

El campesino escucha. Sólo un grupo de queltehués interrumpe el silencio del lugar. Toma su camisa y la echa al agua.

El motor de un vehículo acrecienta su sonido desde la lejanía. El campesino mira hacia el camino.

Una nube de polvo se acerca rápidamente. Se detiene sobre el puente.

Después que la polvareda hubo vuelto al piso, una camioneta queda al descubierto. Sólo el chofer viene dentro. Luego de un momento la puerta se abre.

Un hombre alto, fornido, de cabello largamente rubio baja del vehículo. Mira tranquilo su entorno.

Finalmente fija su mirada en el campesino solitario junto al río. Se acerca a la baranda. Continúa mirándolo.

Abajo, el campesino observa con curiosidad al viajero. Ni él ni el niño se han movido.

El viajero enciende un cigarrillo. No deja de mirarlo.

El campesino intuye algo. No puede ser casualidad que él esté allí, mirándolos. Aún en cuclillas, enjuagando su camisa, se vuelve a ver al niño.

El niño le devuelve la mirada. La misma. Serio, sin moverse. Ahora mira al viajero, sin odio pero obseso.

El campesino vuelve a mirar al viajero en la baranda. Pregunta al niño



qué pasa. El niño no ha respondido. No lo hará. Él lo sabe. Nunca dice nada.

El viajero regresa a su camioneta. Arregla algunas cosas y coge su escopeta. Se vuelve a quien ha mirado y la carga. La echa sobre su hombro y comienza a bajar por un sendero pedregoso.

El campesino extiende la mano en busca de su herramienta. Al hallarla la deja sobre ésta.

El viajero avanza. Aún fuma. Se detiene casi detrás del hombre que no se ha movido. Lo mira.

El campesino no deja de sentir que no es casualidad.

—¿Hay algún lugar dónde cazar?

El campesino cerró su mano en la picota.

—¡Siga derecho kilómetro y medio! — Respondió sin voltear.

El viajero limpia sus botas en los pantalones.

—¿El río es limpio?

El campesino olvida su cautela. Suelta la picota para continuar remojando su camisa.

—¡A esta altura ya no lo es tanto, pero refresca..!

El viajero lanza la colilla del cigarro al río. El campesino ve cómo se va con la corriente. Un chapoteo en el agua indica que algo más pesado cayó. Su picota se hunde, lo mismo que su valentía.

¡Estúpido! Se levanta iracundo para enfrentarse al niño. Pero se frena, mira al viajero que lo observa con extrañeza. Vuelve a acucillarse.

El niño sigue en el mismo lugar. Con la misma actitud y la misma mirada hacia él.

Lo de la picota tampoco es casualidad. El campesino lo sabe. El niño la tiró para no tener chance contra el matón. Tal vez si le da la espalda no disparará.

Vuelve el silencio. El campesino siente la maquinación entre ellos.

El viajero lo mira. Le parece una persona muy extraña.

Cuando se devolvía a su camioneta un impulso lo frena. Entonces se vuelve al campesino. Ahora lleva la mirada del niño. Apunta a su cabeza.

Éste ha oído los movimientos. Intuye que su fin está cerca. Se siente en la mira.

El niño contempla la escena con verdadera ansiedad.

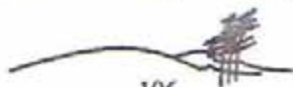
El campesino deja su camisa al antojo de la corriente cuando oye al niño maldecirlo. El viajero habló con voz de niño y él necesita verificar lo que escuchó. Necesita explicarle a su hijo. Se voltea con cuidado. Lentamente.

Un estampido quebró el silencio del valle. La bandada de queltehues voló.

El viajero se devuelve a su camioneta. El campesino flota en el río.

El niño se desvanece lentamente en el aire. Sin odio.

Juan Carlos Muñoz Eyzaguirre, de Valparaíso, nació en 1965. Dibujante arquitectónico. Ha participado en diversos talleres literarios y ha publicado en medios escritos de la Quinta Región.



LA YEGUA

Víctor Hugo Romo



Hace horas que camino. Tengo sed y siete años. No sé nada de este lugar. Aparte de algunas casas, senderos amarillos, trozos de montaña pelada y pedregosa, no veo nada de interés. Todo me parece seco. Como si la tierra fuese a toser.

Un viento de tarde levanta el polvo del camino. Mi padre me ha dicho que dé una vuelta y luego regrese a casa. No te acerques al estero y cómprate una manzana grande, de esas que por aquí llaman cabeza de niño, me dijo. Te va a gustar...

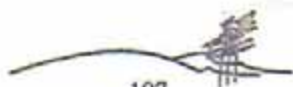
Si escogí este camino fue por él, por mi padre. No llegues antes que se cuezan las papas —agregó—. No antes que tus dientes de leche puedan morder esa carne dura que tu tía puso al fuego. Demórate un poco. Caminar te hará bien...

He caminado demasiado. No llegaré al almuerzo. Tendrán que dormir la siesta solos. Se tranquilizarán pensando que los patos y los gansos del vecino me estarán dando una charla. Es lo que dicen de mí: este niño se va a poner tonto de hablar con los pájaros.

Quiero regresar, pero no puedo. He perdido la hebra. El camino tiene la forma de una herradura y no sé distinguir el para allá del para acá. En el campo, la diferencia parece estar en los detalles.

Casi todas las cosas son iguales. Las manchas de una vaca se repiten en las otras, y los techos de las casas están todos verdes y viejos. Hasta las personas son iguales. He visto dos o tres veces a un hombre, Maximiliano. Vestido de distinta manera, haciendo cosas distintas y en lugares muy alejados entre sí. Todas las veces lo he llamado por su nombre. Le he dicho buenos días, Maximiliano, y siempre ha respondido igual, llevándose una mano hacia la punta del sombrero. Poco a poco he venido a comprender que en el mundo existe un solo Maximiliano, el que vive en lo de Piedra Corazón, que tiene dos hijos, y que cuando sube el cerro a caballo, lleva un machete escondido en la montura.

Luego de andar unos treinta metros sobre piedras equivocadas, con los tobillos hundidos en el polvo seco, y muerto de sed, descubro que la casa de los tíos queda para el otro lado. Desconozco las leyes del campo. Me desespero. Sueño que la tierra gira y que todo vuelve a su lugar: el cerro ahí y la gente acá; el agua



del estero roto un poco más allá; por ese lado, los matorrales de litros y boldos; y justo ahí, las zarzamoras, el bosque de acacios y los quince lingues. Todo ordenadito nuevamente. Las siete palmeras, los robles blancos y el millón de álamos... Listos. Se acaba el susto. Pero no... Soy un náufrago, un niño perdido, alguien que no sabe distinguir a un Maximiliano.

El paisaje rebelde y desordenado me asusta...

El sol me pega de lleno en la nuca, el sopor me aletarga y todo vuelve a ser leve y sin atractivo. Descubro en mis bolsillos una caluga de leche que hago durar en la boca mientras deshago la caminata. Está rica, se me pega en las muelas y me hace tragar abundante saliva dulce. Algunos pájaros revolotean buscando un poco de sombra para refugiarse del calor. El suelo está encendido, las piedras hierven, los rieles de la línea férrea suenan como grillos con las gotas dulces que dejo caer de mi boca.

El sopor de la siesta me baja los párpados. Tengo mucho sueño. Juego a que duermo mientras camino. Los ojos cerrados, un paso, dos pasos, tres... Los abro. Quiero saber si me he desviado... Parece que no. Hago equilibrios para no caerme. Debe ser peligroso chocar de frente con un tren...

Decido vadear el cerro y acercarme al caserío para buscar ayuda. En ese momento la veo...

Una yegua pasta en medio del silencio. Me acerco para mirarle a los ojos y comprobar el largo de sus pestañas. Son rubias y tupidas, resistentes al sol. Aunque no tienen el color alazán tostado de su cuerpo. Alazán tostado... bronceado.

Hola —le digo en mi pensamiento— te gustar comer..?

Su cola amarilla dirige una orquesta de pequeños músicos. Siete moscas vestidas de frac azul ejecutan una serenata de zumbidos que ella parece disfrutar.

—Hola! — repito.

Como si me hubiese escuchado, levanta la cabeza y de su pata izquierda aflora un temblor de agua que le recorre el cuerpo. Su pelaje es suave y peinado. Se ve limpio y brillante, como si la hubieran lamido veinte potros con lenguas de gato.

—Te gusta comer?— insisto.

Otro temblor y su cuerpo cambia de posición. Ha dejado de comer. Un hilillo de baba verdosa le cuelga del hocico. Me acerco para tocarle la frente. Le paso la mano hasta la nariz. Cuánta fuerza, pienso.

Podría matarme...

Ahora sus ojos me miran y juego a no pestañear mientras ella no lo haga. Pierdo. Celebra su triunfo con un resoplido. Juraría que está feliz...

Resopla de nuevo y me asusta. Retiro la mano, casi caigo de espaldas. Sus dientes blancos y grandes como terrones de azúcar se abren y puedo ver una lengua roja como la sangre. Algo me dice que no hay peligro, que puedo seguir...



Rozo mi pecho contra su panza. Está dura, como una sandía de cuero. Mis brazos cortos nunca podrían abrazarla. Me agacho y bajo su barriga descubro dos montecitos de carne suave y blanda que le cuelgan. Es joven aún. Alguna vez, esos montecitos alimentarán de leche a sus crías. Sus patas no han sido herradas y sobre el lomo aún no se ven las huellas que deja la montura. ¿Quién será su dueño?

Seguramente el RR que le marcó las ancas.

Los músicos han dejado de zumbiar. La cola le brilla como pelo de choclo secándose al sol. Las moscas descansan y su cola-batuta también. Esta cascada rubia de crines largos, me recuerda a una prima grande que se lavaba el pelo con agua de quillay. Para que se me aclare, decía. Y se inclinaba ante un lavatorio que su madre le ponía sobre una banca en el patio de la casa. Mi prima se doblaba en dos y sumergía su cabeza hasta las orejas, con las piernas separadas para no caerse.

Pero no resultaba. Era peor. El pelo mojado se le veía mucho más oscuro y yo no podía entender la tremenda fe que alguien puede depositar en unos simples trozos de quillay... Lo único que me gustaba de todo, era mirarle sus piernas largas, blancas y lechosas, chorreadas de unas gotas sucias que se resbalaban entre sus muslos y que bajaban lentas hasta mojarle los zapatos. Yo pensaba, cómo es posible que no sienta cosquillas...? y me rascaba las manos de puros nervios.

Jamás hay que ponerse detrás de un caballo, había dicho el sabio Maximiliano. Sus patas traseras son muy fuertes, mucho más que las delanteras. De un solo golpe pueden derribar ese portón de nogal... o matar en dos segundos a un hombre grande.

¿...Y a un niño? ¡En milésimas de segundos! Una patada de caballo equivale a quinientos kilos. Y quinientos kilos es lo mismo que si te cayera sobre la cabeza el peso de 13 niños de tu misma edad...

Olvido estas palabras... Mi prima tiene la culpa. O más bien dicho, el quillay...

La cola de la yegua me atrae, tanto como el damasco maduro a las abejas del jardín. Me acerco despacito. Quiero tomar ese manojito amarillo. Tocarlos.

Cierro los ojos y trato de recordar el nombre de esa prima que nunca me quiso mirar... No puedo. Cuando se es niño, el desprecio se olvida con mucha rapidez.

Esta yegua es diferente. Sabe que estoy aquí, me siente tocándole su cola... y no ha querido darme la patada de quinientos kilos! Sonríe de pensar que sus piernas son más largas que las de mi prima y que en ese instante podría ser una yegua agachada que se lava la chasquilla en agua de quillay...

Por detrás, su grupa es como un durazno partido. Dos mitades redondas y lisas que su cola divide marcando un centro perfecto. Pongo mis manos, una en cada lado, y aprieto con fuerza, tratando de juntar la piel, como para que salte un cuesco gigante... Pero la carne se resiste... Sigo intentando. La yegua reacciona. El rabo de su cola se comienza a enderezar y separa las piernas...



parece que quiere botar los bolones de pasto negro en que convierte la hierba cuando pasa por su estómago.

No me da asco pensar que pueda ensuciarme. Su olor me parece familiar, trato de ayudarla. Ya somos amigos...

Es entonces que lo veo... Bajo su cola, en el centro mismo de su durazno, descubro algo colorado y grande, algo extraño como una boca mojada con dos labios que se abren y cierran... Parece una especie de molusco vivo, un pequeño animal de agua que alguien hubiera traído del mar y lo hubiese puesto ahí...

La yegua resopla fuerte y tuerce totalmente su cola. Ahora puedo mirar mejor. La cosa roja se agita con más frecuencia y suelta un líquido transparente y resbaloso que le moja las piernas hasta las pezuñas. Estoy paralizado. Un río de sangre caliente me bombea el pecho. Mi corazón es el de un conejo asustado. Un pedazo de carne dura y recta me hincha el pantalón a la altura del ombligo, algo que no conozco y que empuja como si se quisiera salir...

Retrocedo. Respiro para no morir. Me limpio las manos en el pantalón. La yegua resopla, más fuerte que nunca, y por primera vez escucho su relincho. El más suave que he escuchado nunca. Caigo de espaldas...

Cuando salgo al camino y recupero la respiración, diviso la casa de mis tíos. No estoy perdido...

Mi padre viene llegando montado en su caballo. Me pregunta si compré la manzana cabeza de niño...

Sí —le digo confundido— me la acabo de comer...

Víctor Hugo Romo nació en Santiago en 1957.

Es escritor y guionista audiovisual. Reside en Viña del Mar.



“UN RESPLANDOR EN EL MAR”

Antonio Sahady Villanueva



Lo bueno de vivir aquí en Chiloé es que llueve casi todos los días, y es que a mí la lluvia es algo que me encanta, no tanto porque se mojan todas las cosas (que eso también hace falta, porque parece que revivieran), sino porque la gente se pone más buena y hasta se sonríe de nada). Más emocionante todavía es habitar en estos palafitos, que parece que estuvieran medio flotando en el océano.

Otra cosa que me tiene contento es que el Dago se lo pasa en el dormitorio mirando por la ventana después de lo que le ocurrió con el Caleuche, y a mí me gusta que esté aquí porque me siento más acompañado. En realidad, no conversamos casi nada. Cuesta un mundo sacarle alguna frase. Cuando quiero saber la verdad de lo que vivió la otra noche hace como que no me escucha y se pone a canturrear una melodía de lo más rara. ¡Vaya hermanito que tengo!

—¿Y si tanto te interesa, por qué no lo averiguas tú mismo?— salta a veces, enrabiado. Siempre se defiende igual, y se pone de lo más serio.

Claro que yo hubiera hecho lo mismo si tuviera sus quince años y sus agallas (porque hay que reconocer que el Dago tiene agallas). También me habría subido al bote y después hubiera remado mar adentro a buscar a mi papá. ¿Quién no haría lo mismo si supiera que su viejo está en peligro?

Yo a todo el mundo le repito que la lluvia me fascina, y es cierto: me fascina. Pero también es cierto que en cuanto soplen esas ráfagas de viento junto con esos aguaceros incontenibles me viene un miedo tremendo, porque parece que se fueran a volar todas las casas, y con mayor razón la de nosotros, que está metida en el mar, encaramada en unos cuantos palos antiguos.

Puede parecer extraño que a uno le guste la lluvia y al mismo tiempo le tenga miedo. Yo tampoco sé cómo explicarlo bien. Lo que pasa es que tiene más lindo sonido si es que adentro de la casa está toda la familia, a la orilla del fogón.

Pero cuando el papá se va de pesca por la noche y se descargan esos temporales de padre y señor mío, entonces todo es distinto.

Cada vez me arrepiento más de no haber seguido al Dago la otra noche. Bueno, él tiene tres años más que yo, y eso cuenta. Mucho más agallas también, para qué voy a decir una cosa por otra. Y aunque de esto ya han pasado dos semanas, me ronda la idea como si hubiera ocurrido ayer.

Me acuerdo que estábamos lo más bien conversando todos a la orilla del fuego. Todos menos mi papá, claro, que andaba pescando. La Lita le fabricaba un collar de conchitas a su muñeca y yo con el Dago ayudábamos a mamá a ovillar



un poco de lana. De repente se abrió la ventana con el chiflón de aire y casi nos congelamos. Mientras mamá se levantó a cerrarla, el Dago y yo nos miramos, y el Dago como que se puso pálido y se levantó de la silla.

—Tengo sueño — dijo, y subió la escalera sin despedirse de mamá ni de la Lita.

—¿También tú quieres ir a dormir? — me preguntó mamá.

Yo no tenía sueño, pero dije que sí porque quería ir a ver al Dago que estaba muy raro y nervioso. Por la cara que puso la Lita me di cuenta de que no se tragó eso de que teníamos sueño.

Cuando llegué al dormitorio encontré al Dago temblequeando y creí que estaba enfermo.

—¡No tengo nada! — contestó con rabia —. Quiero que me dejes solo y que no digas una palabra a nadie, porque esto es cosa de hombres.

Al abrir la ventana para deslizarse por el tejado, se metió bruscamente el viento y la lluvia al dormitorio, salpicando piso, murallas y camas.

—¡Cuidado! —le alcancé a decir, pero el Dago ya se estaba descolgando por el alero, y antes de perderse de mi vista hizo un gesto como para que guardara el secreto.

Cerré la ventana y me quedé un buen rato mirando hacia afuera. ¿Mirando qué? Nada, en realidad, porque la noche era terriblemente negra. Por más que me lo imaginaba desarmando el bote y después rema que rema hacia adelante, no pude distinguir ni una sombra siquiera.

Luego sentí cómo la Lita se despedía de mi mamá y subía la escalera. Se paró un ratito frente a la puerta, escuchando yo creo, hasta que después se fue a su pieza.

En ese momento casi me decido a salir detrás del Dago. Pero no. Tuve miedo y me quedé como un tonto en la ventana, mirando estúpidamente la oscuridad de la noche. ¿Y si mejor iba donde mi mamá y se lo contaba todo? No, no, por ningún motivo, y menos todavía a la Lita. El Dago jamás me lo perdonaría.

Ocurrió después que la casa se quedó en completo silencio y el temporal se hizo más terrible. Y yo sin quitar la vista del mar, mejor dicho, de lo que se suponía que era el mar, porque no había manera de verlo en esa negrura, y ahora yo no estaba seguro si el miedo que sentía era más por mi papá que por el Dago. Estuve a punto de ir donde la mamá y decirle que por favor hiciera algo, que llamara a la policía marítima, que se consiguiera un lanchón, o qué sé yo, pero el Dago no me lo iba a perdonar, y creo que en eso andaban medio llorando ya, cuando a lo lejos divisé un resplandor blanco. Me sequé bien los ojos y me quedé atento, asegurándome de que no era un sueño y de nuevo el mismo resplandor. Ahí vi clarito que se trataba de un barco, no un barco común y corriente, sino que un barco de esos que son fantasmas, enteramente blancos, con toda su tripulación de blanco y que se aparecen muy de tarde en tarde, y justo tocar en esa noche en que mi papá y el Dago andaban mar adentro. Se me vinieron a la cabeza las historias que relata el abuelo Flavio y pensé de inmediato en el Caleuche por la velocidad

con que lo vi moverse (en realidad no sé si se movía, pero aparecía de repente por allí y de repente por allá) y capaz que si yo hubiese estado más cerca habría podido escuchar esas melodías raras que según cuentan dejan a los pescadores como hechizados.

En ese momento fue que no aguanté más y bajé despacito hasta la cocina. Mi mamá estaba tejiendo a la orilla del fogón.

—¿Qué pasa? — preguntó, con su tranquilidad de siempre, acercándose, y yo me puse tan nervioso que casi me saltan las lágrimas.

—No tengo sueño — le contesté.

Mi mamá se quedó callada mientras me servía una taza de té y dijo: «Ya estarán por volver».

Un escalofrío me recorrió entero. Había dicho: «estarán por volver». ¿O sea que se dio cuenta de que el Dago se escapó de la casa? No, no, pensé después.

Se refiere a los pescadores que andan con el papá.

Antes de regresar a mi dormitorio me atreví con una pregunta:

—¿Es verdad la historia que cuenta el abuelo sobre el Caleuche?

Mi mamá rió antes de contestar:

—Por supuesto. ¿O es que desconfías de tu abuelo?

—No, no, claro que no... Es que el Dago...

—¿El Dago qué?

Ya estaba a punto de llorar, pero me contuve.

—El Dago como que se ríe de esas cosas...

Mi mamá adivinó algo en mi cara y me abrazó, acariciándome el pelo.

—No pasa nada, tontito. Tu padre sabe lo que hace. Él dice siempre que el mar lo protege, porque el mar está con la gente de bien.

—¿Y el Caleuche?

Ella me tomó de los hombros y me dijo: «El Caleuche es un barco fantasma para mucha gente. Pero para los hombres bondadosos se transforma en el espíritu del amor».

—Entonces, el papá y el Dago...

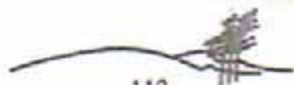
No pude seguir hablando porque me abrazó, secó mis lágrimas y me pidió que volviera a la cama.

Cuando subía la escalera me encontré con la Lita que tiritaba de frío y de miedo, porque la tormenta no había parado ni un minuto.

—¿Dónde está el Dago?— me preguntó Lita, y yo le contesté que no tenía idea y que por favor no hiciera escándalo. Entonces la tomé de un brazo, la metí en mi dormitorio y tuve que explicárselo todo.

La Lita se quedó sin respiración, pero le dije que fuera bien mujercita y que no viniera con lagrimones. Y ahí nos quedamos un rato largo en la ventana, buscando alguna lucecita en la oscuridad. Yo rogaba que apareciera otra vez un resplandor para poder convencer a la Lita, pero no hubo caso, ningún resplandor del famoso Caleuche. Después nos quedamos dormidos, acurrucados encima de la cama, los dos abrazados.

De repente nos despertó una tos. Encendí una luz y lo que vi no lo podía



creer: el Dago estaba durmiendo plácidamente en su propia cama. Colgado del respaldo de la silla, un traje intensamente albo, resplandeciente. Lita y yo estábamos perplejos: no nos podíamos explicar de dónde salió, que hacía ahí y por qué no estaba mojado, si es que lo utilizó Dago bajo la tormenta. Tampoco sabíamos en qué momento llegó el Dago. Hicimos esfuerzos por despertarlo de su profundo sueño, pero sólo respondió con el tarareo de una melodía muy extraña.

Entonces lo remecimos con fuerza para ver si reaccionaba. Sin embargo, se limitó a decir, con los ojos cerrados: «Por favor, apaguen la luz, que me molesta».

La Lita y yo bajamos la escalera como locos.

—¿Qué pasa, niños?— preguntó mamá, con su tranquilidad de siempre. Son apenas las seis de la mañana. Vuelvan a la cama.

La Lita y yo nos habíamos quedado boquiabiertos: al lado de la mamá, calentando sus manos en el fogón, el papá sonreía. Se paró de la silla, nos dio un beso a cada uno y repitió: «Vuelvan a la cama».

Todavía yo no lo podía creer: toqué la ropa de papá y estaba completamente seca, y era un traje blanco que no le habíamos visto nunca. Un traje idéntico al del Dago, sólo que más grande.

—¿Y esa ropa, papá?— le preguntó la Lita.

Él sonrió de nuevo y dijo: «Me la regalaron en el mar». Y todavía agregó, indicando cuatro cestas llenas de sierras: «Tampoco nos podemos quejar de la pesca, ¿no les parece?» Y se puso a silbar la misma melodía que antes tarareó el Dago.

Poco después bajó el Dago con cara de sonámbulo y los cuatro tomamos el desayuno más delicioso que recuerdo. Lita y yo insistíamos en las mismas preguntas, pero no hubo caso: como si se hubieran puesto de acuerdo, el Dago y mi papá respondían con la misma melodía y se lanzaban miradas de complicidad.

De eso ya han pasado dos semanas, y el Dago todavía no me suelta la verdad de lo que ocurrió. Se lo pasa horas y horas mirando por la ventana y yo hago como que estoy leyendo, pero en realidad estoy pendiente de él. Me tinka que no va a pasar de esta semana que me lo cuente todo. Y la próxima vez yo me voy a escapar por la ventana. Ahí va a ver quién tiene más agallas.

Antonio Sahady Villanueva nació en 1946 en San Vicente de Tagua Tagua, Región Metropolitana. Arquitecto y escritor. Entre sus antecedentes literarios registra Segundo Premio en el concurso «Novela Juvenil Andrés Bello» (1992) por «El Refugio de los Sueños»; Primer Premio en el Sexto Concurso de Cuentos de El Mercurio por su relato «Estación de Término» (1992), y Premio Marcela Paz 1992-1993 de Editorial Universitaria por su novela «Rock en Tiempo de Amor».



MÉTODO PRÁCTICO PARA EVITAR EL EXTERMINIO DE LOS CHANCHOS

Natacha Valenzuela



El 24 de junio es el día que todos esperan en mi tierra. Caída la tarde, los campesinos matan un cerdo, lo asan, y luego de comerlo, todos bailan y se emborrachan alrededor de una fogata. Peones y patrones conviven como iguales, se hacen mutuas confianzas y promesas, para luego olvidarlas al amanecer; las mujeres preparan la comida y se encargan de acostar a sus maridos; y por ahí alguno agarra una guitarra y va a encontrarse con el diablo bajo una higuera.

Es la noche de San Juan.

Para mí esas ocasiones eran y son especialmente odiosas. Odio los borrachos, odio las leyendas, odio las confianzas, y por sobre todo, odio ver cómo hacen una fiesta de la muerte de un animal.

Pero como mi padre era el dueño de una hacienda, y además se llamaba Juan, son muchas las celebraciones que guardo en mi memoria. Hubo una especialmente curiosa de la cual hasta hoy se habla. Fue en el invierno del 64. Acababa yo de cumplir los 17 años, los que quise hacer notar a través de un provocativo vestido que dejaba aflorar todos mis, hasta entonces, prohibidos instintos. Quería que esa noche fuera algo especial, distinta a todas las anteriores.

Y lo fue.

Todos los hombres tenían puesta su atención en mí: el alcalde, un animal gordo y sudoroso que olía siempre a vino tinto; los peones, que se peleaban por ayudarme en la cocina; Julio, el más joven de los capataces, quien se hizo famoso al tener que casarse con su novia por un supuesto embarazo que nunca se concretó; y hasta el sepulturero intentó invitarme a dar una vuelta en su camioneta, a ver si se podía revolcar conmigo en el féretro que guardan atrás para tales ocasiones, según me contó mi amiga Teresa.

De todo este revuelo mi padre no se percató, o si lo hizo, no le dio mayor



importancia.

Yo a él nunca le había interesado. Desde que se dio cuenta de mi desprecio por todo a lo que el campo se refería, no hubo nada que nos uniera, por eso podía hacer lo que me diera en gana, mientras él se encargaba de los preparativos de la fiesta.

Pero esa vez algo ocurrió.

Cuando Julio, el encargado de dar muerte al animal, iba a cumplir con su tarea, se equivocó, y el golpe que iba dirigido al cerdo, cayó directamente en su rodilla, de manera tan brutal que el hueso atravesó la piel, mostrándose en todo su sanguinolento esplendor. De ahí en adelante todo fue un caos, mujeres desmayadas, niños llorando, borrachos vomitando, mientras los pocos hombres que eran capaces de mantenerse serenos llevaron al pobre al pobre Julio al único vehículo que había y lo acostaron en el único lugar cómodo que encontraron: el ataúd.

El sepulturero no quiso que nadie condujera su camioneta, de manera que, medio ebrio, se fue conduciendo con su accidentada carga. Mas, al poco rato comenzó a llover, de modo que, pensando en la salud de Julio, paró un momento para cerrar la tapa del cajón.

Quiso el destino que se encontrara con unos campesinos que se dirigían al pueblo y tras intercambiar saludos y tragos de pipeño les dijo que se acomodaran atrás, pero que no molestaran a su amigo.

Los hombres, creyendo que se trataba de una broma, se subieron.

Es pues, que en medio del viaje, Julio comenzó a sofocarse y decidió salir de su encierro, con gran susto de los hombre que creyeron que el mismísimo diablo se les estaba apareciendo, por lo que saltaron de la camioneta horrorizados, con tan mala suerte que fueron a caer justo en medio de unos matorrales de zarzamoras. El chofer al darse cuenta de lo que había sucedido, cayó víctima de un ataque de risa que lo desconcentró de tal forma, según contó, que lo último que puede recordar es la cara de asombro de los carabineros al ver que el vehículo iba directo al retén.

Los uniformados, dispuestos a tener una buena pelea, salieron inmediatamente a ver quién los había chocado, pero sólo encontraron unos campesinos medio desmayados arriba de unos matorrales y una camioneta con un chofer borracho transportando a un supuesto muerto. Luego de unos momentos de discutir la situación, decidieron, como buenos amantes del orden, ir a entregar el cadáver a su viuda, de modo que a las tres horas de haber partido, Julio llegó en la misma situación que al salir.

En la hacienda, entre todos intentábamos explicar lo sucedido a los uniformados, quienes, no queriendo admitir su error, se negaban a entender de la urgencia de llevarlo a un hospital, cuando, estando en ese trámite, alguien se dio cuenta de que, efectivamente, Julio estaba muerto.

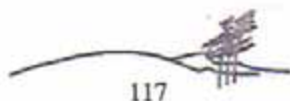
Había perdido mucha sangre y su organismo fue incapaz de esperar a que alguien reaccionara con cordura.



Ahora, años más tarde, aún recuerdo los gritos de dolor de su viuda, las caras asustadas de los policías y el desconcierto de todos al no entender qué le había ocurrido a Julio, que tras casi una década de cumplir orgulloso su labor, se había equivocado. Luego de muchas especulaciones sólo se pudo llegar a una explicación lógica: «Fue el alcohol».

Como a mí nunca me gustaron las aglomeraciones, esa noche me fui a conversar con el único que salió ganando con esta historia, el chancho, que en adelante tendría el privilegio de contarle a sus nietos por qué se había suspendido tan sangrienta práctica, ya que también fue el único que supo que el error de Julio no se debió a una borrachera, sino al desconcierto que le provocó el ver las desnudeces que la hija del patrón le ofrecía, impudicamente, en el momento del golpe.

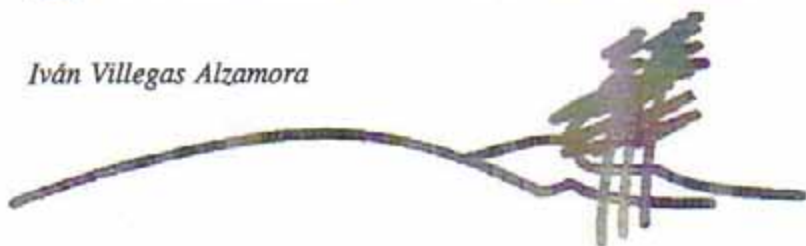
Natacha Valenzuela nació en Valparaíso en 1970. Estudió Periodismo en la Universidad de Playa Ancha. Ha obtenido distinciones literarias.





LA MUERTE DE JESUCRISTO

Iván Villegas Alzamora



...creía que el amor tenía algo que ver con la comprensión, pero al envejecer había descubierto que ningún ser humano comprende a otro ser humano...

GRAHAM GREENE

Con mi abuelo, salimos a recorrer el campo en su carreta guiada por el caballo Jesucristo, un animal flaco y mugriento que tiene bastante fidelidad a mi abuelo. Salimos muy temprano en la mañana y pasamos por varios fundos hasta llegar al de 'ña Roberta, a quien mi abuelo le lleva hortalizas de to'o tipo y se trae a cambio tomates y papas en gran cantidad. A eso del mediodía, emprendemos el regreso, con la carreta algo más llena y con el estómago en miseria.

Por eso, aprovecho de tomar unos tomates, y me los como en el trayecto. A veces, mi abuelo se enoja conmigo, porque dice que los tiene que vender al otro día, pero siempre termina comiendo junto a mí y hasta le convida al Jesucristo, pa' que no se muera de hambre.

Me gusta cuando llegamos de vuelta a la casa de mi abuelo. Al ir por el camino, su casa se ve hermosa, muy pintoresca y con ese estilo tipo alemán que tiene. La casa está rodeá' de árboles y verdes prados. Al fondo se divisa una hilera de pinos que dan comienzo al bosque y, sobre ellos, se distingue claramente el cielo, adornado por unas tímidas y blancas nubes, que me permiten dibujar diversas figuras en mi imaginación.

Al entrar en la casa, veo a mi abuela en la cocina, preparando algún hervido o unos típicos porotos granados, que despiden un aroma tentador. Nos sentamos, con mi abuelo, en el comedor y esperamos que nos sirva nuestros respectivos platos.

Llega mi abuela, con los dos ejemplares bien calientes, con las presas luciendo en medio del plato y el vaporcito que sale de éstos, que me gusta



echarlo con zarpaos al aire y mi abuelo que lo sopla con todas sus fuerzas, y se divierte tomando mi cabeza entre sus manos y se pone a soplar sobre mi pelo, y mi abuela grita desde la cocina deje comer al niño tranquilo, y de repente se me escapa una risita ingenua y divertida, y mi abuelo que también se ríe, exponiendo los seis dientes que le quedan a todo dar. En esos momentos, una bandada de pájaros se posa en el tejado y comienzan a aletear con ganas, mi abuela se acerca a la mesa y golpea en tres ocasiones, martes hoy, martes mañana, martes toda la semana. Porque esos pájaros traen maldiciones al mundo y la abuela no quiere que penetren en su casa, pa' que nos dejen almorzar tranquilos.

Después de un rato, los pájaros se van y mi abuela se persi'na. Mi abuelo se levanta de la mesa y se va a sentar en una silla que tiene en la pérgola de la casa. Le doy un beso a la abuela y le agradezco el almuerzo, me voy donde está mi abuelo y me siento en sus faldas. Primero se pone a mirar a la cordillera, que está frente a la pérgola, y después toma un libro de un tal Grajan Grin y se pone a leerlo con voracidad. Yo, envuelto entre sus gruesos y sudorosos brazos, permanezco con la vista fija en Jesucristo, que corre y se divierte por el pasto. De vez en cuando, se acerca hacia mí y se queda un rato mirando a mi abuelo, que no le hace ni caso.

Después sigue corriendo y se da una vuelta completa a la casa, se va a donde están los perales y se come unas cuantas frutas, y mi abuelo no se da ni cuenta, porque está bien meti'o en el libro. Aunque mi abuelo no aguanta mucho con la cuestión en sus manos. En un principio, se pone a leerlo en voz alta, que hasta mi abuela lo escucha y lo reta quédese callao, viejo, que no me deja dormir tranquila.

Mi abuelo se hace el desentendí o y se pone a hablarme de dos 'ñores llamados Guilson y Escubi, se manda los medios discursos, se pone a mirar en la cordillera y dice que hace harta falta un cura en el pueblo, empieza a contarme de un 'ñor llamado Dios, que vive en el cielo y que hace un montón de cuestiones, y que sabe todo lo que yo hago y pienso, y de lo que hacen todos en el pueblo, y yo no me imagino mucho como debe ser ese 'ñor, porque no sé cómo es vivir en el cielo. Yo creo que debe tener su casa en las nubes y desde ahí los ve a to'os. Ojalá que sea amigo de mi abuelo y nos venga a visitar por uno de estos días, porque me gustaría conversar harto con él. A mí me gustan los libros, pero los que son muy grandes.

Por eso, no me he puesto a leer el que tiene mi abuelo, ni el que tiene en su pieza la abuela, uno inmenso que le dice Biblia, pero cuando sea más grande pienso ojearlos, a ver si son interesantes.

El abuelo se cansa rápido, después de un tiempo, continúa le'endo en silencio, hasta que se queda dormi'o y comienza a roncar. El abuelo afloja los brazos y yo me pongo de pie con mucho cuidado, pa' que no se despierte, y me voy pa' donde está el Jesucristo y me subo encima, nos vamos por el camino, hasta llegar cerca del fundo de 'ña Roberta, por donde vive una vieja que dicen que es media bruja, pero ni el Jesucristo ni yo le tenemos mie'o. Me acuerdo de la



abuela. No se vaya a meter donde la vieja Zulema, porque le va a tirar un mal. La vieja tiene un quicho en la parte de atrás de su casa y yo me meto ahí pa' sacar unos tres o cuatro membrillos. Después salgo corriendo hasta llegar donde el Jesucristo y nos vamos con el caballo a todo galope pa' la casa de mi abuelo, y allí nos comemos la fruta tranquilos.

Porque el Jesucristo es bueno pa' la fruta.

Cuando ya va a llegar la noche, nos sentamos en la mesa y la abuela nos trae dos platos calientes con hervido que había sobra'o del almuerzo y, con mi abuelo, lo devoramos de inmediato. Después la abuela nos sirve un guiso de verduras y, mientras lo comemos, no con tantas ganas, todos nos sentimos sorprendidos al oír unos golpes en la puerta. La abuela se levanta y se dirige hacia ella con toda tranquilidad, pero mi abuelo también se para y detiene a la abuela tomándola de un brazo, calma, vieja, porque no sabemos quién pueda ser a esta hora. Mi abuelo se apura en ir a su habitación y vuelve tra'endo consigo una escopeta. Va hacia la puerta y la abre con lentitud. La abuela y yo, que nos encontramos detrás de mi abuelo a pocos pasos, vemos aparecer a un señor bajo, de bigotes que, al ver la escopeta de mi abuelo, sale corriendo quien sabe dónde. Parece que este señor hubiera visto al diablo en persona. Menciona la abuela. Mi abuelo deja la escopeta en el suelo, apoyada en la pared y sale de la casa tras el sujeto llamándolo pa' que vuelva, porque no le va a 'cer na'.

Al rato, entra mi abuelo con el 'ñor aquel y vienen abrazados. El 'ñor se acerca a la abuela, se quita el sombrero y le da la mano, diciendo que se llama Segundo y que es primo de mi abuelo. Después el 'ñor me mira y le dice a la abuela cómo está que es primo de mi abuelo. Después el 'ñor me mira y le dice a la abuela cómo está el niño, yo tengo un cabro como éste allá en la ciudad de Limache, donde yo vivo. Mi abuelo se devuelve y cierra la puerta, después se acerca al 'ñor Segundo y éste le pasa su poncho y su sombrero, pa' que mi abuelo se los guarde. Mi abuelo los va a dejar a una pieza vacía que está en el fondo de la casa, al la'o de la mía y después se va a donde está la abuela, vieja, prepara unos matecitos mientras conversamos acá con el Segundo.

La abuela recoge los platos de la mesa y se va pa' la cocina a preparar el brasero. Yo la acompaño y me quedo mirando cómo lo hace. En eso se me ocurre ver por la ventana y ahí está el Jesucristo, encerra'o en el corral, comiendo pasto, pero se le nota muy contento.

Así me que'o por harto tiempo, pensando en el primo de mi abuelo, que ojalá que se que'e durante to'a la semana, porque me gusta cuando hay visitas en la casa. Y no sé por qué, de repente me nace el temor de que ese 'ñor, que dice que es el primo de mi abuelo, a lo mejor no sea verdad, y que puede haber veni'o a la casa pa' robarse al Jesucristo. Pero después me olvido de esa idea y me pongo a pensar que al caballo le puede dar frío, ahora que está anocheciendo y se encuentra desabriga'o.



Me doy vuelta y están to'os alrededor del brasero, tomando mate y comiendo pan y pedazos de queso. Mi abuelo se da cuenta que estoy yo ahí, sin hacer na' y me llama, oiga, niño, qué hace ahí tan solo, venga acá pá' comer pancito con nosotros. Y yo voy pa' donde está mi abuelo y me siento al la'o del 'ñor Segundo.

No pasan ni cinco minutos cuando los perros se ponen a ladrar, el 'ñor Segundo como que se espanta y le habla a mi abuelo por Dios, que meten ruido sus perros, primo, ni los que tengo allá en Limache, que son como quince bestias, ladran tan fuerte. La abuela se levanta y se va a mirar por la ventana, toma un crucifijo que tiene en el bolsillo y se persi'na una y otra vez, hablando no se qué cosa, en voz baja, y nosotros nos quedamos mirándola, medios sorprendi'os. Después se viene al brasero y continua comiendo pedacitos de queso, pero está como intranquila. Oiga, viejo, por qué mejor no rezamos, pa' que se que'en calla'os los perros. Mi abuelo le toma la mano y también agarra la mía. En tanto, el 'ñor Segundo baja la mirada y toma su mate sin meter bulla.

Y nos ponemos to'os a repetir lo que dice mi abuela, menos el 'ñor Segundo no sé por qué.

Santa ana parió a María,
Santa Isabel a San Juan,
con estas palabras santas
los perro se han de callar.

En el instante en que terminamos la oración los perros dejan de ladrar, la abuela se persi'na de nuevo y el 'ñor Segundo deja bruscamente de beber su mate, al sentirse sorprendi'o por el efecto del rezo. Todos nos quedamos en silencio y nos miramos las caras, y ocurrió algo bien extraño, como si to'os supiéramos lo que piensa el otro, empezamos a prepararnos pa'irnos a dormir.

La abuela se va a la cocina y se lleva las calabazas vacías. Mi abuelo se levanta y también lo hace el 'ñor Segundo. Buenas noches, primo. Buenas noches, Segundo, su pieza es la del fondo. Ya, muchas gracias. Me voy donde la abuela y le doy un beso, luego mi abuelo coloca su mano en mi hombro, al mismo tiempo en que estornuda, y me hace señas pa' que me vaya a'cotar.

Ya en mi pieza, me pongo a ver por la ventana y los perros andan inquietos, van de un la'o a otro, cuando generalmente están durmiendo. Oigo que mi abuelo y la abuela caminan pa' su pieza y yo me meto en la cama, pensando en el Jesucristo, que todavía debe tener frío. Me cubro bien con las tapas y siento nuevamente las pisadas de los perros rondando por la casa, y me acuerdo de la abuela, que debe andar diciendo sus oraciones y cuestiones raras. Cierro los ojos y le mando saludos al Jesucristo. Mañana nos vemos.

Es terrible levantarse con ganas, antes que to'os despiertan en la casa,



abrir la puerta y no encontrarse con el Jesucristo que viene a darte los buenos días. Eso es lo que pasa. Al abrir la puerta y ver solamente los cerros y unos árboles en el fondo, me comienza una cosa rara en el estómago.

Con frío en los pies, por andar sin chalas, voy andando sobre la tierra húmeda, acercándome al corral. Los perros, al la' o mío, y el sol son testigos de lo que pasa con el Jesucristo, que está tira' o en el suelo junto a la vaca. Tiene los ojos cerra' os y no se mueve. Alcanzo a tocarlo un poco, pero su piel está fría y la guata se me revuelve con harta fuerza como que se me paran los pelos de la cabeza y me levanto de improviso. Salgo corriendo y los perros van atrás mío ladrando.

Entro a la casa y veo a la abuela saliendo de su pieza. Llego casi llorando y la' brazo. Abuela, se murió el Jesucristo. Ave María Purísima, qué es lo que está diciendo, niño. Sale mi abuelo de su pieza como un balazo y corre al patio pa' ver al caballo. Yo intento ir con él, pero la abuela me detiene. No vaya, niño, cómo se le ocurre; no ve que' l diablo anda suelto. En eso, aparece el 'ñor Segundo, muy bien vestí' o y llevando puesto su sombrero. Buenos días, 'ñora, que es lo que está pasando. Yo me suelto de los brazos de la abuela y me voy pa' l corral a ver al Jesucristo, y siento que' l 'ñor Segundo viene atrás mío.

Encuentro a mi abuelo arrodilla' o al la' o del Jesucristo y metiéndole los de' os en los ojos. Me siento en la tierra y le paso la mano por la cabeza al Jesucristo.

El 'ñor Segundo se pone junto a mí y se saca el sombrero. No hay caso, primo. El abuelo lo mira y se pone de pie. No hay caso, pu', Segundo; el animal ta' goniza' o y vamos a tener que sacrificarlo.

Las lágrimas salen solas de mis ojos. La otra vez mi abuelo había sacrificá' o a una vaca, pero no me dio ni pena. Ahora que yo le tenía más cariño al Jesucristo, se me viene a enfermar y mi abuelo va' tener que matarlo. Hasta pensé que mi abuelo lo amaba, pero ya no le creo tanto. Pa' mí que lo voy a visitar to' os los días al Jesucristo cuando esté enterraó, a ver si no se siente tan solo.

Adiós no más, pu', Jesucristo. Ojalá que nos veamos en el cielo, como dice la abuela cuando se muere alguien. A lo mejor, en una de ésas, nos encontramos con Dios.

Iván Villegas Alzamora nació en Antofagasta en 1979 y reside en la capital de la Segunda Región. Es Estudiante.





ÍNDICE



CATEGORÍA «A» HISTORIAS CAMPESINAS

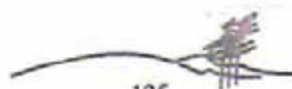
Y NACIÓ UNA HERMANITA... / Uberlinda del Carmen Espinoza Salgado	7
EL CASORIO / Violeta Ipinza Romero	13
HUASO VIEJO / Óscar Olavarría Sanhueza	23

MENCIONES HONROSAS

ÑO CATUNES / Hugo Arancibia Saavedra	27
TRILLA A YEGUA / Luis Eduardo Bustamante	31
EL HOMBRE DEL HACHA / Jorge Flores Clerfeuille	33
EN BUSCA DE UN CERRO / Elíizabeth González	35
LA EMBOSCADA / Manuel Heber	37
EL COMPADRE DE BELÉN / César Mendoza Barreda	41
LA ESTANCIA / José Manuel Mihovilovic	45
LA CHIMENEA DEL DIABLO / Bartolomé Ponce Castillo	49
MARÍA Y SAN JOSÉ DE PASO POR RAPILERMO / Jorge Sepúlveda Castro	51
LOS DEDALES DE ORO / Micaela del Rosario Vicencio	55
CARBUNCO / Juan Manuel Zúñiga Ibáñez	57

CATEGORÍA «B» CUENTOS

INQUILINO / José Diógenes Teiguel	63
EJERCICIOS DE PRIMAVERA EN UNA CASA DE CAMPO / Luis Alberto Tamayo	67
IMPORTUNICIÓN / Luis Echavarrí Fontanet	73



MENCIONES HONROSAS

ENGOL DE LOS CONFINES / Juan Gabriel Araya	77
GANAR LA MANO / Óscar Buitano Wahl	81
EL MUCHACHO / Voltaire Catalán Jiménez	85
TODO POR TU CULPA / Luis Echavarrí Fontanet	89
RECORDAR PARA VIVIR / Ángela Espinoza Contreras	93
NO HE VENIDO POR JUSTICIA / Guido Eytel	97
LOS POROTOS DE JOSÉ MARÍA HENRÍQUEZ / Patricio Formas Lira	101
IMÁGENES PARA UNA MUERTE / Juan Carlos Muñoz Eyzaguirre	103
LA YEGUA / Víctor Hugo Romo	105
UN RESPLANDOR EN EL MAR / Antonio Sahady Villanueva	109
MÉTODO PRÁCTICO PARA EVITAR EL EXTERMINIO DE LOS CHANCHOS / Natacha Valenzuela	113
LA MUERTE DE JESUCRISTO / Iván Villegas Alzamora	115



ORGANIZA:

FUNDACIÓN DE COMUNICACIONES, CAPACITACIÓN
Y CULTURA DEL AGRO
DEL MINISTERIO DE AGRICULTURA



AUSPICIAN:

TELEVISIÓN EN EL CAMPO
**TIERRA
ADENTRO**



PATROCINAN:

MUCECH
Ministerio, Unidad Campesina
y Estado de Chile



**INSTITUTO DE
EDUCACIÓN
RURAL**

